

LA HORA AZUL
El París de Olavide

L'ORIZZONTE

Collana fondata e diretta da

Giovanni Dotoli, Encarnación Medina Arjona, Mario Selvaggio

63

ENCARNACIÓN MEDINA ARJONA

LA HORA AZUL

El París de Olavide

agorà L'Harmattan

En portada

Henri Désiré Gauquié, *Monumento a Antoine Watteau*, 1896, París, Jardin du Luxembourg, detalle. Fotografía de Encarnación Medina Arjona, enero 2019.

© AGA Arti Grafiche Alberobello, 2019

70011 Alberobello (I - Ba)

Contrada Popoleto, nc - tél. 00390804322044

www.editriceaga.it - info@editriceaga.it

ISBN 978-88-9355-131-1

© L'Harmattan, 2019

5-7, rue de l'École-Polytechnique

75005 Paris

<http://www.editions-harmattan.fr>

ISBN 978-2-343-18305-3

*A María Eugenia
A Clementina*

CAPÍTULO I

*L*a nieve abrazaba el árbol tendido. El jardín, disminuido tras el blancor espeso, retrocedía en silencio buscando las cristalinas cimas del bosque. A veces, levantaba el vuelo un herrerillo hasta penetrar en una nube. Un crujir de rama atravesaba el frío acusando, en su caída, la maraña profunda de blancos desnudos. Empujada despacio por una veladura perlada y gris, la tormenta se abría en un haz de claridad sobre la hilera de arbustos guardianes de la cara interna de la casa. La luz frágil llegaba rota al quicio de la entrada acompañada de un soplo glaciar. Y una cinta de raso celeste, anudada en lazo al ventanal de la planta baja de la torre, revoloteando, chocaba temblorosa sobre el cristal.

Mirando al parque desde la biblioteca, bajé la frente para concentrarme en un recuerdo que me deleitaba. Me pasaba con frecuencia; me abandonaba a mí misma revisando aquella tarde de noviembre, hacía siete años, en la carroza, cuando apenas algunas personas pasaban por la calle Saint Martin y los carroajes iban escaseando a medida que subía la cuesta desde el Sena. Me mantenía derecha en mi asiento. Casi no dejaba el soplo salir por mi boca inmóvil para mantener los labios fríos; no quería dejarme invadir por mi propio calor. La cabeza orgullosa

hacia la ventanilla entreabierta por donde penetraba una atmósfera tibia para la época, temí la molicie. Miré la ventanilla de arriba por donde pasaban las nubes cadenciosas, y mantuve los ojos sobre su gris transparente para no ver la parte baja del cristal ni embriagarme del París que corría y se precipitaba hacia mi destino; los grandes dinteles de las puertas, las insignias de las casas, las copas cobrizas de los plátanos, las hojas ocres cayendo detrás mía. Temía el final del trayecto, la llegada; y a la vez me obligaba a mí misma a apuntar al cielo para mantener vacío el pensamiento e ir. El cochero paró algunas casas antes de la esquina con la calle Meslée, pedí que no me esperaran. Me quedé clavada mirando hacia el ángulo de la calle Sainte Apolline una puerta de la que salía la cocinera echando fuera a un mendigo tras darle un pedazo de pan duro; aquello me decidió, la calle parecía inmensa, un desierto que el nudo ardiente en mi pecho me ayudó a cruzar empujándome hacia la calzada. El corazón se me salía.

Volví a la realidad bruscamente. El recuerdo se interrumpió desvaneciéndose la parte que más me mecía. Me sentí mal. Bajé lentamente los párpados buscando encerrarme en mi interior, inspiré profundamente, pero de nada sirvió para aliviar la opresión en el pecho; el abandono se iba apoderando de mis músculos y el cuerpo se vaciaba de energía, vacilaba precipitadamente. Creí venirme abajo y apoyé la frente en el ventanal. Fue entonces cuando Delille vino a devolverme a la realidad con unos versos: “A pesar de la inclemencia del aire, el mismo cielo no ha desheredado de todos sus dones al invierno. En la

época de los celosos vientos, desafiando los ultrajes, varios árboles aún retienen sus follajes”, decía la voz del académico. “Su hombro delicado forma un ángulo tierno con las líneas de su cuello rematado por dos luminosos bucles desprendidos sobre su nuca”, continuó acercándose sobre cogido quizá por la imagen de la nieve al fondo. Su preocupación fue grande cuando vio mi languidez. Jacques Delille, viejo amigo de la familia, había pasado temporadas con nosotros y, aunque ahora vivía con su amante, no dejaba de visitarnos y mostrarme su amorosa amistad. En la intimidad de mi familia había traducido las *Géorgiques*, y entre nuestros rosales del invernadero, aquí en la Malmaison, organizamos la primera lectura de su gran poemario sobre los jardines. El río que corre por mis campos le sirvió de inspiración.

—¿Sufre, querida?

Me recompuse para no alarmar ni dar cuenta del desastroso estado de mi alma.

—Estoy bien, amigo mío, sólo observaba el hibisco, gracias. ¿Ha deparado en la simpatía de esas motas de nieve sobre la poda? —continué tomando aliento e intentando quitarle hierro a la situación.

—Parece mantenerse tembloroso en una noche fría a las puertas de la amada. Me lo acaban de desvelar sus ojos, Geneviève. Si su deseo es..., escribiré... —me respondió ansioso. El viejo poeta es de esos que las modas empiezan ahora a llamar del Antiguo Régimen, pero no dudo que su arte habría creado al segundo una composición hermosa.

El más joven de nuestros mayordomos interrumpió la conversación con una carta en la bandeja. Lavoisier, el conde Dufort de Cheverny y el arquitecto Ledoux, que ocupaban el fondo de la biblioteca, incorporaron su postura sobre el canapé rojo, bajaron el tono de voz y se mantuvieron expectantes mientras mi marido posaba el abre-cartas.

—Muy triste noticia, señores. Geneviève, querida mía, venga a sentarse. Y usted también, amigo Delille. Mi cuñado, Laurent, ha recibido una carta de La Pérouse, fechada el once de diciembre. Nuestro joven amigo De Langle ha perecido en una masacre en Samoa, en Tutuila, más concretamente. El botánico Lamanon también ha muerto. La tripulación del *Astrolabe* está desesperada. En cuanto lleguen a Botany Bay, nuestro comandante nombrará al mando un nuevo capitán de navío.

—Ha sido una temeridad del rey —añadió Lavoisier— enviar una expedición de tal envergadura con la consigna de actuar, en-todas-las-ocasiones, con cuidado y humanidad hacia los diferentes pueblos que se encontrara a lo largo del viaje. El propio La Pérouse ya nos venía diciendo que no volvería a dejar Europa bajo tales órdenes; que se deben considerar los salvajes como enemigos, muy débiles, efectivamente, que sería poco generoso atacar y muy bárbaro destruir, pero que hay que prevenirse cuando uno sospecha. ¿Qué le parece, Delille?

—Pues que, además, la culpa es de los filósofos, y La Pérouse lo sabe, por eso monta en cólera cada vez que se les ocurre hablar sobre lo que desconocen, sobre los pue-

blos incivilizados, por ejemplo. El mito del buen salvaje, ¡ah! Aquí los únicos salvajes son ellos. ¡Vaya ferocidad! Pobre Fleuriot de Langle.

Dufort de Cheverny me acercó una copa con agua. Agaché los ojos agradeciendo; siempre me sentí incómoda con él. Era muy amable y con detalles hacia mi persona, pero tenía la sensación de que me comparaba indefectiblemente con alguien, con otra mujer, una comparación en la que yo salía siempre perdiendo, y me invadía una vergüenza atroz. Me despedí de la tertulia. Dejé la biblioteca, pero, disponiéndome a subir a mi estancia, vi un carruaje acercarse a la casa. Los arbustos del diáfano camino hasta la entrada llevaban varios días inclinados aguantando la nieve. Parecían reverenciar al visitante hasta la puerta principal de la Malmaison. Reconocí el coche de la futura condesa Hocquart, me detuve a recibirla. El día de visita en mi salón era el lunes, así que, estando a jueves y presentarse inesperadamente, debía venir para otra cosa.

Jeanne Pourrat sería pronto condesa de Hocquart de Turtot, a pesar de que llevaba tiempo retrasando su boda. Cuando no estaba en París, vivía cerca de nuestra casa, pasado el bosque de Marly, en Louveciennes, en el castillo de su hermana Charlotte, esposa de mi hermano Laurent. Muy distinguida, con una alegría natural, Jeanne era requerida por todo el mundo; su don de interpretación le llevaba a organizar espectáculos en el castillo o en París, en el salón de su madre, y reunir a media sociedad parisienne para aplaudirla vehementemente. Haciendo un alto en el camino a la capital, donde esa noche cenaría en casa

del conde de Pilos, vino a decírmelo. Creo que quería ver transformarse mi cara, cándida y tonta, cuando supiera que compartiría mesa con Madame du Barry. No es que viniera a incomodarme; vino sólo a ver mi semblante para luego poder decirlo al hilo de cualquier conversación. Nuestra época es así, si no tienes conversación no estás en la sociedad. Estaba claro que no le había llegado la noticia sobre la carta de La Pérouse, cuya esposa pasaba temporadas en Louveciennes y asistía a su salón junto con La Harpe, los Suard, Benjamin Constant, François de Pange, Madame de Staël y el gran Jacques-Louis David. Hacía un año que el pintor más famoso de la capital la había puesto a posar delante del piano, sus rizos negros junto a la frente, sin joyas, adornada de su gracia natural, de su juventud de amplia garganta blanca recogida en un vestido ceñido bajo el pecho y cayendo al suelo con la misma negligencia que su brazo sobre el teclado. Aunque sólo era un boceto, tanta impresión causó que aprovecharon para presentarlo en una de sus fiestas. Fue espectacular verla casi recordando a una mujer romana. Mi marido dijo que yo también debía tener un retrato al nuevo estilo; y aunque me negué, pero tendría que llegar forzosamente porque era algo propio a mi clase y lo haría como había hecho todo lo anterior.

La alegre vecina, las mejillas heladas y envuelta en las pieles, se despidió con un guiño indicándome que su acompañante la esperaba en el coche, y con saltitos ágiles sobre la nieve subió al carroaje. “Ya te contaré”, me dijo cruzándose los labios con la mano enguantada en tercio-

pelo negro. Yo prefería no saber. Todo lo relativo al conde de Pilos me desconcertaba, me hería el ánimo o me inundaba de gozo. Yo sola debía cuidarme, guardarme del punzante celo de su amor, vivir tranquila y no perder su presencia.

En ese momento, los caballeros salían de la biblioteca.

—Geneviève, querida, ¿vuelve a sentirse mal? —me preguntó mi marido— Delille, por favor, acompaña a mi esposa un rato, su rima la distraerá.

La mirada agradecida que lancé a Delille chirrió junto a la línea reprimida que una mueca nerviosa dejó sobre mis labios bastando para indicar a todos aquellos señores que deseaba estar sola.

Hacía tres semanas que no veía al conde; desde que comenzó la nieve de diciembre. No le gustaba el nombre de Pilos, como tampoco le gustaba Geneviève. Me acostumbré a responder a su voz cuando me llamaba Sofía en español o recurría a cualquier otra palabra del idioma francés que envolvía en su acento, puliendo los sonidos con su voz profunda y viril. Era un exiliado. Yo habría preferido un verdadero exiliado, un hombre solitario en un país desconocido, que hubiese encontrado en mí su único cobijo, la sombra en el parque en verano, el calor del hogar cuando hiela fuera. Sin embargo, era uno más de ellos, o casi; asiduo de las grandes e importantes reuniones, invitado en los círculos pequeños, presente en las sesiones secretas, celebrando cenas... ¡invitando a la *Bien-Aimée*! En realidad, yo no sentía celos de nada; me había acostumbrado a no dar paso a ese sentimiento. O sí; no lo sé. Lo

único que pedía era que cuando estuviera en mi casa, él se sintiera en su casa.

Veinte días sin verlo y sólo había recibido un billete muy breve suyo: «Mi querida flor de Hibisco, ¿cómo está Félix? Procura que no descuide sus lecciones de español. He visitado a Pauline; las religiosas dicen que es un alma dulce. ¡Cómo se te parece! Tenemos mucho trabajo en París. Deseo visitaros pronto. Miles de besos por tus manos». No había forma alguna de retenerlo en la Malmaison durante los meses de invierno. Temía las nieves y las crecidas que le restarían movimiento para atender con prontitud los asuntos de la ciudad, y disponibilidad para los negocios, y la vida, en definitiva. Yo le había respondido inmediatamente con otro billete, en papel de algodón, más breve aún, untado en jazmín, «¿Cuándo?».

Habían pasado ya siete años desde que nos conocimos en 1780, una noche con Choderlos de Laclos, Mercier, Condorcet, Marmontel, Sieyès y algunos más. Acababa de dar a luz a Félix, y, para celebrar mi maternidad, mi marido quiso ofrecer una velada literaria. Solicitaron que leyera para los invitados algunas tiradas de *Mithridate*. El conde, que quince años antes había traducido la misma obra al español, estuvo observándose nervioso toda la noche, luego, sentado al fondo del gran salón, al timbre de mi voz, unió sus manos para apoyar la boca y cerrar los ojos. A medida que avanzaban los versos racinianos, mi voz solicitó más dolorosamente que se respetara mi amor callado, la estirpe de mi personaje, Monime, y su destino. El aristócrata español se fue encogiendo en el sillón louis

xv dorado, alejado de las miradas, haciéndose más pequeño, más frágil y abandonado, apretando los párpados. Desde mi posición erguida, le había observado. Me mantuve seria. No quise recalcarle lo que ya sabía ni mi propósito era mostrarle que no había pasado desapercibido. Se esfumó al terminar la lectura, con la excusa de un asunto urgente, dos frases mal hiladas para salir del paso, rozó con un beso mi mano y huyó con una flor de acacia regalo del anfitrión.

Unos días después de aquella velada, propuse un té en casa, con Condorcet y el conde de Pilos. Mi marido, que sólo tomaba decisiones con vista de negocio o para su capricho, me animó enseguida a hacerle entrar en el círculo de mis más allegados. Quería tenerlo cerca de la familia; el conde había sido un gran apoyo en sus negocios en España unas décadas antes; y ahora vivía en París. Así que le envié una invitación a la calle Sainte-Apolline, donde tenía su residencia.

“Tiene una voz preciosa. La otra noche, armada de ella, usted construyó una cúpula de estrellas. Su voz es harmónica y limpia, —me dijo el conde al llegar—, pero su sonrisa es especial y la supera”, y se inclinó en una reverencia mágica; la cabeza y el cuerpo humillados lo justo para darme a entender lo que él quería. “Debería leernos más en público, o incluso interpretar algún personaje teatral. Su porte declamando es soberbio”, —prosiguió.

En aquel año de nuestro primer encuentro, en 1780, él acababa de llegar de España. Mi marido, Jacques-Jean Le Coulteux du Molay, le había conocido en Cádiz veinte

años antes. A la ciudad andaluza había llegado Pablo de Olavide, ahora conde de Pilos, en junio de 1752, después de un periplo de dos años huyendo de Perú por un asunto de más de cuarenta mil pesos prestados a un armador cuando tenía que haber devuelto ese dinero a los acreedores de su padre. Se había organizado en connivencia con letrados amigos para no tener que devolver la suma ni a su tío ni a los comerciantes textiles de Madrid a los que su padre, muerto en un terremoto, adeudaba el dinero. El Consejo de Indias tenía que comunicarle que había sido suspendido de sus funciones y desterrado de Lima, pero él ya estaba lejos de esa ciudad cuando el Marqués de la Ensenada transmitió la orden.

Según su amigo Marcelin Defourneaux, estaba especialmente dotado para reconocer las buenas operaciones comerciales. Pronto tuvo una gran fortuna en Curaçao, pero era una posesión extranjera y sus negocios fueron considerados ilícitos. Se le arrestó, pues, y se le confiscaron todos los bienes que tenía en Cádiz. Unos pidieron una sentencia ejemplar, otros quisieron que se silenciara. Fue puesto en libertad por motivos de salud, pero se le suspendió de la plaza de oidor en Lima durante diez años, y con orden de perpetuo silencio judicial sobre todos estos asuntos. A cambio, se cerró para siempre su etapa limeña y quedó sin el dinero acumulado. Él siempre refería su juventud como unos años dísculos de los que estaba profundamente arrepentido. Lo cierto es que los colmó con creces entregándose luego a la vida política. Dufort de Chevergny siempre decía que Olavide terminó su forma-

ción intelectual con sus viajes y estancias en Francia; que cuando se conocieron en Bagnères-de-Bigorre tenía la cara tersa, la mirada viva y atrevida, la boca pronta para la agudeza y la réplica; todo en él rezumaba una entera confianza en sí mismo, pero sólo tres años después de estar en el cargo en Madrid, la cara estaba más enflaquecida, los rasgos más acusados, la ligera sonrisa había dado lugar a una expresión más tensa y casi amarga. Era evidente el contraste entre las generosas ilusiones del afrancesado, dispuesto a servir a su patria con talento y conocimiento, y el desengañado hombre de gobierno que la experiencia infligió a su optimismo. De su época de profesor en Lima, le quedaba el gusto por enseñar, demostrar y convencer. Contra las supersticiones, oponía su ideal de religión ilustrada, hecha para ayudar a los hombres a encontrar en esta tierra la parte de felicidad que Dios no ha pensado nunca rehusarles. Bondadoso de corazón, generoso de forma natural, amaba a los humildes, y su poder de seducción alcanzaba a todos sus allegados, tanto que, a pesar de las amenazas de la Inquisición, siempre contó con simpatías. Olavide gustaba de la vida libre y elegante, pero lejos de sacar provecho material de los cargos que ocupó, gastó en ellos una considerable parte de su fortuna. Eso sí, mostraba una susceptibilidad extrema en lo referente a su reputación y a su honor, tanto en lo privado como en lo público, y un temor a evocar su pasado peruano.

A partir de aquel té del pequeño grupo, empezaron las visitas frecuentes, las temporadas en la Malmaison, los grandes paseos por el jardín, los teatros nocturnos a orillas

del río que cruzaba nuestro gran parque, la formación de mi hijo Félix, de la que quiso encargarse personalmente para enseñarle la lengua española y prepararlo para vivir en una corte del mundo moderno. También empezó a venir para las reuniones que mi marido celebraba en el ala del castillo que mira a Oriente.

Pero aquella noche de invierno de 1787, lejos ya el tiempo del primer encuentro, sin respuesta aún a mi «¿Cuándo?», sentí toda la pena acumularse en mis sienes, bajar por la frente, estallar un burbujeo en las narices que terminaron en dos pesadas lágrimas a ambos lados de la cara y que mientras se deslizaban marcaban el surco de más tristeza. Lloré ante la nieve que me impedía tenerlo. Desde mi habitación, en el ala oeste, vi a mi marido salir de la casa y atravesar el parque en dirección a la casita de invitados. Le vi como una sombra manchando la blancura de un suelo azulado por la luna. Sus pasos hundían el peso de su espalda encorvada y grave. La reunión con Lavoissier y el arquitecto Ledoux terminó en inquietud. La historia del muro que con tanta euforia comenzaron a construir unos años antes, se tornaba dificultad; y esta vez no tenían claro si podrían salir del problema.

Dos días después, la casa andaba revuelta con la inminencia de las fiestas navideñas. Tuve que bregar con mil asuntos; no pude atender correctamente a tanto requerimiento. Afortunadamente, Josefa, una andaluza contratada por el conde para mí, me servía con devoción.

En el saloncito que daba acceso a mi cuarto, me sentaba finalmente a posar para un nuevo retrato. La pintora me

adulaba diciendo que a mis treinta y cinco años ya se me consideraba unas de las más elegantes de París. Me lo tomé como un cumplido profesional; ser elegante era para mí un deber. Tuve que casarme con tan sólo dieciséis con Jacques-Jean, trece años mayor que yo, perdiendo el apellido De la Noraye por el de Du Molay, pero conservando siempre Le Coulteux puesto que éramos primos. Si bien no había pasión entre nosotros, manteníamos el respeto a la familia de banqueros de la que ambos proveníamos. Así lo aprendí, lo primero era el negocio familiar; que no se perdiera ni el nombre ni la fortuna ni el poder de los Le Coulteux. La pintora, Elisabeth-Louise Vigée-Le Brun, retratista de María Antonieta y amiga de todos nosotros, me tenía sentada de medio lado apoyando las manos discretamente sobre el respaldo de formas redondas de una silla en terciopelo rojo.

“Quiero que tus grandes ojos grises desgranan dulzura sobre tus labios gruesos que, a su vez, anunciarán una garganta blanca y poderosa, tu pecho generoso”, decía la artista, que también escribía, a veces con mordacidad. Aunque afortunadamente pintaba con más delicadeza que en su escritura. La pintora había solicitado un gran foulard dorado alrededor del talle, que llamara la atención sobre mi figura, y, para el pelo rubio, que quiso muy empolvado, pidió un velo largo de líneas rectas que rompieran los bucles.

—*Ma chère*, qué trabajo cuesta borrarte ese aspecto soñador que paseas siempre. Ni el traje más empaquetado del más caro modisto de París puede quitarte el ángel volando hacia las nubes.

—Pues no lo quites —le sonréí.

—Oh, no, no se me ocurrirá. Soy la mejor retratista. Sí considero que deberías asistir con más frecuencia a las fiestas de tu cuñada. No falté a la de la semana pasada; una velada exquisita que no se perdió Madame Du Barry.

—Ah, sí, Madame du Barry.

—Deberías invitarla alguna vez a tu casa. Es una mujer interesante, y muy amiga de todos los inmigrados. Me contaron que hace unos días tuvo cena en casa del conde de Pilos. Según Dufort de Cheverny, ella siente auténtica veneración por el español. No sé qué le encontráis. A mí me repugna. No es nada amable y lleva el tabaco de su país en los bolsillos y cada vez que lo saca lo deja todo hecho un asco. Te aseguro que no entiendo esa admiración tuya.

—Tanto Cheverny como la Du Barry son antiguos conocidos del conde de Pilos. Al conde de Cheverny desde hace más de treinta años, en Bagnères-de-Bigorre; el introductor de embajadores de Louis XV se encontraba tomando las aguas cuando también llegó allí Pablo de Olavide para restablecerse. Y la Du Barry...

—Ya sabemos —me interrumpió la pintora. Ya ha pasado para mí dos veces. Recuerda que pasé una temporada en su casa y reconozco su inteligencia y su belleza. Es una de esas mujeres fascinantes que seduce a todo el mundo. Imagínate, hasta favorita de Louis XV. Tengo entendido que Cheverny, que no la conocía personalmente, quedó encantado por la expansión de atenciones y cariño que dispensó a todos en la cena del otro día. Se encontraba

como en su casa, como la dueña del palacete de Pilos. Se va contando por ahí que estaba acalorada a pesar de helar en la calle. Y que explicó que desde que vive en Louveciennes, en la mansión que le había regalado Louis XV, y respetado Louis XVI, tiene una salud más robusta, que se baña todos los días en agua fría, y enseñó la ropa que llevaba debajo; un simple vestido de muselina de batista, y que les hizo palparle las costillas para que vieran lo fuerte que está. Va siempre en carroza de seis caballos. En la cena andaba con soltura y nobleza, las atenciones de ella eran para las mujeres y para Olivares.

—Olavide —le corregí.

—Bueno, eso. El caso es que es una dama extraordinaria. No sorprende ya porqué ha sido la amante de un hombre de sesenta y cuatro años ahítos de placeres como el rey. Seguramente en sus primeros viajes a la capital, Olivares, perdón, Olavide, le precediera en algunos años al rey en los favores. Es una criatura deliciosa que cuenta cientos de historias de su paso por Versalles con la naturalidad y la gracia de quien ha vivido entre los grandes sin darse importancia. Tiene un don especial para acompañar su belleza de una conversación cautivadora.

—Bien, Elisabeth, si te parece, dejamos la sesión por hoy, —le dije justificándome por la necesidad de verificar con el servicio que todo estaba bien— además, como no íbamos a poder terminar mi retrato para la fiesta de año nuevo... ¿Qué opinas si lo dejamos todo y luego en primavera te instalas una temporada con nosotros y lo terminas?

Le ofrecí un té y la decisión sorprendió a la artista, y achacó la reacción a sus palabras elogiosas sobre la Du Barry. De todos modos, hacía mucho frío para venir una vez en semana, tenía trabajo en París por esas fechas y una estancia en primavera en los parajes de Rueil no le vendría mal. Al fin y al cabo, sólo tenía el lienzo con la mancha. Agradeció el té, pero aprovecharía para pasarse por el palacete de Mégrigny donde iba a iniciar el retrato de nuestra amiga, la señora Fougeret.

Hurgando en su carpeta, guardando sus materiales, me dejó un grabado que le habían regalado en casa de mi hermano.

—Seguramente te llegará, pero llevo dos y te dejo éste. Encuentro muy atrevido a este David, por mucha técnica que tenga y por muy importante que se crea. Está acabando con nuestro *bon goût* en la pintura, ¡dónde va a quedar Boucher! No es que yo comparta Fragonard, prefiero otros, pero al menos... Bueno, como es de tu cuñada-amiga, te lo regalo. Es puro teatro —me recalcó mientras se alejaba.

Aprovechando el éxito del último cuadro de Jacques-Louis David, aquel año, en el salón de pintura de 1787, la señora Pourrat, madre de mi cuñada, había querido lanzar el grabado que éste les había hecho tres años antes; un dibujo de sus hijas, a modo de nota y boceto para su *Serment des Horaces*, presentado en el salón de 1785 y que le valdría al pintor la gloria europea, transformando Roma en el antídoto al París de Louis XVI. Artista trabajador, regido por la estética del esfuerzo, de lo acabado, y,

aunque luego quiso irse a Roma para terminar la tela y el cuadro final llevaba la huella de la ciudad eterna, pero sí, sí que eran ellas, Charlotte, mi cuñada, y su hermana Jeanne Pourrat.

Lo llevé a mi escritorio, lo puse en vertical sobre mi mesa. “Es la pintura de los tiempos modernos” decían todos, y la frase resonaba en mi mente. ¿Estaría yo preparada para ellos? Miré el grabado. Fue entonces cuando un sentimiento de profunda inquietud vino a mí. Esos brazos lánguidos, la belleza de los cuerpos, el erotismo de sus senos de Pomona, las pieles lechosas, las carnes frescas, todo estaba en un segundo plano, envuelto en unas telas de sudario. Sólo llegaba a mí el dolor de una anatomía rota por el amor hacia el que podría desaparecer para siempre. Charlotte, de perfil, parecía ver el futuro, como lo que yo temía en ese momento, como si quisiera ver claro sin querer ver. Sentí un escalofrío de fatalidad. La hermana, Jeanne, sentada de frente, mantenía un cuerpo que siempre mostraba coqueto al espectáculo. Ella tan actriz, le había quitado cualquier impulso de pasión, como una respiración alcanzada por una flecha, como el éxtasis del dolor. Las dos estaban muy hermosas, sí. Y hasta qué punto el pintor había magnificado la tragedia de aquellas dos mujeres. Charlotte, soportando su frente con la mano derecha; su hermoso cuello a la griega, lavado de todo buen gusto de nuestra época, esculpido sobre un liso mármol, sus cabellos recogidos por un tejido azul guardando para otro momento toda la volubilidad de su hermosa cabellera negra, para después de la guerra. El amor después

de la tragedia, el amor jamás, quizá. Jeanne parecía desvanecida, incapaz de aliviar la pena a su hermana, sorprendida en su cuerpo de estatua antigua. Las dos lloraban la suerte futura. Los dedos de Charlotte intentaban transmitir a Jeanne su consolación o su impotencia, pero, en cualquier caso, su desolación. El grabado podría ser el reverso de algo que en ese momento no acertaba a entender, sin dejar de oprimirme la pena.

Me senté en la otomana rosa y leí aquí y allá algunas noticias de periódicos. Vivíamos un momento cuanto menos delicado. En 1783, el controlador de finanzas, Charles Alexandre Calonne, recurrió a los préstamos para todo lo que quisieran la reina, el rey y los cortesanos. Nunca las fiestas de Versalles fueron tan espléndidas como en los últimos tiempos. Tras tres años de tanta prodigalidad se agotó la confianza y los banqueros rechazaron nuevos préstamos y Calonne se encontró ante dificultades insalvables. Propuso entonces un amplio plan de reformas sabiendo que se encontraría con la oposición de los Parlamentos. Pensó que sería mejor someterlo a la Asamblea de Notables, pero los Notables, todos privilegiados, terminaron por conseguir que lo destituyeran en abril de 1787. Su sucesor fue el arzobispo de Toulouse, Loménie de Brienne, quien retomó los planes de su antecesor y se encontró con los mismos problemas. El conflicto entre los Parlamentos y la corona era de una violencia inaudita, una humillación para la monarquía, pero el asunto no nos dejaba indiferentes a los que vivíamos de la banca.

Afortunadamente, al día siguiente recibí la noticia de que el conde vendría para felicitar la Navidad, y que pasaría por las benedictinas para traerse a mi hija Pauline con él. Fue un bálsamo.

Se presentó el 24 de diciembre. Venía acompañado del abate Reynard, el profesor de Félix. Como siempre, llegó con regalos para todos, pero esta vez me traía otra gran sorpresa; la presencia del joven Talma que ese mismo año había debutado en la escuela de declamación y en el teatro real de la Comédie Française con *Le Fanatisme ou Mahomet le Prophète* de Voltaire. Llegaron dos coches, del primero bajó mi hija y una de las sirvientas del conde. Pauline corrió hacia mí. Mientras la tenía en mis brazos y la besaba, vi que los hombres bajaban del segundo carroaje. Mandé preparar más habitaciones, y se ocuparon del equipaje que descargaban. La figura del conde se me acercó. Me trastornaba siempre por más que lo veía. Muy alto, guapo, un hombre con una presencia que no dejaba indiferente a nadie, su nariz prominente, la mirada viva y curiosa, siempre con un brillo de entusiasmo que acompañaba de un movimiento de cejas. Había engordado un poco, pero sólo ayudaba a recoger la vista sobre sus labios y su cuello robusto. Me apretó como siempre, sentí la palma de su mano grande presionando el final de mi espalda, y los dedos palpando todo el inicio de mis curvas, la otra en mi nuca para asegurarse de que su susurro quedaba entre nosotros. “Sofía, mi perla, mi tesoro”. E inmediatamente “Perdón, —dijo con su voz rota y poética—, te presento al señor Talma, el futuro de la escena mundial”.

Nos saludamos, le pedí que se acomodaran en la que ofrecí como su casa para vernos inmediatamente después.

Subí a las habitaciones de mi hija con una alegría inmensa de tenerlos a todos en la Malmaison, pero sobre todo a él aquí y de saber su satisfacción con el invitado. Yo sabía con qué intensidad vivía el mundo del teatro y era feliz viéndolo a él disfrutar con los personajes, la declamación, los gestos. Desde la primera vez que lo vi comprendí que su pasión era el teatro. Le agradecía mucho que tuviera el cuidado de no traerme nunca actrices. Desde el ala oeste lo vi entusiasmado instalando al joven actor. Me envió un beso desde el pasillo este. Atardecía ya, los ventanales reflejaban el claror tembloroso de los candelabros sobre el fondo azul noche.



CAPÍTULO II

*L*a tarde transcurrió con los niños hasta que, a las seis, se fueron a cenar con la niñera. Mi pequeño Félix había estado jugando con el conde de Pilos y dibujando un nuevo establo. Estaba entusiasmado con los proyectos de nuevas construcciones, con la idea de solicitar al arquitecto Mandar, amigo de la familia, que diseñara en el jardín una casa para el conde.

Quise una gran cena de nochebuena para él, aunque no pudiera superar la fama de las suyas en la calle Sainte Apolline. Todo París estaba expectante de su vida. El año en que llegó a Francia, en octubre de 1780, las *Mémoires* de Bachaumont hacían saber a sus lectores que Olavide, el intendente español maltratado por la Inquisición, había huido a París bajo nombre extranjero, que adoptó entonces el seudónimo de conde de Pilos para romper con su pasado inmediato. Luchó por dejar de ser identificado con la imagen evocada por el Intendente; aunque seguía siendo citado como símbolo de denuncia del fanatismo y la barbarie inquisitorial. Aquella fuente de popularidad no le interesaba, prefería ser discreto. El arresto y la huida habían hecho mella en él. No es que hubiera abjurado de su pasado filosófico, sino que su ánimo y su cuerpo estaban ya muy tocados por un maltrato injustificado, conti-

nuas humillaciones y afrentas que le envejecieron el rostro. Cuando le conocí seguía con su entusiasmo por las novedades, pero ya no se acaloraba tanto en las discusiones, sino que era más mesurado y afable. Bondad y dulzura de carácter son los rasgos que me llevaron a quererle, y sigue tan atractivo y seductor que se mete en el bolsillo hasta a los niños. Tras la vida incómoda y los periodos de privaciones en la época de su encarcelamiento, vivió como gran señor amante de las letras y cultivador de las ciencias en su casa parisina, tratando de olvidar las persecuciones y penitencias. Cenaba siempre con algún invitado y su palacete era punto de reunión de lo más selecto de buen tono y agradable conversación: Dufort de Cheverny; el cantante Jelyotte; el caballero de Chastelluz; Perrin de Cypierre, intendente de Orléans; Salaberry, presidente del Tribunal de Cuentas; el futuro presidente de los Estados Unidos, John Adams, que sucedió a Franklin como representante del Congreso americano ante el gobierno francés; Jean du Barry, le Roué, y su cuñada, Madame du Barry, la *Bien-Aimée*. A su vez, él era acogido por los filósofos en el salón de D'Alembert, secretario perpetuo de la Académie Française; allí trató con Condorcet, cabeza del partido filosófico tras Voltaire, con el escritor y crítico La Harpe, con el fisiócrata Dupont de Nemours. Conoció a Diderot, que un año antes había escrito una biografía de Olavide, con los datos suministrados por Miguel Gijón, en la *Correspondance littéraire* que Grimm dirigía a los príncipes alemanes. Entre junio del 1781 y comienzos del 1783, en la correspondencia entre Grimm y Catalina II,

Emperatriz de Rusia, éste le comentaba la personalidad del conde de Pilos y señalaba de él que tenía en sus modales un carácter de bondad y de dulzura característico de los mártires. En un momento en que la emperatriz rusa pensó que el español estaba en dificultades económicas por el caso del Príncipe de Guémené, ésta pidió a Grimm que ayudara al español cuanto pudiera.

Cuando ya habían pasado tres años en medio del pueblo parisino fue cuando empezó a llevar una vida muy agradable. Cheverny iba a verle dos veces por semana. Ya estaba de vuelta del gran mundo, pasaba casi todo su tiempo en nuestra casa o en la de sabios y artistas. Era más discreto en sus amistades y buscaba rodearse de personas que pudieran satisfacer su alma. A su casa iban entonces el príncipe Czartoriski, el oficial de marina La Pérouse, el aventurero Príncipe de Nassau, compañero de viajes de Bougainville. Algunos pensaban que se retiraba por retraimiento debido a los reveses de la fortuna, pero yo sabía que cada vez estaba más imbuido por el teatro. También debido en parte a que su amigo Cheverny tuvo la idea de distraerse con una compañía de marionetas de los Fantoccini y de montar un teatro en su castillo en donde representar piezas imitadas del repertorio italiano con intermedios de ballets. El propio Dufort de Cheverny escribió, de acuerdo con los modelos italianos, cerca de un centenar de piezas cortas dialogadas entre las que *Le Fanatisme monacal* parece inspirada en las desgracias de Olavide. Entre 1783 y 1784 Pablo se apasiona por el magnetismo animal de Mesmer; sus amigos Salaberry y Dufort también entraron en la fascinación.

Aquella nochebuena, para agasajarle, quise una gran mesa hermosamente montada como a él le gustaba. Mi afán era agradecerle cada uno de los minutos que me dedicaba y si me veían mustia por la casa con su ausencia, su presencia arreglaba, limpiaba y olvidaba todo. Aunque procuré crear conversaciones con todos los invitados y me ocupé de que no faltara nada, ni siquiera algunos platos españoles preparados por Josefa, cuando, de refilón, mis ojos pasaban por su cara, y cruzaban su mirada, su brillo era siempre una sorpresa, una luz. Algunas veces me parecía ver un relámpago de amor en su mirada que me hacía pensar en mi pasión recogida y me daba alguna esperanza.

El postre giró en torno a Talma, nuestro joven invitado. Nos contó que tras seguir clases en el conservatorio de música y de declamación, en junio de 1786 entró en la Escuela real dramática, añadida entonces a la escuela de canto, admitido después de haber recitado el papel de Xipharès de *Mithridate*. El 21 de noviembre de 1787, hacía escasamente un mes, había debutado en la Comédie Française con el papel de Séide en *Mahomet*, que volvió a interpretar tres días después y al cuarto día en Euphémon, de *L'Enfant prodigue*. Según el *Journal de Paris*, no imitaba a ningún actor, sino que interpretaba según su propio sentimiento. Mi marido levantó su copa por tanto trabajo.

—Bien, brindemos por Talma, por el gran actor que es.

—Y que será —añadió Olavide.

—No nos ha contado, querido conde, cómo ha descubierto el talento del señor Talma —sugirió Jacques-Jean.

—Fue hace apenas un mes, en su debut. Tenía que haberlo visto, querida,—dijo Olavide dirigiéndose a mí— pasa usted demasiado tiempo aquí. París está tan viva. A quienes escuchamos, el hábil comediante nos hace sentir todas las sensaciones que él parece sentir. Nos transportó. La ciega devoción del alma de Séide pasó a través de la suya.

—Algo tendrán que ver en todo esto los buenos autores de los textos —señaló Reynard.

Pablo asintió con la cabeza y añadió que, evidentemente, el conocimiento y la imaginación de los escritores es importante, pero que Talma tenía la superioridad de quien estudia la Historia. Lo importante que es el estudio de lo que nos ha acontecido para entender la tragedia.

—En verdad, he procurado que el conde me encontrara —añadió Talma. Bueno, la primera vez que pisé un escenario fue para la entrega de premios del colegio. Tenía nueve años. Mucha expresividad y capacidad sensible para meterme en el papel hicieron que me desmayara sólo de pensar en la escena. El éxito fue rotundo. Después, unos pinitos en Drury-Lane mientras me formaba como dentista en Inglaterra. Hace un año que abrí mi consulta en París. Pero ahora la tengo cerrada. Llevo todo este tiempo en la Escuela de declamación con los profesores Dugazon el martes, Molé el jueves y Fleury el sábado, pero siempre pensé en buscar a Don Pablo de Olavide, conde de Pilos. Así que verdaderamente, he procurado que el conde me encontrara. Fui en su busca hasta que me recibió en su casa. Quería saber algo más que declamación, quería saber

todo sobre la tragedia, saber tanto o más que Lekain. A Lekain lo formó Voltaire, yo quería ser formado por el más ilustre volteriano de París.

—No sólo aprende, sino que acaba de entrar becado en La Comédie Française y en un mes apenas ha hecho ya varios papeles, Séide, Bramine en *La veuve du Malabar*; Valère en *L'École des maris*; Saint-Albin en *Le Père de famille*; Pilade en *Iphigénie en Tauride* —añadió el conde mirándome, y comprendí que en sus semanas de ausencia había disfrutado del teatro.

La admiración de todos era grande.

—Un futuro prometedor, —añadí. Tendrá que venir a Louveciennes, a casa de mi hermano, ellos tienen teatro todo el año, nosotros sólo con el buen tiempo, que es cuando el conde nos acompaña. Aunque ha buscado usted la sombra del mejor árbol y al más enrabiado amante del teatro, las amistades de mi cuñada le interesarán. A sus reuniones es asiduo André Chénier, aunque acaba de partir para la embajada de Londres, vendrá pronto.

—Señor Talma —preguntó Reynard— ¿sabía usted que el conde de Pilos es hoy todo lo que es, el más relevante inmigrado en París, el reconocido por toda Europa, por un asunto de teatros?

—No me extrañaría, abate. Cuando me dirigí a Molé y a Dugazon para participarles mi deseo y explicarles que quería ser como Lekain; ellos me dijeron que debía acudir al original volteriano, al conde.

Al ver que la conversación tornaba de su lado, Olavide se retiró a fumar. Reynard, que había seguido el gusto tea-

tral en España, contó que, durante la época española del conde Ignacio de Luzán, Olavide era de los que pensaban en el teatro clásico francés como la máxima expresión de la perfección. En 1762 Moratín había intentado llevar a escena la *Petimetra*, una comedia nueva, pero sin representarse debido a la afición del pueblo español al repertorio del Siglo de Oro. José Clavijo, en los primeros números de su revista *El Pensador*, atacaba los autos sacramentales por no ser ni religión ni arte y defendía un teatro regular, escuela de moral y de virtud para los espectadores. Finalmente, una cédula real prohibió la representación de los autos y renovó la prohibición de Fernando VI sobre las comedias de tema religioso. Entonces llegó al poder el conde de Aranda y organizó divertimentos a la manera de París, y emprendió la reglamentación pública del teatro, su organización escénica y su repertorio. Bernardo de Iriarte fue encargado de seleccionar las obras del viejo repertorio susceptibles de adaptarse al nuevo gusto y ser representado en los sitios reales de Aranjuez, El Escorial y La Granja. Más que arreglos, lo que se representaron fueron traducciones de Racine, de Molière, de Voltaire. Y la mayoría de las obras salieron del salón de Olavide que ya tenía traducciones hechas para su propio teatro. “¡Siempre la política queriendo intervenir en el teatro!”, suspiró el abate.

—El designio de dar a la nación un teatro ilustrado y corregido es, en mi modo de pensar —argumentó Olavide—, uno de los más importantes y útiles, porque en mi concepto nada forma tanto las costumbres de un pue-

blo, nada ameniza más a la sociedad, nada inspira tanta dulzura, urbanidad y amor a la honradez como las frecuentes lecciones que se dan al público en el teatro. Pensaba entonces que el que diere a España tragedias y comedias que, oyéndose con gusto, pudieran producir buenos efectos, le haría acaso el mejor servicio.

—El caso es que usted buscó los modelos casi exclusivamente en Francia —observó Reynard.

—Abate Reynard, amigo, no dije que no hubiera algunas en el antiguo repertorio susceptibles de esta mejora, sin perjuicio de la obra, pero dudo que fueran muchas. Pensé que lo que necesitaba la nación eran tragedias que la commovieran, y la instruyeran, comedias que la divirtieran y corrigieran. Y que, lográndose estos fines, importaba poco que fueran de griegos o de romanos, con tal que se acomodasen a nuestras costumbres, y muy indiferente hubiesen sido de Calderón o de Moreto. No es la gloria de estos autores, ni la de la nación, que no consiste en ellos, lo que debe buscarse... sino el bien de la nación que quiere buenas piezas en todos los géneros, sea cual que sea su origen. Como Beaumarchais, creo que no hay más relación con el orden público que un establecimiento que reúne todos los días casi dos mil personas de todas las clases para representaciones teatrales que no pueden ser indiferentes a las costumbres, al carácter nacional, al progreso de las artes, a la gloria que resulta para una nación, a la afluencia de extranjeros que el arte atrae hasta aquí; en definitiva, a los placeres honestos y puros de quien haya recibido educación.

—Todo por gastarse los dineros en un teatro —retomó Reynard con sonrisa amistosa.

Desde la ventana, observando el árbol caído, Olavide zanjó el tema alegando que el dinero que se recaudó tras el terremoto de Lima para reconstruir la ciudad constituía una suma suficiente para hacer una iglesia y un teatro, pero las autoridades eclesiásticas no le perdonaron que no se gastara todo el dinero en el edificio religioso.

Se dedicó a su tabaco y me preguntó si había recibido el grabado de David.

—Ayer el que me envió mi hermano, el otro día Madame Vigée-Lebrun me regaló otro. Es muy hermoso, —respondí acercándome a la ventana, a su lado.

—Sí, otra Historia, —me respondió mirando el tronco nevado.

—Pero me afectó —le dije con voz compungida.

—Escucha, Sofía, no te preocupes, David es un maestro, ya le dieron un premio por un pastel titulado *La douleur*... sólo ha perfeccionado. Es porque las conoces por lo que estás así. Todas hacen bien su papel.

Le miré. Su perfil era lo que más me pertenecía, su nariz, sus labios, sus pestañas, las entradas en su frente, su pelo recogido; era lo que siempre me acompañaba después. Se giró para hablarme: “Me gustaría que se conocieran, él y David, quiero que sea a través de ti, te lo traigo para que le ayudes, quiero que lo conozcas, tú sabes a quién presentarlo”, bajito y clavando sus ojos en mí. Y más bajito, me susurró “estás sublime”. Me alejé desconfiada de mi respiración e invité a todos a pasar a la biblioteca, di-

ciendo en voz alta “¿Cómo amigo Olavide, el señor Talma no conoce a David? Lo arreglaremos pronto. Es asiduo de mi hermano y mi cuñada” y de pronto me vino la idea, “pero lo conocerá usted aquí mismo. Celebraremos el cumpleaños del conde. Solemos invitar a todos los amigos. Acompáñenos, por favor.”

Yo era una Le Coulteux, Geneviève Sophie Le Coulteux de la Noraye, había sido educada para estar casada con un banquero, ser útil a la familia, al negocio. En la empresa familiar de varios siglos todos teníamos nuestra función, yo podía aparecer como una mujer más de mi sociedad, coqueta, debía saber gestionar mi casa, gustar en los salones, llevar el mío, pero, a diferencia de otras mujeres, estaba al tanto de muchos negocios porque debía saber mover el mundo en mi casa.

—Le he traído libros, querida —anunció Olavide—, todos los que he podido. Una escritora se acaba de instalar en mi calle. Más otros de la imprenta de Renouard. ¿Qué ha leído estos días, querida?

A lo que Jacques-Jean añadió: —Sí, Geneviève, ¿qué lee actualmente, mi querida esposa?

—*Paul et Virginie* de nuestro amigo Bernardin.

—Pues, dígaselos, coméntele a Saint-Pierre lo mucho que le ha gustado su libro. Bueno a ver si así consigue sobrellevar su malhumor. Su esposa es encantadora, pero él... Se rumorea que ha sido un verdadero desastre editorial —comentó el conde. A lo que mi marido respondió exasperado:

—¡Rumores, rumores, esta ciudad arde en rumores, conde!

—Sí, París arde en rumores, pero no los menosprecie. Cuidado con los grandes ríos en calma, si se oye un rumor, el fondo se mueve —objetó Olavide.

Yo había presenciado la reunión con Lavoisier y Ledoux unos días antes. Sabía que el asunto del muro se hacía cada vez más serio y que la prudencia era obligada. Cuando vi a Jacques-Jean, mi marido, comenzar a ponerse nervioso sobre el tema, quise alejar a Talma hacia el salón, enseñarle nuestra colección de relojes, pero enseguida, desde las primeras palabras, al actor le interesó la conversación de los caballeros.

—Ya le dije, Jacques-Jean que ese muro le podía traer problemas.

—Conde, por favor, pero si empezamos a construirlo hace tres años y nadie dijo nada.

—¡Quién va a decir! —exclamó enérgico el conde. Se levanta sólo para enriquecimiento de la *Ferme Générale*. Lavoisier, usted y todos los *fermiers généraux* graváis con demasiados impuestos las mercancías que entran en la ciudad. Veinticuatro kilómetros de muro es algo faraónico; y no digamos las barreras neoclásicas. Los cambios sociales están en ebullición; nosotros mismos los avalamos, con qué moral Le Coulteux acoge el pensamiento liberador y luego se encierra en París tras un muro costosísimo. ¿Había miedo en todo esto? Si le temen a algo, vayan escogiendo casas fortificadas lejos de la capital, pero no le pongan puertas al campo. Los vientos están cambiando.

—*No son rumores lo que se escucha, es el susurro lejano de una marea que se acerca*, dice la coplilla de Beaumarchais... ¡oh!, una cancióncilla —añadió Reynard.

—Los de las cancioncillas pueden decir lo que quieran —respondió mi marido más nervioso. Lavoisier lo propuso para evitar el contrabando. París es la única ciudad sin impuestos directos. El indirecto sobre los alimentos, el vino y demás, se lo saltaban a la torera con el contrabando. Louis XVI lo aprobó hace tres años; además el ministro Calonne dio el visto bueno. Es más, no cerrábamos París, dejábamos algunas puertas para introducir mercancías para consumo de los habitantes.

—Demasiada prisa en construirlo —dijo Reynard. Lo empezaron en mayo por el Hôpital-Général, por la zona de la Salpêtrière. En dos años toda la parte sur estaba cerrada y el mismo controlador general de finanzas aprueba once barreras para la orilla derecha. Eso es que las cuentas le salían. No me negarán que Ledoux no diseñó unas magníficas y costosísimas barreras. Sí, aprovecha bien para poner en práctica sus ideas arquitectónicas. Demasiada magnificencia, propileo de París para un puesto de impuestos, por mucho estilo hacia lo clásico...

—¡El muro es para cerrar París! ¿A quién? ¡Para hacer pagar impuestos! ¿A quién? —subió el tono Olavide.

—Sí, ya sabemos que es muy impopular —dijo Jacques-Jean.

—Beaumarchais vaticina que habrá una revolución por su culpa —apuntó Reynard.

—Abate, no exagere como ese escritor —dijo Jacques-Jean. Sí, están descontentos los parisinos, pero se acostumbrarán. Lo que los parisinos no entienden son las locuras de Ledoux, esa arquitectura majestuosa para unas

puertas donde los pobres comerciantes deberán hacer cola para pagar impuestos. Es una ostentación.

—¿Entonces el problema es la ostentación de las puertas o el impuesto? No frivoline, amigo —respondió Olavide.

Cogí un libro de estampas e intenté atraer la atención de Talma. Me parecía aún un desconocido para entrar en la conversación de un tema tan de mi casa, cuando el actor dijo “permítanme interesarme por el tema, hasta ahora sólo lo he escuchado de la calle, pero ¿qué dicen el propio Lavoissier o Ledoux?

—Sí, señor, precisamente estábamos juntos aquí mismo cuando recibimos la noticia de la muerte en el grupo de La Pérouse. Bueno, la crítica estética dice que demasiadas libertades con los cánones antiguos en lo que se refiere a las puertas. ¡Ah, los propileos! Bachaumont habla de un monumento de esclavitud y despotismo. Sí, quizá Ledoux se ha pasado en extravagancias, pero ni Lavoissier ni ninguno de los *fermiers généraux* hemos cobrado nada que no haya sido aprobado por el rey.

El conde argumentó que el nuevo controlador de finanzas, Loménie de Brienne, había quedado escandalizado. Desde septiembre estaban paradas las obras. Hacía un mes que el ministro había visitado los trabajos y se decía que se indignó y que pretendía demoler el muro, vender los materiales. El arquitecto Ledoux llevaba un mes destituido de sus funciones. El país contaba ya gastados veinticinco millones, ¿cuándo se recuperarán las arcas del reino de tal despilfarro? —En nuestros mismos círculos

hay controversia —insistía Olavide—; Mercier está muy descontento. Mucha división que puede estallar. Ya hay casi cincuenta y cuatro barreras de las sesenta y una previstas. Cuarenta y tres monumentos al fisco. Un muro de más de tres metros de alto puede dar tranquilidad al poderoso; pero los hambrientos estarán ahí detrás siempre; detrás de sus casas, detrás de su muro. Los pueden echar de las puertas de los teatros, de las puertas de sus castillos, pero estarán ahí fuera, fuera de donde sea, pero estarán, esperando famélicos, esperando justicia humana.

—Todas las ciudades han tenido siempre muralla. París la ha tenido siempre, basta, fea, mal hecha con trozos de madera. Lo único que se ha hecho es reformarla y adaptarla a los tiempos —replicó Jacques-Jean.

—Amigo —le respondió el conde—, los tiempos no son de encerramiento. Los libros son cada vez más explícitos, usted tiene negocios cada vez más libremente con el mundo entero, cómo poder compaginar eso con el encierro tras un muro. El comercio exterior está en su máximo apogeo, la Compagnie des Indes lo demuestra en sus cuentas.

—Ah, nadie paga impuestos ni nadie quiere cobrarlos. Los campesinos viven miserablemente para no dar muestra de su riqueza y evitar los impuestos. Esconden sus riquezas.

Y Olavide prosiguió:

—Si continúan con un impuesto sobre la apariencia y no funciona, cámbienlo. Al fin y al cabo, ustedes son los *fermiers généraux*, los encargados de recaudar. Los señoríos

tienen un sistema feudal y nadie intenta cambiarlo en este país de las Luces.

—Pero, conde, usted sabe que se trata de un feudalismo económico y no político. Los señores ya ni viven en sus dominios. Envían a otros a recaudar.

—Un dinero que no llega al reino. La dispersión del control es grande. Demasiados gastos se quedan en su paso. Los *fermiers* están en el punto de mira, y ahora más, con el *mur murant*. Los filósofos llevan años enseñando el progreso; el concepto de ciudadanía de la antigua Roma se ha recuperado, se extiende...

—Sí, los libros hablan de ciudadanía, no de súbditos, —dijo Talma, que había cerrado pronto el libro de imágenes.

—¡Ah, ya estamos! —replicó Jacques-Jean— ¡La política interviene en el teatro y ahora el teatro quiere hacer política! Pero ustedes actúan en una sala cerrada y cobran una entrada; a pesar de que las obras de teatro pueden ser leídas por quien quiera. —Y dirigiéndose al conde para cambiar de tema—: En los últimos años están adquiriendo los comediantes una legitimidad en el mundo de las letras. Ese gran celo de Voltaire por Lekain, ¿va a hacer lo mismo, amigo Olavide, con el señor Talma?

—Señor Le Coulteux —replicó Talma—, sabe bien que, aunque los grandes actores se hayan hecho un hueco en el mundo de las letras, sabe que en la vida pública seguimos siendo objeto de desaprobación, ni los judíos ni los verdugos ni los actores hemos tenido derechos civiles. Si alguna vez llego a ser socio de la Comédie Française,

seré “comediante ordinario del rey”, tendré un amo, perteneceré al rey.

En 1787 los actores, por un lado, todavía estaban marcados por la excomunión tradicional, por otro tendían a ser portavoces de una nueva moral, el relevo con el que los filósofos podían dirigirse al público. Económicamente quedaban asimilados a la figura de aventureros o pícaros o bien a la de criados, y cuando se trataba de mujeres, a la de cortesanas. A veces, algún actor hacía fortuna por su talento y se imponía a la opinión pública como un personaje fascinante. La iglesia católica de Francia se refería a oscuras decisiones de Concilio para atacar a los actores por infames y negarles la cristiana sepultura.

—Bueno, bueno —replicó Reynard—, el título de comediantes del rey, mantenidos por su majestad, como se escribió en el frontispicio de su edificio, era un título abusivo como los hechos prueban. Nadie ignora que, si los comediantes hubiesen estado reducidos a lo que recibían del rey, estarían casi muertos de hambre e incluso que la comedia no habría existido. Son verdaderamente los comediantes del público, es el público el que los hace vivir. Aunque estuviesen pagados por la ciudad de París, sin embargo, el servicio en la corte se hacía a menudo en detrimento de la ciudad, pregunte a Beaumarchais y verá.

—Sí, y usted no quiere ser comediante —subrayó Jacques-Jean dirigiéndose a Talma—, quiere ser trágico. ¿Trágico? Bueno, bueno, le ayudaremos, haremos todo lo posible para que así sea.

El joven me miró y le hice comprender con mis ojos que mejor se venía a mi lado. Había que esperar a que cambiara el humor de la conversación. Gran reverencia de Talma, que se fue acercando a mí, para interesarse por el grabado de David que le quise regalar.

Le enseñé unas imágenes del teatro de Besançon, también diseñado por Ledoux. Talma aprovechó para explicarme que el teatro, controlado por el estado, era un utensilio de prestigio monárquico, estaba al servicio del rey antes que servicio al público. Además, contaba con subvenciones oficiales. Si la monarquía seguía siendo humillada, habría que ver cómo afectaría al teatro. ¿Cómo iban a llegar al teatro las voces de los descontentos? El propio teatro de Besançon, anunciaba algo, sólo había que ver que en ese nuevo edificio todas las clases sociales estaban sentadas. Por un lado, el mundo social y, por otro, la ilusión dramática. El lugar central acordado al teatro con el apoyo de las autoridades hacía de él una verdadera iglesia laica, la tribuna de la filosofía, el lugar donde se reunía el público. “Creo, —me dijo—, que el teatro será pronto una metáfora de la opinión que sabe comprender las obras literarias y expresar sus juicios con moderación.”

Al día siguiente, mañana de Navidad, Pablo se levantó muy temprano, el primer azul del día le acompañaba siempre trabajando. Su sirvienta le preparaba un café y él se lo tomaba de pie en la cocina mientras los criados calentaban la casa. Sus asuntos, sus papeles, la Fonderie de Romilly le ocupaban la mañana, hasta la hora del almuerzo. En la

Malmaison hacía lo mismo. Por nada cambiaba su horario, excepto para dar su paseo. Esa mañana fue, como siempre a ver el hibisco que me había hecho traer desde Brasil, y luego el árbol caído. Se adentró por el camino que asciende a la colina. Allí subía desde el primer verano que estuvo con nosotros. La colina izquierda se había quedado casi virgen. Mi marido se había ocupado de construir un jardín inglés en la parte derecha, desde donde baja el río, pero aquel montículo lo habíamos dejado sin templete, sin estatuas y era el que más frequentábamos con largos paseos. Los invitados sabían siempre que pasear por la Malmaison con una ramita en la mano era signo de querer estar solo, paseando al estilo rousseauiano, y si tirabas la rama verde cuando alguien se acercaba, querías decir que aceptabas la conversación. El conde nunca llevaba rama, siempre estaba dispuesto a conversar con cualquiera. Aquella primera vez por la colina en la primavera de 1781, paseábamos juntos. Me comenzó a hablar de Andalucía. Su relato me entusiasmaba. Él me hablaba con pasión de que los libros le enseñaron todo, el ejemplo de las naciones más cultas, todo lo que era nuevo era excelente y digno de ser introducido en su patria. Buscaba fórmulas de aplicación inmediata, las enseñanzas más sencillas. Yo iba impregnándome de su universal curiosidad. Mi espíritu se animaba, mi cuerpo, impaciente, iba avanzando dos pasos más adelante que él, nerviosa por lo que me contaba, me paraba y me giraba a mirarlo de frente y a esperar a que llegara. Otras veces se detenía para explicar intensamente su idea y entonces me quedaba quieta con

él, miraba hacia arriba a sus ojos, y me enamoraba su ingenuidad, su optimismo y sus ganas de transformar. “Eso es maravilloso”, le decía ilusionada, dando un saltito como una niña.

“¿Y si llamáramos a este paseo, el camino de Sierra Morena?”, quise así corresponderle mi admiración por la tierra que él amaba. Antes de volver a la casa, sellando aquel lugar que para siempre sería nuestra *sierra* se acercó a mí para darme un beso. El primer beso. Bajé los ojos algo ruborizada acerqué los labios bien cerrados y él posó sobre ellos un suave y ligerísimo beso, casi infantil, al que respondí con una imperceptible vibración de mi boca. Regresamos silenciosos a la casa sabiendo que se abría ante mí una ilusión grande por lo que fuera, simplemente por vivir de nuevo alguna vez aquel beso delicado. Aquella misma tarde volvimos al lugar con todos los invitados y colgamos un letrero de madera, *Sierra Morena*. Todos los días pasea por allí cuando está en la Malmaison.

Era veintiocho años mayor que yo, pero ningún otro hombre podía llenar con más pasión mi corazón ni darle más fuerza a mi alma. Aquella mañana de Navidad, yo, frente al escritorio que él me había regalado, donde tenía en un cajón todas las cartas que me había escrito; verlo frente al árbol caído, regocijándome en el inmenso amor que sentía en soledad era un regalo aún mayor. El árbol tendido había sido el mejor del jardín, el más próximo a la casa. Un día cayó con una tormenta. Pablo pidió al leñador que lo dejara en el centro, se quedó aquel día sentado toda la mañana sobre él, levantándose de vez en

cuando, mirando, dando vueltas alrededor, se volvía a sentar. Su tristeza fue grande. Me senté a su lado, lo acompañé ese día y muchos otros hasta que se convirtió en nuestro árbol de hablar.

Llamé para que me arreglaran, y me recordaron que Talma y Reynard estarían para el almuerzo de Navidad. A media mañana, Pablo recibió una nota reclamándolo urgentemente en París. Me dejó el encargo de Talma. Mi corazón haría todo lo que él quisiera.



CAPÍTULO III

J

altaban dos días para el cumpleaños del conde. Lo celebraríamos en la Malmaison, en Rueil. En los últimos días de enero, el haya tortuosa que crecía junto al templete del amor estaba ya desvalida, mostrando sus formas engarrotadas, sus ramas enredadas y escuálidas, todo su cuerpo simulando una demencia de amor a los pies de la Venus cazadora que reinaba en el pequeño monumento. El ginkgo biloba hacía semanas que había dejado caer todas sus hojas en abanico regalando extensas alfombras amarillas. Pero lo que siempre nos recordaba el amor eran los dos Centauros que custodiaban el acceso central al parque. Imitando a los ejemplares de Roma, la puerta que da al jardín de la Malmaison nos recibía con un centauro joven, ligero y al viento, sobrellevando el amor con alegría, y un centauro viejo, la cabeza torcida, los brazos atados a la espalda, soportando la carga del amor que lleva detrás. Él decía que eran su edad y la mía; y cuando estaba de ánimo subido, que eso no nos ocurriría hasta dentro de doscientos años.

Todos habían recibido ya sus invitaciones. Yo tenía que acudir a la capital para asistir a la reunión general de la *Charité maternelle*, y quise aprovechar para hacer unas compras y dejar bien cerrados los preparativos; llevarme

lo encargado y pasarme por el convento para dejar algún detalle a mi hija. Mi marido estaba de viaje en Amsterdam y apuraría allí todo el mes de enero para sus negocios.

París estaba azul gris aquel 23 de enero de 1788. Entré por la puerta del parque de las Tuilerías que da a la plaza Louis XV. Pasé el gran estanque casi helado y me dirigí hacia una explanada de césped todavía azulón a contemplar la niebla retirarse del proscenio dejando a ambos lados a dos árboles negros acercarse a mí bostezando. La escarcha crujía bajo mis pies.

La sesión fue larga. Salimos del palacio hacia la una. Habíamos asistido a la asamblea general de nuestra obra de caridad para con las mujeres pobres con hijos pequeños. Era la primera vez que la reunión se celebrada por la mañana y en las Tuilerías. Normalmente tenían lugar por la tarde en los salones de la señora Fougeret, esposa de un recaudador general de finanzas y fundadora de la asociación en 1784, pero el palacete Mégrigny, en la calle Des Poitevins, se quedaba pequeño para las numerosas mujeres ilustres y nobles que se acercaban a la asociación, así que la convocatoria cambió de lugar. La obra era importante, estábamos decididas a ayudar a centenares de familias. Si todo iba bien, solicitaríamos a la reina honrarnos con el título de protectora de la fundación. En la sesión de aquel día nos dividimos las responsabilidades por barrios y se acordó que nuestro sello llevara un Moisés salvado de las aguas y confiado a su propia madre por la hija del faraón.

Después de almorzar las tres en el Véfour, Marie-Solange, Antoinette y yo salimos por la calle des Petits

Champs donde nos esperaba el carro. El cochero nos llevó al jardín del Luxembourg. Marie-Solange Duperré había contraído matrimonio hacía dos años, en mayo de 1786, con Pierre-Ambroise Choderlos de Laclos, pariente lejano nuestro de los Le Coulteux. Ambas familias eran originarias de la nobleza normanda y teníamos buenas relaciones, aunque por parte de Choderlos siguieran en el mundo militar y nosotros en la banca. Después de tres años de una relación clandestina apasionada, la pareja estaba próxima a celebrar su segundo aniversario de boda. Con dieciocho años menos que su marido, la joven Marie-Solange, sólida y razonable, no se parecía en nada a la Merteuil, perversa heroína de *Les liaisons dangereuses*. Huérfana de un padre alto funcionario de La Rochelle, donde Laclos había sido destinado, llevaba una vida tranquila con su madre y sus numerosos hermanos y hermanas. Pierre-Ambroise tuvo que mostrar mucha perseverancia para obtener la mano de la joven, pues su madre se negaba a tener un yerno autor de una novela licenciosa. La familia de la joven, de origen rouanés, también de honorable estirpe emparentada con nosotros, se había opuesto debido a la novela tan libertina que había publicado el pretendiente unos años antes. Aquel matrimonio desató las lenguas de los burgueses de Rouen. Ahora él había sido destinado como capitán de artillería y se habían instalado en Versalles, y yo sabía de la buena disposición de aquella dulce amiga para perder o llenar el tiempo. El conde de Pilos también conocía bien a la pareja, pues estuvo invitado al enlace; solía venir a todas nuestras

celebraciones familiares; excepto a las de negocio de accionistas de la compañía.

Antoinette Panckoucke también era conocida de Olavide, y una gran mujer. Desde hacía unos meses, era la esposa de Henri Agasse. Los más importantes salones fummos invitados a aquella boda. La Suard, su tía, tenía el salón más intelectual de París y sentía por ella la mayor estima. Agasse era empresario de teatro y pronto heredaría la *Encyclopédie méthodique* y el periódico *Le Moniteur Universel*. Pablo me había pedido que la viera. El padre de Antoinette acababa de publicar las obras completas de Voltaire, y el conde quería estrechar más las relaciones con el joven esposo que estaría al cargo de la imprenta en un futuro no muy lejano.

Los paseos por el Luxembourg en invierno no tenían nada que ver con las tardes primaverales, cuando nos reuníamos a conversar bajo los castaños, a la sombra, viendo pasar algunas grandes damas bajo la sombrilla por los caminos centrales delante del palacio. Ver de quién iban del brazo, qué buena compañía llevaban... En los meses fríos, no salíamos del carro, a menos que algún grupo nos invitara a tomar un rayito de sol. Pero era importante dejarse ver por allí. A mí no me costaba trabajo, era más simple que asistir a sus reuniones; yo prefería recibir en el campo, pero aquí tenía ocasión de ver cómo iba el mundo. Los que se quedaban en París necesitaban de esos ratitos de aire libre y luz natural en invierno. Y algunos buscaban las musas, que estaban muy de moda en los parques, no faltando por allí los literatos Delille, Peyraud de Beaussol o la Dufrénoy.

La temperatura agradable y el sol tibio nos decidieron a bajar del coche cuando vimos, cerca del gran castaño, al abate Reynard. El abate era conocido por las clases particulares que impartía, además de a mi hijo Félix, a los vástagos de los más pudientes. Nos saludamos efusivamente. Era un hombre de sencilla conversación con todos.

—Díganos amigo Reynard, ¿es verdad que en sus clases de anatomía en el colegio de Amiens quería tanto impactar a sus estudiantes y mostrarles el gusto por la ciencia que la noche de antes recopilaba todos los huesos del esqueleto sobre su cama y usted dormía en el sillón? —le pregunté.

Sonreía el abate. Justinien Reynard acababa de llegar a París hacía un año y, a través de Lavoisier, mi marido quiso que explicara las ciencias naturales a nuestro hijo. La elocuencia del sacerdote era reconocida en todo París. El conde hizo enseguida amistad con él. Pablo lo consideraba un buen hombre, sin necesidad de riqueza, de alma noble, siempre dispuesto al buen consejo.

El sacerdote recordó su época de estudio en Saint Sulpice, luego su doctorado en la Sorbona hacía veinte años. “Señora, en cuanto su hijo madure un poco lo llevaré también a los cursos de Lavoisier”, me dijo.

En ese momento, hicimos señas a Pauline de Beaumont, hija de Montmorin. Desde que el conde de Montmorin-Saint-Hérem había sucedido, el 14 de febrero de 1787, a Vergennes, ministro de asuntos exteriores del rey, se llevaba un gran tren de vida en el palacete de la calle Plumet donde las dos hijas del ministro, Victoire de La

Luzerne y Pauline de Beaumont, recibían junto a sus padres.

Por esa época, estábamos todas locas de amor, aunque yo parecía la única con obligación de disimularlo un poco. El pobre Constant, en el salón de la Suard, estaba enamorado de todas. Lo intentaba con Madame de Charrière, con Madame Pourrat madre. Y Montmorin hijo con Jeanne Pourrat. Mi cuñada Charlotte, Fanny para los amigos, hacía estragos. David y Chenier sentían verdadera devoción por ella. Nos divertíamos todas comentando los amoríos de unos y otros.

Se levantó un ligero frío y con alguna risa, nos despedimos de ellas. Antoinette se quedó con Pauline, y seguían las dos directamente al salón de Amélie Suard. Reynard volvió con nosotras.

Mandé tomar la calle Vaugirard para dejar al abate en la de Tournon donde debía ver a un librero. Nosotras seguimos hasta la calle Des Poitevins, en el número seis estaba la imprenta de Panckouke, que ocupaba el hotel de Thou. Pagué la cuota anual a *Le Moniteur*. Luego seguimos por la esquina de Quatre vents hasta la calle l'Hirondelle donde quería elegir unos encajes de Chantilly para regalar a la joven Teresa Cabarrús.

No pude evitar dar unos pasos hasta Gilles Coeur donde había una notaría que solía frecuentar el conde. Las calles estrechas me permitían verle si andaba por allí. París me creaba dos desasosiegos, el de saberlo con alguna mujer y el de intentar encontrármelo. Para el primero, había decidido quedarme todo el año en Rueil. La Malmaison era

el mejor lugar para vivir en paz. El desasosiego de querer encontrármelo; me gustaba intentarlo, aun temiendo verlo acompañado de alguna dama. Su enorme atractivo no sólo era evidente para cualquiera, sino que todas las mujeres sabían de su envolvente conversación.

Luego, el carro pasó rápido por el Quai des Augustins hasta el Pont Neuf donde paramos a recoger un encargo que había pedido a Londres para el cumpleaños del conde. Se trataba de un reloj-neceser, un ‘objeto de virtud’ firmado James Cox, un cofrecito rectangular en oro y ágata roja reposando sobre cuatro pies. La montura en oro calado tenía cincelados las siluetas de unos niños jugando con un perro, de un gallo, un zorro, una ardilla y un cisne, otra silueta regalaba unas flores. Con una inscripción sobre la cintura, en letras de oro sobre esmalte opaco blanco: *Si en m'ouvrant votre pensée s'amuse jusqu'à moi, je jure sur ma foi vous m'aurez bien récompensée*. La tapa, montada en bisagra, venía culminada por un reloj. En el interior, una cajita de madera y terciopelo de seda roja adornado en oro contenía diversos utensilios de escritura y de aseo.

Al llegar a la calle Messagerie, el Sena plata brillaba acompasado, rizado por un velo de aire frío. Y entonces, imbuida de alguna melancolía, en vez de seguir recto hacia la casa, invitó a mi amiga a acompañarme hasta Saint Nicolas des Champs. Ella, siempre discreta y complaciente, mostró su interés y seguimos por la calle Saint Martin. La iglesia estaba cerca del palacete del conde de Pilos.

A las cuatro de la tarde comenzaba a anochecer y, paseando por Sainte Apolline, pedí al cochero que fuera más

lento, que parara delante del número veinticinco para recoger el pedido de sedas que me tenían preparado. Antoine Augustin Renouard vendía sedas que volvían locas a las nobles, pero también algunos libros, aunque todavía no estaba verdaderamente instalado como librero.

La calle donde vivía el conde no era muy larga y los vecinos eran pocos y se conocían todos. Cornélie Wouters vivía en el seis; se instaló en París una vez viuda. El libro que Pablo me había regalado era *L'Art de corriger et de rendre les hommes constans*, pero ahora estaba escribiendo *Les imprudences de la jeunesse*. En el número nueve vivía el acaudalado empresario Isaac Marette et Cie. El treinta y dos era de la señora Carrion d'Espagne de Nisas-Paulin. A ambos lados de la casa de Pablo vivían Bourgelat, inspector de las *Écoles royales Vétérinaires* y el editor Watin. Otro impresor, Gattey et Senneville, residía en el número dieciocho. Esos eran los vecinos de los que tenía alguna referencia por lo que él me contaba.

Dejamos la calle hacia la Porte Saint Denis. Cinco manzanas más adelante, a la derecha del Faubourg Montmartre para llegar a la calle Chantereine, pasamos por la de Provence, donde madame de Montesson tenía un bellísimo teatro de sociedad que había mandado construir al fondo de su jardín. A la hermosa señora, la Vigée-Le Brun la había retratado en un pastel muy delicado con plumas blancas en el pelo; todo París conocía el cuadro. En la intimidad de los teatros de sociedad, se tenía toda la libertad para interpretar piezas prohibidas en la ciudad, como las de Beaumarchais antes de su autorización, o bien escenas

que retaban el pudor. Los escenarios privados daban obras del gran repertorio y a veces divertimentos escritos por algunos de los íntimos de la casa.

Conforme nos íbamos acercando al teatro de la Montesson, vi salir a Pablo con Talma y con Beaumarchais. Pierre Augustin Caron, Beaumarchais, profesor de música, comerciante, banquero, agente secreto y dramaturgo, organizó en 1776 la ayuda de Francia a los insurgentes americanos. En 1780 fundó la *Société littéraire typographique* para imprimir en Kehl las *Oeuvres complètes* de Voltaire. Por aquella época, el autor de *Figaro* llevaba tiempo mostrando su incomodidad con los actores. Olavide estaba presentándolos a la actriz Julie Carreau, mi vecina de la calle Chantereine, la mantenida por el vizconde de Ségur.

No quise detenerme ni dar signos de mi presencia. Yo venía poco por mi casa de la calle Chantereine, con tanto teatro alrededor, el barrio estaba tomado por actrices mantenidas por nobles o ricos banqueros. Parecía la calle del placer. Las formas arquitectónicas opulentas, la vegetación que se salía y te entraba por los sentidos, la decoración rotunda de los dinteles, todo hablaba de una religión del cuerpo, de la sensualidad del libertinaje, de frescura, de euforia. Las relaciones allí a veces duraban dos o tres días, lo suficiente para que los hombres presumieran y las mujeres se entregaran al placer. La mayoría estaban situadas en el barrio al este de la Chaussée d'Antin o en la calle del Mont-Blanc. Barrio de bailarinas. Sí, allí habían invertido grandes señores, *fermiers généraux*, actrices haciendo de sus casas lugares de negocios y galantería.

En el barrio, la señorita Dervieux se hizo construir una casa por el príncipe de Soubise, después de que éste terminara su relación con la Guimard. La maravilla de mansión, situada entre patio y jardín, decorada por las dos fachadas; la del patio, de orden corintio y la otra, la que daba al jardín, formaba un cuerpo de forma esférica cuyo ático venía realzado por un bajorrelieve verdadera obra de arte. Bellanger, primer arquitecto del conde de Artois, encargado del jardín, había construido un pintoresco paseo que ofrecía rincones muy agradables. La Dervieux era fundamentalmente bailarina, y muy hermosa. Era la envidia de muchas; había sabido hacerse una fortuna, no almorzaba con nadie por menos de seis mil francos.

En cuanto a la casa de la señorita Guimard, en la Chaussé-d'Antin, si el amor la pagaba, la voluptuosidad la ideaba. Era un gran palacete con un teatro arreglado por Ledoux para espectáculo que podía albergar a quinientas personas, donde solía juntar a la élite social, a gente del mundo del teatro y de la adulación cortesana. Sus amantes, todos melómanos, Laborde y Soubise, estaban locos por ella. Yo me sentía ridícula tener que mantener el tipo con el vecindario. No me importaba lo que hicieran los demás, todo estaba admitido en nuestra época. Además, realmente tendría talento, es verdad que era una gastosa, sólo había que ver los lujos, la casa decorada por Fragonard, pero la música era realmente su pasión o su fuerte, el público la adoraba. Seguramente se merecía su nombramiento en l'Académie Royale de Musique. Las envidiosas decían que, sin ser guapa, tenía buen

cuerpo y un pecho excepcional. Sabía manejar su figura, su inteligencia y su arte. No dejó nunca la ópera. Yo sí la encontraba preciosa. La Guimard le pidió a David que redecorara su hotel particular transformado en teatro privado, pues Fragonard no lo había acabado por malentendidos. La actriz Sophie Arnoult, terrible con sus rivales, apuntaba siempre a Marie-Madeleine Guimard, la reina del ballet anacreónico. La Guimard con su fulgurante ascenso también hacía soñar a las debutantes. La gracia aérea que Vigée-Le Brun le atribuía no le impedía interesarse por las realidades terrestres y los amores veniales. La celebridad de la cortesana pronto igualó la de la bailarina, no contentándose con el príncipe de Soubise y el príncipe de Conti. ¡Ah!, todo era lujo allí, los muebles, las pinturas del salón, una nota un poco más grosera que la delicada frescura que le otorgó Fragonard en los retratos.

En 1776 Pégar de Montreuil compró un terreno en la calle Chantereine y edificó en un par de años dos palacetes, uno para la viuda del marqués d'Argenson y otro para alquilar. Marguerite Fyot de la Marche, viuda del marqués de Argenson, nos vendió más tarde su mansión. Esta casa de la calle Chantereine, casi la habíamos dejado para despacho de mi marido, para sus negocios, sus asuntos, y yo venía cuando tenía que parar algún día en París. El palacete de al lado lo alquiló el vizconde de Ségur en enero de 1780 para instalar allí a su amante, la actriz Julie Carreau. Once meses después, la actriz compraba la vivienda, en diciembre 1781, un terreno de dos mil trescientos metros cuadrados por cincuenta mil libras.

Ya en casa, instalé a Marie-Solange para que descansara. Me quedé sola en el salón. Con mi memoria, volví a la emoción de aquella primera vez con Pablo. Aquél día, cuando llegué ante su puerta, a la hora prevista, me abrió él. Había procurado la máxima discreción, no se veía el servicio por ningún pasillo. Entendí que estábamos solos y eso me tranquilizó un poco. "Sofía", me dijo. Me cogió la mano y subimos la escalera al primer piso. Para mí es una escena muda llevándome con su mano. No recuerdo lo que me dijo, supongo que todo sería amable, elegante y discreto. El saloncito de arriba, todo en gris perla, tenía un sofá, un gran escritorio y un sillón, muchos papeles alrededor del escritorio, pero pidió que me sentara en el sofá. Me sirvió un café y se levantó varias veces para enseñarme una novela corta. Me pidió que leyera un poco a ver si me gustaba. Se acercó al escritorio de nuevo y me llamó. Dejé el café terminado sobre una bandeja. Me esperaba en mitad de aquel gran salón gris perla. Supongo que si llegué hasta allí es porque esperaba estar con él. Me había conquistado su atrevimiento, su interés, pero necesitaba valorar su ternura. Me abrazó fuerte, la luz de aquel ventanal me intimidaba. Lo dejé insinuar. Me volvió a coger la mano y le seguí ahora con deseo y miedo. Deseo de estar con él y miedo de mis ganas e inexperiencia. Pasamos a la alcoba. Me desnudó ansioso, casi me quedé inmóvil, sólo quería conocerle. Se arrodilló. Permanecí inmóvil. Abrazó mi cintura. De principio a fin, mi parálisis memorizaba todos sus actos. Sus besos incessantes y su sorpresa, sus ojos, su boca y su tacto se inundaban de amor.

Gocé sin rubor. Pensé que todo quedaría en eso, como siempre con los hombres, en la plenitud de un pecho o la piel de una cadera. Pobre de mí, después. Nunca hubo algo tan bello, tan inicial, tan delicado. Las caricias más apasionadas terminaban en calidez. Encontré amor donde creí que él daría sólo sexo. Cuando me vestía recordé unas palabras de Pourrat madre: “Querida, son hombres tan guapos, con tanto éxito, todas los quieren. Hay que acostumbrarse a compartirlos.” Y me di pena; ya no quería compartirlo. Sus manos habían apretado mi cuerpo, podía sentir cada uno de sus dedos presionando con furor. Había repetido mi nombre. Mi voz había llegado primero medio ahogada. Pensé que todo acabaría ahí, pero sus dedos se habían tornado caricias, ternura. Una hora abrazados, calor con calor, piel con piel. Sin poder salir el uno del otro. Nos quedamos a descansar; acurrucada sobre su pecho, recorriéndole con dedos tímidos que le mostraran una pasión sincera.



CAPÍTULO IV

*D*olví a la Malmaison con Teresa Cabarrús y su madre, Antoinette Galabert, para que descansaran unos días en casa. Estaban agotadas con los preparativos de la boda. El padre, Francisco Cabarrús, banquero español y socio de nuestra familia, había confiado a mi marido el encargo de ser tutor de su hija mientras estuviera en París. La pequeña llegó con sólo diez añitos para perfeccionar su educación en el convento de las benedictinas de la Presentación. Hacía justo un año que su madre vino a sacarla del convento. Acababa de cumplir catorce años, pero consideraban que había llegado el momento de casarla. Me daba cierta pena la niña. Cabarrús venía a principio de cada año para arreglar los asuntos entre su banco San Carlos y el Le Coulteux. Le escribieron pronto, nada más llegar a Madrid, anunciándole que habían encontrado al esposo ideal. Se trataba de nuestro sobrino, Jean-Jacques Devin, consejero del rey. El futuro económico del joven matrimonio estaría asegurado, pero dudo que la niña se casara enamorada. Él tenía doce años más que ella, y acababa de heredar una fortuna de un millón de libras por parte de su madre. Como siempre, los padres de la joven regatearon la dote, sólo querían dar cuatrocientas mil libras cuando el joven esperaba medio millón. Para poner

los dientes largos a Cabarrús, mi marido insistió en que a su sobrino le acababan de comprar el título de marqués de Fontenay, y que pronto Teresa sería marquesa.

Llegó el 25 de enero, cumpleaños de Pablo, y mi marido aún no había vuelto de su viaje. “Sí, sí, querida — me decía siempre en esas ocasiones —, que los artistas, los pintores, los filósofos digan lo que quieran, donde quieran, pero que nos dejen trabajar, mover el dinero, hacer dinero, es nuestro oficio, no sabemos hacer otra cosa. ¿Necesitan un lugar para su arte, para sus tertulias, sus teatros?, pues démoslo. Ocúpate tú de todo eso. Yo me ocupo de Le Coulteux y compañía”. Lo cierto es que le gustaba agasajar a sus amigos, y especialmente a Olavide.

Las dos Cabarrús me ayudaron a organizar el invernadero donde estaban montando la pequeña tarima. El pintor Hubert Robert tenía las telas preparadas para el fondo de la escena que acogería *Mahomet*. Era amigo de la casa y nos había decorado varias sobrepuertas con ese espíritu de boceto de sus telas, cuando el arte de lo inacabado es tan sutil. Una pincelada de más y desaparece el misterio. Había que retener el pincel y él lo hacía como nadie.

Mi cuñada se estaba ocupando de algunos detalles de la ambientación ayudándose mayoritariamente de las decoraciones de nuestras viviendas y de algunas cositas compradas. Los criados iban y venían entre la casa y el invernadero.

Mientras anudábamos los lados de un hermoso telón de terciopelo rojo, la señora Cabarrús me contó como algo curioso sobre Pablo lo que yo ya sabía por las cartas

de éste; que, veinte años antes, Olavide había dirigido en Sevilla un seminario educativo teatral. Además, había creado la primera escuela de arte dramático en Almagro, una de las localidades donde residió tras su condena por la Inquisición. Después de recorrer varios lugares, en otoño de 1779, Olavide se trasladó a esta localidad de La Mancha con la intención de instalarse definitivamente en un antiguo colegio de la Compañía de Jesús, vacío tras la expulsión de los jesuitas en 1767. Lo alquiló y se gastó una importante suma en habilitar la vivienda y un hospital, pero tuvo que renunciar a su idea y, al año siguiente, huir a Francia, donde, afortunadamente, nos conocimos. Yo lo sabía casi todo sobre él, pero escuchar a la Cabarrús alabarla me parecía la conversación más feliz del mundo.

El mayordomo vino a avisarme de que habían llegado los señores del castillo de Voisins. Charlotte ya estaba ayudándome, pero acababan de venir mi hermano y su cuñada, Jeanne Pourrat. El castillo de Voisins había sido arreglado por los Pourrat en el verano de 1787. Las laderas del Sena que van desde las orillas del río hasta el bosque de Marly estaban sembradas de pueblecitos. Los elegantes castillos dominaban estos apacibles campos. Eran tierras soñadas por los cortesanos por la cercanía a las residencias reales. Louveciennes, en el límite del gran París, ofrecía ventajas a mi hermano Laurent, pues podía tratar fácilmente los asuntos en Versalles. Su suegro, Louis Pourrat, poseía una gran fortuna que había ido amasando con su banco. Instaló a su hija y a mi hermano, Laurent Le Coulteux de la Noraye, en un apartamento en la lujosa plaza

Louis Le-Grand, que más tarde se llamaría Vendôme. Tomaron la costumbre de pasar en el campo largas temporadas, con sus dos hijas, la pizpireta Jeanne, mundana como su madre, y con mi cuñada, la discreta Charlotte, a quien todos llamaban Fanny. Con alegría e inteligencia, atraían al castillo de Voisins una sociedad brillante, tanto como la que venía a mi casa, o la que iba casa del académico Suard en Fontenay-aux-Roses o en el salón de los Montmorin en París.

Se aproximaba la hora y la Malmaison empezaba a brillar para Pablo. Vinieron el grupo de artistas David, Marguerite Gérard, Fragonard y su esposa. No faltaron los Suard, Panckoucke, Delille, Trudaine, Pauline de Beaumont y el amigo Constant. Nuestros literatos Hocquart, Choderlos y Marie-Solange, Florian, los dos Chénier, Restif y Beaumarchais llegaron casi a la vez. Del grupo de comediantes, Madame Contat y Talma eran los únicos invitados, el resto eran todos contratados en la Comédie Française para que nos representaran una selección de cuadros y escenas de *Mahomet*. Entre ellos, Talma quiso interpretar su papel como agradecimiento a Pablo y a mi familia.

Como sólo vinieron unos cuantos comediantes, completaron la compañía un grupo de amateurs que solían representar en los teatros de sociedad. Entre ellos había un tal Labussière, uno de esos que se llevan bien con todo el mundo. Con dieciséis años, su padre había querido dedicarlo al ejército, pero pronto se volvió a París y comenzó a interpretar papeles en los teatros de las grandes casas de la capital. Tartamudeaba un poco y solía obtener papeles

de tonto o simplemente se ganaba la vida ayudando aquí y allá en cualquier cosa relacionada con el espectáculo.

Faltaron Sieyès, Bernardin de Saint-Pierre y Francisco Cabarrús. El banquero, como mi marido, estaba de viaje y vendrían unos días después. Bernardin de Saint-Pierre no me perdonaba un incidente con su perro; el pobre animal enfermó en mi casa durante una estancia de su dueño y, muy dolido, echaba la culpa a los malos cuidados de mis criados; algo verdaderamente ridículo. Y Sieyès se excusó por un tema de resfriado que le obligaba a guardar cama. Olavide llegó con Condorcet, Reynard y Marmontel.

Marmontel había sucedido a D'Alembert en 1783 como secretario perpetuo de la Académie Française y desde 1785 era historiógrafo de los edificios. Sus remuneraciones y sus pensiones, y lo que había ahorrado, le procuraron una vida cómoda entre París y el campo, apacible y considerada. Casado con una joven en 1777, todo para él transcurría entre el matrimonio y la amistad. Marmontel admiraba a Pablo desde hacía tiempo, tanto que en su *Discours sur l'espérance de se survivre*, leído en la sesión pública de la Académie Française, el 4 de marzo de 1779, con motivo de la recepción de Ducis en el sillón de Voltaire, dijo de él: "Creo la voz que me responde en todos los corazones; creo ese sentimiento unánime y profundo que, en todos los climas y en todas las edades, enciende a los héroes y consuela a los prudentes. Su país, demasiado ingrato, los ha repudiado, en época desgraciada son perseguidos, el futuro se presenta a su alma abatida: Sócrates lo contempla tomado la cicuta, Catón muriendo le observa

encantado por sus virtudes, alinearse entero por el partido de Brutus. ¿Y tu Colón, y tú, víctima de la envidia, qué esperanza te alivia al final de la vida? ¿Ante qué tribunal serán presentados esos hierros injuriosos que tus manos han llevado? ¿Para quién, en esta tumba, quieres que se deposite? Sobre la posteridad tu alma descansa: será tu juez y el juez de los reyes quien con este precio infame han pagado sus éxitos. ¡Desgraciadamente, pueda también, en el colmo del ultraje, sentirse revestido de fuerza y de coraje, el ciudadano maltratado por el absurdo furor de un celo mil veces más horrible que el error! Al pie de un tribunal al que la luz ofende, acusado sin testigos, condenado sin defensa, por haber menospreciado a infames delatores, repoblando desiertos por felices cultivadores, que mira esos montes donde florece la industria, y orgulloso de sus buenas obras que compadezca su patria. El tiempo la cambiará, como lo ha cambiado todo: de una indigna cárcel, Galileo es vengado. ¿Pero para qué sirven a los muertos la verdad tardía, si hasta el seno de los muertos su voz nunca llega, y si, para el inocente y para el criminal, reina alrededor de su tumba un silencio eterno?"

Por su parte, Condorcet era un ideólogo que representaba la esperanza de un progreso histórico. Matemático especializado en la aplicación de los cálculos y de las probabilidades a la vida social, el marqués de Condorcet había organizado la edición de las *Oeuvres complètes* de Voltaire. Tenía una confianza ciega en la razón.

La representación teatral fue un éxito y todos quedamos sensibilizados contra los estragos del fanatismo. Para

alargar la fiesta, encargamos un gran refrigerio al más puro estilo versallesco, servido por los cocineros de Dalloyau.

Olavide se trajo a los artistas para compartir con nosotros champán. Todo estaba lleno; la biblioteca, el salón, el comedor, la sala de billar, el saloncito turco. Talma destacó en su papel y se ganó muchas felicitaciones, sobre todo al pasar por el salón verde donde un gran grupo de mujeres le rodeó alegremente preguntándole cuál era su secreto. Se le veía exultante en medio de la admiración. El conde lo acompañó luego al comedor dorado con la intención de presentarlo a todos los invitados. Pasaron el recibidor decorado con guirnaldas de flores para la ocasión. El gran grupo de la sala de billar hablaba sobre el comediante. Pauline de Beaumont señaló que la voz de Talma había encontrado el secreto de mover los corazones, para ello utilizaba los matices delicados de la poesía, de la pintura, de la elocuencia. La mínima disonancia en ellos se notaría. Olavide confirmó que ese arte había evolucionado con los siglos hacia más naturalidad y movilidad. Ya no estábamos en el siglo pasado cuando la declamación era artificial tornándose casi un puro virtuosismo de la voz. Talma buscaba más simplicidad y verosimilitud en el respeto al texto. Nunca más la tirada sería pretexto para el efecto personal, un número individual y aislado, sino un elemento más de la puesta en escena. Como consecuencia, el actor debía dejar las pausas hieráticas del recitador para acompañar la palabra con el juego mudo de la pantomima. Olavide estaba deseando volver a ver *Manlius* y *Phèdre* con este nuevo arte.

Talma coincidía con el conde en que la exageración en *Manlius* y en *Phèdre* oscurecían la hermosa y simple naturaleza. Era preciso retomar esos textos, interpretarlos de otra forma. El conde asintió. En realidad, años antes, Lekain ya había realizado un gran trabajo triunfando sobre sus defectos naturales; al moderar la voz consiguió darle acentos patéticos; ennoblecio sus gestos hasta conseguir que, en los momentos de pasión, produjeran la ilusión de la belleza. Era un gran modelo para Talma, para plegar su dicción a los variados matices del pensamiento y del verso.

Pauline de Beaumont insistió en que lo que acabábamos de ver era el mejor ejemplo. Me felicitó por la elección, no sólo porque nadie mejor que el conde aborrece del fanatismo, como lo sentíamos todos, sino porque el rey acababa de firmar el edicto de Versalles, que toda Francia llamaba edicto de la tolerancia y que daba derecho a los no católicos para practicar sus religiones, además de las condiciones civiles y legales, como el derecho a matrimonio sin tener que convertirse.

En el saloncito turco estaban acomodados los dos hermanos Chénier con el pintor Jacques-Louis David. Después de las presentaciones, David se dirigió a Talma.

—Se dice que el conde le escuchó y que adivinó su talento. Esperemos que no tenga usted que luchar contra sus colegas como tuvo que hacer Lekain por culpa de su pequeña estatura, sus pasos lentos, sus rasgos vulgares y su voz sorda. Tuvo que esperar dos años para que sus compañeros de la Comédie Française le dejaran actuar.

—El trabajo de Talma es una revolución, como el suyo, querido David. Usted opera una ruptura con el estilo galante y libertino de la pintura. Usted desarrolla una pintura que los clásicos griegos y romanos interpretarían sin dudar como suya. Talma también quiere regenerar las artes. Amigo Talma —dirigiéndose al actor—, David es ya el jefe de fila de un movimiento artístico. Sígallo, haga lo mismo con el teatro. El *Érasistrate découvrant la cause...* es un cuadro con el nuevo canon de la composición dramática. Durante sus cuatro años en el Palacio Mancini con el premio de Roma, estudió los Antiguos, realizó croquis de los monumentos, de las estatuas, de los bajorrelieves.

André Chénier aprovechó para presentar su hermano Marie-Joseph al conde.

—*Manlius* le irá muy bien, está ambientada en la Roma imperial —dijo el Chénier dramaturgo a Talma.

Y el hermano poeta añadió:

—A nuestro amigo el conde le gusta *Fedra*, la tradujo al español y la estrenó en 1786, pero *Manlius* es especial para él, el argumento proviene de la Venecia salvada de Otway y eso le recuerda a personajes de sus tierras andaluzas.

—Amigo Talma —insistió Olavide—, arte y política, ¡qué gran sueño! Pero la política te traerá grandes envidias y enemigos.

A lo que respondió David que el arte y la política iban de la mano. El pintor tenía su propia espina guardada contra la institución artística. Michel-Jean Sedaine, amigo

de su familia, secretario de la Academia de arquitectura y autor teatral, fue su protector y quien se ocupó de que ampliara su educación intelectual presentándolo a personalidades culturales de la época. En 1773 el artista pintó *La mort de Sénèque*, inspirado en Tácito, la academia no le dio el premio porque lo entendieron como demasiado teatral. David comenzó a tener argumentos contra las academias. En 1779, el pintor partió hacia Nápoles y visitó las ruinas de Herculano y de Pompeya. A su vuelta, decía que ese viaje fue el origen de su conversión al nuevo estilo inspirado de la Antigüedad, que le parecía que acababan de hacerle una operación de cataratas, que comprendió que no podía mejorar su manera porque el principio era falso, y que tenía que divorciarse de todo lo que hasta ese momento había creído bello y verdadero. En 1781 Diderot quedó impresionado por el *Bélisaire demandant l'aumône*, una obra que permitió a David ser alojado en el Louvre. En 1786, al no ser elegido para dirigir la Escuela de Roma, David comenzó a frecuentar nuestros salones y fue cuando conoció, en casa de los hijos Trudaine, a André Chénier quien, en ese momento, ya luchaba por la independencia de los artistas, creía que las academias eran nefastas y consideraba que un artista no podía desarrollarse en una sociedad enferma, despertando en David las ideas políticas. Fue Chénier quien le sugirió también el gesto de Sócrates tendiendo la mano hacia el bol de cicuta y no cogerlo sin antes terminar de hablar.

David nos anunció entusiasmado que se disponía a comenzar el retrato de Lavoisier y su esposa, pero estaba

todavía dolorido por su fracaso en Roma, y para la Academia de ese 1788 estaba preparando *Coriolanus* y *Regulus*, pero que dudaba aún si entregar su *Brutus et les licteurs*, llevando al límite el sacrificio de los afectos familiares con su civismo implacable, anunciado ya el David revolucionario con ese Brutus contra sus hijos conspiradores contra la República.

Era la primera vez que los hermanos Chénier venían juntos a la Malmaison. Eran tan opuestos que se podría pensar que en algún momento serían enemigos. André era un poeta comprometido. Sentía por mi cuñada Charlotte un amor dulce y casto que le hacía desearle cosas tan hermosas como “Fanny, para mí, verte es la claridad de los cielos; vivir es mirarte y amarte es decírtelo: y cuando te dignas sonreírme, el mismo lecho de Venus me parece sin precio. Fanny, el feliz mortal que cerca de ti respira, sabe, viéndote hablar, sonrojarte y sonreír, sobre los huéspedes divinos que habitan el cielo”. Su amigo Trudaine vivía en Marly y aprovechaba en sus visitas para acercarse a saludar a Madame du Barry en el Pavillon de Musique. André viajó mucho por Italia y por Suiza. En 1787 se embarcó hacia Londres, en diciembre, para la embajada de Francia, en calidad de secretario personal del marqués de Luzerne, entonces embajador, puesto que le aseguró unas remuneraciones regulares. Pero se desencantó enseguida, cuando su primera tarea fue preparar los apartamentos privados de Monsieur de Luzerne. No le gustaba estar en Inglaterra, se sentía desterrado. La misma vida mundana, donde las cenas no estaban al uso, le restaban atractivo y los ecos

que le llegaban de Francia le insuflaban la nostalgia de la acción en su país. La vida agitada que llevaba André Chénier no ayudaba a su frágil salud y pasaba convalecencias en medio de sus amigos queridos donde un nuevo iniciado era ahora admitido: Marie-Joseph, dos años menor que André. De carácter opuesto a André, era ambicioso, impulsivo y tenaz y se desplegaba en piezas de teatro históricas. Como su hermano, tampoco había seguido la carrera militar de su padre, que le habría asegurado unas rentas regulares.

Una semana después de aquella celebración, Pablo volvió con nosotros para la boda de Teresa Cabarrús. El contrato civil se firmó en la Malmaison y luego organicé un almuerzo. Fue el 2 de febrero de 1788, para entonces ya había vuelto mi marido de su viaje a Amsterdam. Estuvieron presentes los padres de ella, el conde de Pilos, el conde de Fernan Nuñez, embajador de su Majestad Católica en Francia, el primero en firmar, junto a sus colaboradores Domingo de Iriarte y el caballero de Ocariz. Lo más alto de la embajada vino de testigo. Al fin y al cabo, casi era un asunto oficial, se casaba la hija del director a perpetuidad del banco nacional de España con un sobrino de los Le Coulteux.

No nos volvimos a ver hasta la ceremonia religiosa que tuvo lugar el 21 de febrero, en la Iglesia de Saint-Eustache. Teresa, grande y muy bien hecha, acababa de cumplir quince años. Todas las grandes familias de banqueros del reino asistieron. El tío del novio, François de Laverdy, era controlador general de las finanzas. Sería importante este

matrimonio. Acerando las familias, era de esperar que Cabarrús convenciera a la Junta para confiar a nuestra compañía la exclusividad de las importaciones de piastra, un monopolio que tenemos desde 1783, con el banco San Carlos de Madrid. Mi marido era también administrador de la Caja de Descuentos, desde 1778; de ahí sacaron la financiación para iniciar las importaciones de piastra. Además, los Le Coulteux somos administradores de la tercera Compagnie des Indes desde 1785, y esto nos proporcionaba más dinero en metálico. Otro frente en el que trabajaba mi familia, y en el que jugamos un papel importante, era la financiación de la joven república de los Estados Unidos, pues desde 1781 fuimos banqueros oficiales, y realizamos numerosas operaciones con Benjamin Franklin, un hombre de bonhomía y simplicidad en sus maneras que se hizo enseguida popular entre el pueblo francés y en nuestros salones, y que consiguió la firma del Tratado de Versalles por el que Inglaterra reconocía la independencia de los Estados Unidos, devolvía Menorca y la Florida a los españoles y restituía a Francia la costa de Senegal entre otras. Y ahora nuestro contacto era Thomas Jefferson, pues en los nuevos Estados Unidos nuestra casa buscaba el comercio de las pieles. Los diplomáticos americanos tampoco faltaron a la boda de Teresa.

El otro tema que circulaba en todos los corrillos de la boda fue la creación, tres días antes, de la *Société des amis des Noirs* por Brissot para abolir la esclavitud. Las logias masónicas abanderaban el combate antiesclavista. La Mal-maison era un lugar de encuentro para muchos; Vittorio

Alfieri, poeta italiano autor de *De la tyrannie*; Bernardin de Saint-Pierre; Delille, de la logia Neufs Sœurs como Eugenio Izquierdo quien, como Olavide, tenía negocios en el banco de San Carlos y en la Fonderie de Romilly; Lavoirier; Mandar. Otros del salón de Louveciennes, que frecuentaban mi salón; La Pérouse, de la logia L'Heureuse Rencontre, a quien la casa Le Coulteux prestaba dinero y administraba sus bienes durante su viaje. La red entre los salones era flexible y permitía mucho movimiento y fluidez social. Frente a los salones literarios, los de mi cuñada y el mío eran considerados verdaderamente de finanzas. Tres de cada diez amigos nuestros frecuentaban las logias parisinas. La mayoría eran de la logia des Neufs Soeurs, pero también abundaban de la logia parisina Amis réunis, a la que pertenecía mi marido.



CAPÍTULO V

Pablo de Olavide y Jáuregui había nacido en la ciudad de Lima en 1725. Se hablaba entonces de indisciplina en las tierras americanas y de que el dinero lo corrumpía todo. La población se debatía entre españoles y criollos, entre la enemistad y el deseo de casarse entre ellos. El quinto abuelo de Olavide era natural de Madrid y se asentó en Chile en 1605, donde casó con la baezana Claridiana Corbera. Las muchachas criollas de su familia casaron todas con españoles. Los abuelos de Olavide eran María Josefa, nacida en Lima, quien contrajo matrimonio con el sevillano Antonio de Jáuregui, tuvieron a María Ana de Jáuregui, también limeña, y casada con Martín de Olavide, natural de Lácar, en Navarra. Las relaciones de su familia con la orden militar de Santiago o el Tribunal de Cuentas de Lima le servían de protección e influencias, pero Pablo destacaría luego por sí mismo, por su capacidad de trabajo y por su inteligencia. Despuntó, ya niño, en sus primeros estudios en los jesuitas del Real Colegio de San Martín. Con tan sólo quince años se doctoró en Teología por la afamada Real y Pontificia Universidad de San Marcos. Dos años después era ya doctor en Derecho canónico y Derecho civil. Con sólo dieciséis años comenzó a impartir clases en la Facultad. Con diecisiete

consiguió la cátedra de Maestro de Sentencias. Desde muy pronto Francia comenzó a marcar su espíritu, así como el ambiente intelectual limeño, a pesar de la vigilancia de la Inquisición. Pablo de Olavide también era ambicioso en su vida social. Nada más obtener el doctorado, fue admitido como abogado en la Audiencia, y por la misma época el tribunal del Consulado de Lima le nombró asesor y el cabildo de la ciudad lo solicitó para el cargo de asesor general. Con el apoyo de un donativo de su padre, Martín de Olavide, quien da treinta y dos mil pesos, es nombrado oficialmente en 1745 ministro de la Audiencia.

En la noche del 28 de octubre de 1746, un terremoto asoló su ciudad natal causando la muerte de dieciséis mil personas, entre ellas, los padres de Pablo de Olavide. Él y sus hermanas salieron indemnes. En medio del desastre, se levantaron voces que sembraban el pánico como la del virrey Manso de Velasco que se unía a los predicadores para anunciar la venganza del cielo y vaticinar el fin del mundo. Frente a ellos, el marqués de Ovando, a cuya teoría se sumó Pablo entusiasmado, daba una explicación científica al hecho. Este fue su primer gran revés de la vida y lo afrontó con lucha y energía. La misma que mostraría siempre. Hubo que reconstruir la ciudad, reparar los desastres, limpiar los derribos, restablecer el orden y quitar los campamentos colocados en medio de los escombros, todo con urgencia para poder celebrar el advenimiento al trono del nuevo rey Fernando VI. Pablo fue encargado de reunir todos los objetos de valor, dinero y alhajas extraídos

de las ruinas, con el fin de devolverlos a sus legítimos propietarios. Una tarea a la que se dedicó en cuerpo y alma y con resultados excelentes ante aquella misión de honor. Una vez restituidos los bienes a sus dueños, quedó un tesoro considerable debido a que familias enteras habían perdido en la catástrofe. El virrey y el municipio explicaron a Pablo que con tal dinero habría que construir una iglesia que sería consagrada a Nuestra Señora del Buen Socorro. Él se conformó con la decisión, pero juzgó que había dinero aún de sobra y que la ciudad no disponía de ningún teatro. Su determinación le acarreraría acusaciones de impiedad que sólo vinieron a sumarse a las que ya recibía por sus conversaciones demasiado libres y sus explicaciones poco pías. Las acusaciones llegaron a la Corte de España, seguramente avivadas y aumentadas por algunos envidiosos que veían la ocasión para menguar su prestigio y popularidad. El caso es que el propio Marqués de la Ensenada decidió suspenderlo de todos sus cargos y convocarlo en Madrid para una reunión en la que respondería por impiedad y malversaciones que se sustentaban en que había dado siempre prueba de ser espíritu demasiado ilustrado, de su pasión por el teatro, su reputación de hombre libre y despreocupado. Esto sería ya el anuncio de lo que vendría luego en España. El padre Rávago, confesor de Fernando VI, no le perdonaría preferir edificar un teatro y lo acusaría ante el rey de hombre sin religión, de costumbres impías. Fue retirado de las operaciones de reconstrucción de la ciudad, pasando el asunto del teatro a manos de la Hermandad del Hospital de San Andrés y de él se hizo un

informe que el propio virrey envió a Madrid con fecha 23 de octubre de 1749 aduciendo que desde la muerte de sus padres el oidor hacía ostentación de hombre político más que de togado, que asistía sin vergüenza a comedias y paseos y que apenas atendía a sus responsabilidades en el tribunal. Además, con la muerte de sus padres y su casa mantenida en pie, se le acusaba de haber ocultado la herencia para evitar así los acreedores de su padre en el pago de sus deudas ocasionadas por los negocios que tenía, pues poseía un almacén importante de paños de Castilla confiados por comerciantes madrileños y que representaban una suma muy elevada. Las malas lenguas decían que las había vendido por su cuenta.

Me había contado su vida poco a poco sentados sobre el árbol, en el *museum*, en el templo del amor, en el invernadero, por el camino de Sierra Morena o entre los árboles junto al río. Me leía libros, cantábamos juntos, me cogía la mano y yo las suyas y me las ponía como almohada acariciando las yemas de sus dedos. Nuestra intimidad era grande, mi amor sincero, pero todo lo que yo reservaba sólo para él no podía ser devuelto en la misma medida. Una vez que se alejaba de mí, otros besos le hacían vibrar. Eso no hacía más que crecer mi orgullo, y por eso tras aquella primera y única vez en su casa, no quise volver. Me golpeaba las sienes saber que otras pasaban por allí. Prefería verlo en mi casa, como el amigo amado, antes que volver allí, a pesar de que es el recuerdo que más emociona mi corazón. Tenía fe en todo lo que un día me sería recompensado. Me tenía prohibido a mí misma verlo en las

habitaciones de la Malmaison, pero todo el jardín era para nosotros, excepto la casita de invitados donde mi marido se encontraba con sus actrices.

Nos veíamos en el museo de historia natural que teníamos pasado el primer puente de madera. Sobre el gran canapé nos solíamos quedar dormidos. Despertar a su lado era emocionante, me sentía la mujer más feliz del mundo. Cubría con mi brazo todo su pecho y posaba mi pierna entre las suyas. Él abría los ojos como un niño y me abrazaba. Entonces me acercaba a su oído y muy despacito depositaba lentamente un te quiero.

Fue una primavera muy cálida la de 1788, un mayo excesivamente seco que no presagiaba nada bueno. Los entendidos anunciaron una cosecha catastrófica. En realidad, el tiempo se iba estropeando en todos los sentidos. El clero se reunió por esas fechas para rechazar las reformas judiciales y políticas del ocho de mayo y condonar la concesión de derechos civiles a los no católicos. Por su parte, el ministro Lamoignon de Malesherbes no pudo imponer una nueva reforma de los parlamentos. Un día que Pablo me leyó una mirada inquieta me dijo que no temiera, que él estaba aquí. Su afecto era digno de agradecer, pero él no estaba a mi lado. Siempre insistía en que su corazón estaba conmigo día y noche, pero yo habría considerado verlo más a menudo.

Elisabeth-Louise Vigée-Le Brun vino a pasar quince días con nosotros para realizar definitivamente mi retrato. Además, traía noticias frescas de París. Había pasado por la calle Chantereine, por casa de Julie Carreau, la actriz

que recibía ya por aquellos días a nuestro joven amigo Talma y a Marie-Joseph Chénier. La pintora venía exultante por la primera lectura que allí se había hecho de la obra *L'Entrevue* de su hermano Etienne Vigée, a la que Olavide también había sido invitado.

A la señorita Julie, algunos la definían como una criatura codiciosa, pasando de amante en amante con el único fin de enriquecerse. Sus amistades, sin embargo, destacaban su encanto natural, la simplicidad de atuendo, su reserva en las conversaciones, y su calidad de anfitriona. Aunque tenía antiguas relaciones aristocráticas, ésta mostraba públicamente sus simpatías por los nuevos vientos políticos, y esto ayudó a que se la tratara de fulana. Todas las comediantes estaban excomulgadas, menos las de la Ópera porque era un espectáculo introducido por el abate Perrin por expreso deseo de Louis XIV. El opúsculo *Vol plus haut*, en 1784, decía que la Académie royale de musique era, más que un nido de talento, un santuario consagrado al hijo de Venus, un asilo seguro para el libertinaje. Todo hacía presagiar que Julie tomaría el relevo de la Guimard, pues entró muy niña en la Ópera, pero siguió siempre como bailarina mediocre, decían algunos. En cuanto Louis XVI subió al trono, en 1774, quiso terminar con los abusos que le indicaban de todas partes y, dos años después, en febrero, una ordenanza real con cuarenta y dos artículos suprimía el libre acceso al salón de descanso, modificaba el funcionamiento administrativo del teatro y regulaba severamente la carrera de los artistas. Se lo ponían difícil y Julie dejó la Ópera. Había visto mucho,

aprendido mucho, cultivado una rara discreción en este medio, pero con ello se evitó los sarcasmos y las maldades de sus envidiosas colegas. Había vivido el lujo engañoso del decorado y la miseria real entre bastidores.

La madre de Julie, que había amasado una fortuna recibiendo visitas, conservaba de su vida pasada la necesidad de las adulaciones masculinas y una propensión a los caprichos. Le había regalado a su hija una bonita casa, un estuche digno de su belleza, de su encantadora persona, un decorado refinado donde no faltaba ninguna invención del lujo moderno. Los muebles dejaban adivinar la insistente presencia de los caballeros de la Compagnie des Indes. Entre ellos Flandre de Brunville, prendado de los encantos de Julie, parece que fue quien encargó el retrato de la bailarina por la célebre Vigée. La madre se había guardado una habitación en la casa de Julie, una cosa sencilla; una mesa de escritorio, un busto de Voltaire, un secreter en madera de rosal, un armario lleno de ropa, hermosos tejidos, pero ni una joya.

A pesar de estar bien instalada con su madre, el primer día de enero de 1780, Julie se mudó a la casa que el vizconde le alquiló, antes de regalársela. Toda la gracia del siglo XVIII parecía haber elegido ese domicilio, anidado en la vegetación, en medio de un barrio nuevo, en la antigua explanada des Porcherons, en la calle Chantereine. Tejados de pizarra, jardín a la moda inglesa que se expandía, alameda de grandes árboles y rosales trepadores que conducían a la casa. Porche de seis escalones y en lo alto una reja de hierro forjado separaba dos muritos adornados de

jarrones griegos, no tenía más de dos mil trescientos metros cuadrados, pero el orden clásico parecía haber dejado paso a lo natural bajo la influencia de Rousseau, parecía creado para acoger las fiestas galantes de Watteau. Julie esperaba de esta casa el reconocimiento social. Había conocido al vizconde de Segur en una cena dada por Rosalie Lefebvre, luego señora Dugazon, y después, mi suerte o mi desgracia, amante de mi marido. La belleza de Julie enamoraba y la bondad de su corazón terminaba por atar definitivamente. Allí los más amables libertinos de la Corte se mezclaban con los literatos, el espíritu de Voltaire había abierto los salones a los grandes escritores y a los artistas. El vizconde y ella, los dos con la misma edad, gustaban de la alegría, de la fiesta. La complicidad intelectual les hacía buscar una sociedad escogida, la élite en todos los ámbitos; eso sí, sólo después de unos primeros meses de tortolitos. No llegó al año cuando, el seis de diciembre de 1781, Julie firmaba la compra a Perard de Montreuil de la casa de la calle Chantereine, regalo del vizconde.

La casa de Julie Carreau rebosaba un gusto exquisito, lujo refinado, feliz alianza del confort y la belleza. En las habitaciones de recepción, la profusión de los espejos, mármoles, maderas esculpidas y doradas, la riqueza de los tejidos y papeles pintados, la presencia de muebles a la moda, chifonier, sofás confidentes, sillas griegas y sillones bajo la alegre luz de antorchas, girándulas y candelabros, ofrecían la imagen de una vida mundana animada por una sociedad escogida. La conversación no era la única ocupación de las brillantes veladas. La ausencia de cualquier

instrumento indicaba que la música no tenía lugar, pero sí las mesas de juego. La habitación confortable y señorial, exquisitez de la dueña, una elegancia clásica y sobria que no evocaba el gusto refinado sino un sentido del confort en sus invenciones más recientes.

Sobre el amoralismo de la época en la alta sociedad, Julie aprendía todos los días con los asiduos de su salón. Amables libertinos que frecuentaban las señoras de la corte, pero también las figurantes de la Ópera y las cortesanas de moda; grandes señores recibidos en la corte que se divertían con los madrigales. Después de 1782, pasaron más hombres para Julie. El vizconde pedía de nuevo adelantos al ejército para pagar gastos de la actriz. El sentimiento se hacía menor, pero misma complicidad intelectual. Hasta que un día, lo que les separaba ocupaba más lugar entre ellos que lo que les unía. Alrededor de la pareja el mundo mudaba y ellos mismos cambiaban. El amoralismo de la época había jugado un rol en la evolución de sus comportamientos y de sus ideas.

Desde 1780 el espíritu crítico de los enciclopedistas había alcanzado la alta sociedad, se agriaba cada día más en los salones y giraba hacia la sátira en la literatura y el teatro. La propia obra de nuestro amigo Laclos, *Les liaisons dangereuses*, era un ejemplo del desorden de los principios y las costumbres de lo que se llama la buena compañía, pintados con más naturalidad, valentía y espíritu que ningún otro autor lo había hecho. Al vizconde de Ségur le encantaba Laclos. *Le Mariage de Figaro*, de Beaumarchais, también había sido un escándalo con su estreno

en la Comédie Française el 27 de abril de 1784. Palabras mágicas de libertad, igualdad y fraternidad que la importancia de las logias masónicas contribuyó a popularizar. Mientras el corazón y los sentidos de Julie languidecían, su imaginación se encendía en contacto con las ideas nuevas, una ideología de palabras sonoras y de perspectivas seductoras. Con qué entusiasmo esperaba ella el futuro y odiaba el pasado, los prejuicios de la aristocracia y el clero por los que había sufrido tanto; mientras, el curso de los acontecimientos devolvió al vizconde a la fidelidad al trono y al altar. Surgió entonces un hombre nuevo, guapo, evidentemente, víctima de los prejuicios de su tiempo, de lo que pronto llamarían Antiguo Régimen, y la pasión enfurecida iba a prenderlo todo. Fue Talma y con él una nueva Julie iba a entrar en la historia e incluso, militante resuelta con aspiraciones sorprendentemente modernas, contribuir a hacer esa historia. Talma y Julie coincidieron en una cena el primer día de enero de 1787; pero entonces él era un desconocido. Fue Olavide quien los presentó el día que los vi en la puerta del teatro de la Montesson y a partir de ese momento la presencia de Talma en casa de la actriz fue asidua.

En marzo de 1788, el vizconde debía incorporarse inmediatamente al ejército y Talma aprovechó para cortejar a Julie. Ella, tentada, pero presa de sus escrúpulos, pasó algún tiempo escondida bajo la máscara de la indiferencia, aunque era evidente el progreso de la intimidad y la profundidad de la relación. En verano llegó la declaración. El curso de la historia se entrometía para escarbar entre el

vizconde y Julie, antes tan próximos, una distancia insalvable. Cada uno de ellos, sin ser consciente, se transformaba en el símbolo de un mundo irremediablemente opuesto al otro en una Francia en vísperas de la revolución.

Con las estancias de Vigée-Lebrun en las casas, todos sabíamos de todos. Y, evidentemente de ella misma; había pintado a Pauline de Beaumont y a la Fourgeret. Y acababa de hacer el retrato de Marie-Antoinette “en vestido de terciopelo azul”. El trabajo no le faltaba, tenía pensado pasar el verano en Moulin-Joli donde realizaría el retrato de su colega Hubert Robert. De todos modos, con su aversión hacia Olavide, a saber lo que iba contando de la Malmaison.

Mi casa también estaba en boca de amigas y en la de las malas lenguas, sobre todo cuando Olavide se alojaba con nosotros. Él también se vino a pasar la primavera calurosa. Las luces en el ala de enfrente me daban toda la paz que necesitaba. No sólo mis relaciones, sino que mi casa también era objeto de comentarios; la riqueza de mis muebles, el lujo en mi mesa, el gusto de la opulencia, que para nada era cierto. Se decía que sólo recibía gente con títulos de nobleza y que me gustaba el aire de corte. Se hablaba sin ton ni son de mí. Como no necesitaba venderme, se decía que los recibía varias veces y que, sin necesidad de vivir del amor, aceptaba siempre los pequeños cuidados que me ofrecían, en el campo, de viaje, en las aguas, pagados con sentimiento casi puro, sólo me rebajaría a entregar favores a hombres con títulos.

El campo me protegía. La sociedad que vivía en París gustaba dispersarse con el buen tiempo y principio de otoño en los castillos de alrededor. En la ciudad o en el campo, en todo momento, al ritmo de las estaciones, alternar en sociedad era un factor de equilibrio, pero el campo no dejaba de tener una fuerte connotación ideológica. Un rousseauismo difuso no deja de oponer la inocencia de la felicidad rural a los refinamientos adulterados o a la miseria corruptiva de la vida urbana; pasar tiempo en el campo era volver a la naturaleza simple, no en una soledad de misántropo, sino en la intimidad de una sociedad armoniosa donde la paz del alma se vivifica con las alegrías benéficas. A la imagen del mundano ocioso y de su estéril agitación responde simétricamente la del buen dueño del castillo y su familia, feliz del reconocimiento afectuoso con que le rodean sus criados y sus campesinos. De nuestras dos formas de sociabilidad, yo prefería la del campo. En París la jornada empezaba demasiado tarde. Admiraba a Pablo que había sabido vivir París empezando con la hora azul. En el campo la jornada era más social ya que respetábamos mucho el almuerzo por levantarnos temprano. En París, las relaciones con el mundo no comenzaban hasta el principio de la velada, a las siete de la tarde. Visitar por la mañana era una impertinencia. Las veladas eran iguales en el campo y la ciudad, ocupadas por el espectáculo. La cena era tan mundana como el almuerzo era íntimo. En mi casa, las primeras horas de la mañana se dedicaban al aseo y a responder a la correspondencia, pero el primer almuerzo era el primer acto de

sociabilidad. Luego, esperar la llegada de las cartas antes de separarse cada uno a su apartamento. La mañana pasaba con las visitas familiares, la correspondencia y la lectura. Un poco antes de la cena nos volvíamos a encontrar en el salón, en la intimidad de las costumbres y de los gestos cotidianos. El lazari sta Plassiard solía venir a leer la gaceta, yo hacía a veces algo de tapicería, aunque lo que más me gustaba era leer y recibir. Pasar a mis invitados del salón al comedor, cerrando el cortejo, terminar el almuerzo con el café y leer en una chaise-longue. Volver a pasear entre los árboles al final de la tarde, una vez que ha pasado el calor salir en coche hasta los campos más allá de los pastos, luego a pie, cruzar una hondonada con risas, y por fin volver a la fantasía de cada uno, al reposo o la conversación hasta la cena. Nuestras veladas eran más cortas que las parisinas, normalmente terminábamos a la una. En la Malmaison la existencia era más diurna, más libre, más tranquila, las relaciones sociales más familiares menos codificadas. En el castillo el ruido de la conversación no estaba de fondo sonoro obligatorio; teníamos largos momentos de silencio. Las miradas casi acariciadoras de Olavide me decían que no estaba todo perdido, aunque siempre pensé que, en los márgenes de nuestra historia de amor, entre bastidores, había algo relacionado con la tragedia.

Talma venía muchas mañanas a la Malmaison a ver a Pablo. Cuando dio de mano la compañía de teatro, se instaló también allí unos días. El actor se impacientaba; quería que Pilos moviera ya los hilos para pasar a ser socio de

la Comédie Française. *Le Mariage de Figaro* se representó en escena por aquella época. Los valores promovidos por esta literatura dramática eran los de la naturaleza o al menos, de lo que las Luces llamaban naturaleza; la sinceridad de sentimientos, la fidelidad en el amor, la humanidad, el sentido del trabajo, de la familia y de la patria. Se oponían a los antiguos valores aristocráticos del honor o religiosos de la virginidad y de la intolerancia. Se oponían también igualmente a las instituciones represivas del Antiguo Régimen; el feudalismo y su “derecho de señor”, una justicia injusta que condenaba a muerte a inocentes, una iglesia que promovía los votos monásticos a los jóvenes en contra de sus aspiraciones y los encerraba en los conventos. A raíz de Fígaro, el derecho de pernada había inspirado muchas piezas, *Le droit du seigneur*, de Desfontaines, también creada en 1784 como la de Beaumarchais, se inscribía en la misma tradición. Sintomáticamente, en esos años que vivíamos y que anunciaban algo nuevo, el conde Almaviva, personaje de Beaumarchais, debía denunciar ese derecho arcaico, aunque demostraba que aún tenía ganas de usar de él.

Todo ese ambiente precedía algo importante. En junio de ese año de 1788, hubo reunión de los estados del Dauphiné que marcó el inicio de un periodo diferente en la vida política. Desde 1787 las arcas del estado estaban vacías. El rey exigió a sus ministros unas reformas contra el déficit, y se vio obligado a convocar los Estados Generales por la crisis financiera que la guerra de América había agravado. Para impedir la bancarrota inminente habría

que haber establecido la igualdad ante los impuestos. Contra esto se levantaban los privilegiados, quienes, por egoísmo, rechazaron cualquier reforma que hubiese podido mantener el Antiguo Régimen mejorándolo; la violencia de sus ataques destruyó el prestigio de la monarquía, impidió el funcionamiento de las instituciones y dejó el reino en la anarquía. Luego exigieron la convocatoria de los Estados Generales porque pensaban dirigirlos y utilizarlos para instaurar un sistema aristocrático que les diera el poder político y les conservara sus privilegios. Se equivocaron y fueron las primeras víctimas de su propio complot. El resultado de las decisiones del rey fue una revuelta en todo el reino. Los acontecimientos más graves tuvieron lugar en el Dauphiné. El parlamento de Grenoble fue exiliado por orden del rey, pero unos amotinadores, reunidos en asamblea al toque de alarma, se opusieron a la partida de los magistrados, amenazaron al intendente y desde lo alto de los tejados tiraron tejas a los soldados. Después de esta *Jornada de las tejas*, los habitantes del Dauphiné nombraron diputados que se reunieron en Vizille en junio de 1788 y que restablecieron, por su propia cuenta, los Estados provinciales del Dauphiné, suprimidos desde Richelieu. Decidieron, a la vez, que el Tercer Estado contaría con tantos miembros como los otros dos órdenes juntos y que se votaría no por orden sino por cabeza. Exigieron la convocatoria de los Estados Generales e invitaron a todos los franceses a rechazar el pago de impuesto hasta que el rey cediera. Presionado por la bancarrota, incapaz de restablecer el orden, el rey capituló y

anunció la convocatoria de los Estados Generales para el primero de mayo de 1789. Destituyó a Brienne y volvió a llamar a Necker en agosto de 1788. Esta doble decisión causó un entusiasmo enorme en todo el reino. Los privilegiados estaban eufóricos, los Estados Generales iban seguramente a limitar el poder del rey. Bajo el golpe de los parlamentarios, la monarquía absoluta estaba muerta.

Olavide dejó de nuevo París para acompañarnos con los calores. El 13 de julio, estábamos en casa cuando una tormenta de granizo, excepcionalmente dañina para todo el campo de cereales, cruzó entre el Loira y el Rin y destruyó las cosechas de trigo y lino. La sequía andaba a sus anchas en las regiones meridionales. Las vendimias asustaron por su precocidad. El tiempo trajo miseria y hambre. Algunos veían en todo esto una mala premonición, un futuro negro. Lamoignon de Malesherbes, ministro de justicia en 1787, sometió al rey Louis XVI un informe alertándole sobre la situación y anunciando un tiempo venidero peligroso para el país.

La fecha de los Estados Generales fue, sin duda, particularmente mal escogida. Francia sufría una crisis económica muy dura y los efectos le resultaban más dolorosos por haberse habituado al bienestar y a la vida desahogada. Desde 1778 una regresión temporal atacó al sector vinícola. Las zonas productoras, Burdeos, Languedoc, La Rochelle, que dan directamente al mar, se vieron afectadas. La producción total del reino representaba más de trescientos millones, del que un diez por ciento era exportado. Pero el peso social de este gran producto francés sobrepa-

saba incluso su peso económico. Los viñedos exigían mucha mano de obra; según Lavoisier, hacía vivir a dos millones y medio de personas. Además, para los pequeños propietarios de terrenos, la mayoría, la cosecha de cereales, amputada de las semillas, del consumo familiar, del alimento de los animales y de las deudas en producto, no dejaban mucho para la venta. A veces incluso nada. El vino, por el contrario, representaba el producto del comercio, el que daba dinero. El viñedo estaba en todas partes, pero, he aquí que sobre él se abalanzaron las catástrofes. La cosecha de 1777 había sido muy mala; enfermedad, helada, las dos cosas. Los precios subieron, pero no había nada que vender. Tres años así. Los vinos más comunes se quedaron en las bodegas. Para los buenos vinos, la guerra de América y el bloqueo inglés interceptaron la exportación. En Champagne como en Bourgogne, apenas comenzaba a enderezarse la cosa cuando la vendimia de 1785 resultó el doble de lo normal, y el consumidor no se animaba porque la calidad era mala. En el Languedoc los años de sobreproducción se sucedieron. En 1787 parecía que remontaban un poco, pero sólo porque los fríos tardíos y las lluvias de verano habían dado una cosecha deficitaria. El conjunto de la economía rural se resintió. El gobierno acusaba a la fatalidad; el campesino lo achacaba al gobierno. No había que abolir el decreto de 1731 que prohibía nuevas plantaciones. No había que gravar tanto las bebidas. El gobierno, más prudente, se preocupó de reavivar la exportación: en 1786, negoció con Inglaterra un nuevo tratado de comercio que se firmó en sep-

tiembre. Totalmente rendido a la doctrina indolente del dejar hacer, convencido de que la multiplicación de los intercambios serviría a la consolidación de la paz, Vergennes, ministro de asuntos exteriores, se había decidido por tumbar la tradicional política aduanera de protección y prohibición para cambiarla por un régimen vecino de libre-intercambio. Las cláusulas del tratado reducían a la mitad las tasas que percibirían los ingleses sobre los vinos, licores y vinagres de Francia. Por el contrario, las mercancías inglesas, que salían de todas sus industrias, no pagaría más que el diez por ciento al entrar en nuestro territorio. Con esta invasión, nuestra industria se tambaleó. Las empresas más preparadas resistieron. Otras cerraron sus puertas o redujeron su producción. Vergennes esperaba que las dificultades obligaran a las industrias a modernizar sus máquinas y sus métodos y que un pequeño mal fuera pagado con un gran bien. El balance, que fue presentado algunos años después, en agosto de 1791, por los comités de agricultura y comercio, afirmaba que el cálculo era bueno y que nuestra industria se había regenerado, pero, a corto plazo, lo que pasó es que los excedentes quedaron en los almacenes, los obreros sin trabajo tirados en las calles de las ciudades, pidiendo pan y maldiciendo a los ricos. Los primeros disturbios asustaron a la clientela y agravaron el paro. Para colmo, las cosechas de 1787 y 1788 fueron mediocres. En 1787 las inundaciones cubrieron los campos, pudrieron las semillas, provocaron en muchos lugares derrumbamiento de terreno que destrozaron viñas, prados y árboles.

Aquel 13 de julio de 1788, cuando se iban a poner a recoger la cosecha, una terrible tormenta, acompañada de granizo se cebó sobre todo el norte de Francia. La cosecha quedó mediada. Ante la noticia, los campesinos, por miedo a la escasez, escondieron sus granos y los mercados se vaciaron. Los siniestros rumores de acaparamiento y de hambre recibieron un espaldarazo. El librero Hardy, el 20 de agosto de 1788 pagó diez monedas un pan de cuatro libras, doce monedas el 8 de noviembre y catorce monedas el 11 de diciembre. La administración tenía sus reservas. Dichas precauciones fueron contrariadas por los disturbios sobre los mercados, por el pillaje, por los atentados contra los molinos y las panaderías, a menudo por la dejadez de las autoridades locales que se negaban a alojar a las tropas enviadas para proteger los carruajes y los barcos. Algunos pensaron que estos sucesos fueron incitados; Alexandre de Lameth, gran amigo y enamorado de Teresa Cabarrús, decía que, de todos los medios para remover al pueblo, no había ninguno más poderoso que presentarle la imagen del hambre. En los últimos tres años, el encarecimiento de los artículos de consumo y de los objetos necesarios había subido un sesenta y cinco por ciento, mientras que el salario no había crecido ni la cuarta parte. Una desproporción excesiva. Sin embargo, la vuelta del ministro Necker había traído algo más de confianza.

A nosotros todo eso no nos afectaba realmente, estábamos protegidos contra las tribulaciones de la vida diaria del pueblo o, al menos, eso pensábamos.

Aquel verano, de nuevo tuvimos teatro en casa. Dimos una fiesta andaluza el 25 de julio, día de Santiago. Cómo predecir que sería nuestra última gran fiesta de verano. El diplomático y literato Grimm, y el escritor y crítico y, en aquel momento censor de teatro, Suard estuvieron con nosotros por expreso deseo de Pablo.

La sorpresa era una representación de Beaumarchais, *Le Mariage de Figaro*, en el jardín de la Malmaison. Mi hermano Laurent no faltó. En su juventud, durante el tiempo que estuvo en la sucursal gaditana de la banca Le Coulteux, Laurent acudió con la colonia francesa de Cádiz a ver a Olavide, sabiendo de la gran actividad teatral animada entonces por Pablo en Sevilla, a solicitarle ayuda para poder crear el primer teatro francés en Cádiz. Claro que les prestó ayuda, pero aprovechó también para que las compañías actuaran en el Alcázar.

Recurrí de nuevo a nuestro amigo Hubert Robert para pintar los fondos de escenario. El Patio del Alcázar de Sevilla fue el decorado. “Amigo, esto es un alcázar a la francesa; nada que ver con el alcázar que usted habitó siendo asistente en Sevilla, intendente de Andalucía. ¿Qué hacía usted allí, además de leer, traducir y difundir a Racine, Voltaire, a Beaumarchais y a sus amigos filósofos?”, le decían. Sí, su tertulia brilló con ayuda de José Joaquín Cevallos; y más cuando llegaron Jovellanos y Ceán de Bermúdez.

La verdad es que aquél día fui un poco atrevida al elegir la obra. *Le Mariage de Figaro*, en 1784, sufrió la censura por sus alusiones críticas al Antiguo Régimen, pero nos

sentíamos poderosos y seguros. Mi casa recibía a lo mejor de la intelectualidad, de los negocios y la banca, lo mejor de Francia. Nuestras ideas eran modernas respecto al feudalismo, estábamos contra los derechos feudales, éramos de ideas avanzadas.

A Pablo le gustaba comparar las dos piezas de Beaumarchais. Encontraba que se parecían: dos hombres se disputan por una mujer, el que la ama gana sobre su rival. En la primera, *Le Barbier de Séville*, el vencedor es el joven aristócrata y el vencido, el burgués, viejo y ridículo. En *Le Mariage*, la victoria ha cambiado socialmente de bando; Almaviva es ahora un noble que quiere aprovecharse del antiguo derecho de señor. Fígaro cambia de estatus, el barbero, el sirviente para todo del conde es ahora sujeto y objeto del deseo amoroso, ha conquistado el derecho de amar, es su boda la que celebran todos.

Estaba preparándome para interpretar el personaje de Rosina. Me faltaba maquillarme un poco más y que terminaran de ponerme el tocado, cuando entró él en la habitación para desearme suerte. Hice un gesto a la sirvienta para que me dejara.

—¡Qué bien lo vas a hacer! —me dijo tomándome entre sus brazos.

—Gracias. La verdad es que prefiero a la Rosina de *Las Bodas* a la del *Barbero*. Aquí, Rosina está rodeada de Susana, su camarera y novia de Fígaro, y de Marcelina. Una auténtica solidaridad se establece progresivamente entre estas mujeres que superan sus celos y se imponen frente a los hombres.

—Sí, Marcelina denuncia la suerte de las mujeres.

Agaché la mirada, sintiéndome incluida en ese grupo de todas las mujeres.

—Eres una mujer fuerte. Gracias por aceptarme —me dijo depositando un beso tierno en los labios. Sofía, no eres de las que embaucan con su charlatanería, pero comprendes mejor que nadie el corazón de los demás con inteligencia. Te quiero.

Todo discurrió como Pablo me predijo. La representación fue un éxito y al atardecer, cuando terminó la función, los más de cien invitados llenaron el parque de vivas al Tercer Estado, lanzaban sombreros al cielo y las rosas de los escotes. Las escenas de Vizille estaban en las mentes de todos; esperábamos mucho de los nuevos Estados Generales. El texto de Beaumarchais era una sátira más o menos velada al Antiguo Régimen. La fuerza revolucionaria de la obra y la prudencia y desenlace conformista se adaptaban muy bien al espíritu del momento. Aquella tarde, en el jardín de la Malmaison, triunfamos por esta ambigüedad en vísperas de lo que creíamos una pequeña revolución para nuestras vidas. Las escenas se habían sucedido en decorados del interior del castillo de Aguas Frescas inspirados en el Alcázar de Sevilla, con su sala del trono y sus apartamentos, lo que suponía una jerarquía y un estricto reparto de los espacios. Pero el final, la última escena al aire libre, tenía como único escenario nuestro propio jardín, y marcaba la dificultad de poner a cada uno en su sitio.

Vino más gente a pasar unos días en agosto. El verano, el río, los puentes, el estanque... los parisinos estaban

deseosos de pasear por la Malmaison. El 25 de agosto llegaron Talma, acompañado de Julie Carreau, y Teresa Cabarrús con su flamante esposo. Organicé una merienda a orillas del estanque. Algo que entusiasmó a todos. Estábamos los seis. Teresa y Julie tenían en común su entusiasmo por las noticias políticas, compartían amistades en sus salones y no les resultó difícil entablar amistad enseguida. Talma, por aquellas fechas, estaba ya más que obsesionado con su carrera. Olavide y él hablaron de un nuevo soplo de verdad en la manera de construir el personaje. Pablo le seguía señalando que se dedicara a la dicción natural, a los gestos y a los trajes. El actor estaba preparándose para representar *Britannicus* y se desesperaba por pasar a ser socio de la Comédie Française. Estaba aferrado a la idea que este papel le proporcionaría el éxito. Estaba convencido de que Racine había sido uno de los primeros en denunciar la discordancia entre la moda de las buenas maneras y el contenido trágico de la obra. Olavide le hizo ver que relacionar la política y teatro estaba bien, pero cuidado con ir demasiado sobre la lógica política como motor dramático y olvidar la intención primera de Racine en su Néron. Se trataba del nacimiento de un monstruo.

—En unos meses será usted socio de la Comédie; sería grande poder aunar la práctica y el pensamiento del teatro, es capital dar importancia a la conciencia histórica.

El día terminó con un paseo por el camino de Sierra Morena. Y Pablo hablando de Andalucía, de La Carolina, de Guarromán, de Carboneros, de Aldeaquemada que ya estaban en el corazón de todos nosotros.

Mi marido pasó el verano entre el castillo Du Molay, París y la Malmaison. Llegó aquella misma noche, pero acompañado de su actriz, Louise-Rosalie Dugazon, y la instaló en la casita de invitados. De todos modos, no llegaba de buen humor. Unos días antes, el 16, se declaró el estado en bancarrota, pocos días después dimitió el ministro de Brienne. Al día siguiente, el rey llamó de nuevo a Necker para las finanzas del estado. El problema era que el nuevo ministro estaba decididamente contra el muro. La cosa iba a más también en la opinión pública. En su *Tableau de Paris*, Louis-Sébastien Mercier estigmatizó los antros del fisco metamorfosados en palacios de columnas, y se exclamaba “¡Ah! ¡Monsieur Ledoux, es usted un terrible arquitecto!”. Mi marido veía el problema abalanzarse y se planteó dejar de ser *fermier général*. Con esa preocupación llegamos hasta septiembre, cuando tomó su decisión definitivamente. Con los aires políticos que corrían, nunca se sabía si la decisión había sido la correcta. Lo cierto es que se dedicó a hacer valer nuestra granja de la Malmaison, a vender terrenos y a seguir con el banco. El castillo de la Malmaison tenía cuadras, granja, viñas, bosques. En la granja teníamos siete caballos, doce vacas, cincuenta ovejas, numerosos cerdos y un gallinero. El principal producto era la vid; teníamos nuestro propio vino.

Todos celebraron los Estados Generales con aclamaciones y bravos que no tardaron en tornarse injurias y amenazas. Los parlamentarios y la vieja nobleza, reaccionarios y privilegiados, querían que se convocaran según las formas

antiguas que, reproduciendo las jerarquías de cuna, cargos y fortunas, aseguraban la preponderancia de los dos primeros órdenes. Querían una monarquía débil y un rey que fuera como el primero de los nobles, donde los poderes administrativos pasarían a la aristocracia local. Igualitarios, discípulos de Rousseau y liberales querían una verdadera asamblea sometida a la única ley del número, sin clases ni cuna. Soñaban con una constitución que haría de la corona una magistratura honorífica, pero suprimiría los privilegios, familiares, individuales y corporativos para someter a la nación al gobierno de Las Luces. El 21 de septiembre de 1788, el parlamento de París reclamó los procedimientos de 1614 para los Estados Generales. Surgieron los panfletos, periódicos, discursos. Louis XVI, respetuoso con la tradición, optó por que fueran como se habían hecho antes. Necker se inclinaba más por la fórmula de los liberales. El 6 de noviembre, el rey convoca la segunda Asamblea de notables para tratar cuestiones preliminares sobre la organización de los Estados Generales. La Asamblea rechaza doblar el número del *Tiers état*. El 26 de diciembre, desoyendo, Louis XVI dobla la presencia del *Tiers état*. Al día siguiente, el Consejo decide que el *Tiers* tendrá número de diputados igual al de los dos otros órdenes juntos, pero sin especificar si tendrían también el doble de sufragios ni si las deliberaciones y las votaciones se harían en común. El rey debía pronunciarse por la abolición de los privilegios y nadie dudaría de su poder absoluto. El conflicto no era entre el pueblo y la monarquía sino entre el *Tiers* y los dos primeros órdenes. Se presentó

un Informe de Malesherbes sobre la “cuestión judía”, con ayuda de Guyenne Dupré Sant-Maur y el judío de Burdeos, Moïse de Samus Gradis. Una comisión de ocho judíos de Francia expuso sus deseos sociales y profesionales.

De la convocatoria de los Estados Generales quedaba por saber en provecho de quién quedaría limitado el poder del rey; en provecho de los privilegiados o en provecho de la burguesía que los había mantenido en la lucha contra el absolutismo? De ahí que entre quienes eran aliados de pocos días antes surgieran apasionadas discusiones para saber cómo quedarían compuestos los futuros Estados Generales. Los privilegiados querían que siguieran organizados como en 1614: los tres órdenes disponiendo cada uno de una voz, deliberando y votando por separado; así el *Tiers* estaría en minoría con un voto contra dos. Los burgueses, al contrario, llamados Patriotas, querían aplicar a los Estados Generales la organización que los diputados de Vizille habían solicitado para los Estados provinciales del Dauphiné: el doble del *Tiers*, la reunión de los tres órdenes en una misma sala y el voto por cabeza. En toda Francia privilegiados y burgueses se enfrentaron sobre esta cuestión fundamental. Estaba en juego la igualdad política y social. El *Tiers* encontró apoyo en el bajo clero, pobre y celoso del alto clero y en ciertos nobles liberales como La Fayette. Innumerables panfletos describieron los argumentos de unos y otros: el más célebre el que nuestro amigo el abate Sieyès publicó bajo el título *¿Qué es el Tiers État?* La lucha profunda se acompañó de

violencia en Bretaña y en Franche-Comté. Necker convenció a Louis XVI del peligro de resistirse al *Tiers*. En diciembre de 1788 el rey hizo saber que se unía al principio de doble de *Tiers*, pero no hablaba de voz por cabeza y que aceptaba la igualdad de todos ante el impuesto, el voto de un presupuesto regular de los gastos y garantías de libertad individual. Los privilegiados habían ganado al rey, ahora, la burguesía había ganado a los privilegiados. Apoyada en el bajo clero y los nobles liberales, podía pensar ya en una victoria segura.



CAPÍTULO VI

*L*as terribles premoniciones y pronósticos se cumplieron; o, al menos, yo pensaba que habíamos llegado a lo peor. Desde los primeros días de 1789 nuestras vidas comenzaron a girar en torno a la política y a las noticias sobre el hambre, a la vez que nuestros amores iban adaptándose al paso de unas notas hasta ahora desconocidas. De Calais a Douvres el mar estaba cubierto por el hielo a una distancia de dos leguas. No se había visto nunca tal efecto del frío.

La destrucción de la anterior cosecha; la competencia industrial de Inglaterra; la oposición de los nobles a rebajar los impuestos; los enfrentamientos locales y centrales; en medio de tal ambiente, el veinticuatro de enero se abrió la campaña electoral a los Estados Generales. Eran los primeros que se convocaban desde 1614. Fueron momentos inimaginables; los discursos giraban todos en el mismo sentido de libertad de expresión, libertad económica, eliminación del régimen feudal, igualdad ante la ley y doble representación, todos ellos se impusieron a nuestras vidas.

Un día antes del cumpleaños de Pablo, salió el reglamento electoral que no contentaba a nadie. Hubo sufragio directo para los privilegiados. Para el *Tiers*, fue por

representación: en las ciudades por barrios, en el campo por parroquias para elegir a los electores primarios que luego elegirían a los diputados. Para la Iglesia, hubo un voto por cada diez sacerdote; entre los monjes, uno por convento. Cada uno tenía que buscarse a quién votar. Barréntin, ministro de justicia, ordenó que nadie del gobierno debía influir en el voto de nadie.

Hacía mucho frío para celebrar teatro. Y, por otra parte, aunque los ánimos estaban exultantes por las elecciones, había que ser prudente. El cumpleaños de Pablo de ese año fue el retrato del momento; una reunión sencilla, una cena en la Malmaison donde acudió el abate Sieyès, Talma y el gobernador Morris, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América en Francia, otro extranjero y testigo inteligente de nuestra época. El americano estaba encargado del envío de trigo y harinas a su país.

Todo el interés de la velada estaba centrado en ese doble número de elegidos para el Tercer Estado. Sieyès lo veía como la base de una nueva sociedad, si se tenía en cuenta que al *Tiers Etat* se le encargaba todo lo que el orden privilegiado no quería realizar. Los trabajos lucrativos y honoríficos eran ocupados por los miembros del orden privilegiado. ¿Quién se atrevía a decir que el *Tiers Etat* no tenía por sí solo todo lo que hacía falta para constituir una nación completa? El abate lo definía como el hombre fuerte y robusto con un brazo aún encadenado. Si se eliminara el orden privilegiado, la nación no tendría algo de menos sino algo de más. Así pues ¿qué era el Tercer

Estado? Todo, pero un todo obstaculizado y oprimido. ¿Qué sería sin el orden privilegiado? Todo, pero un todo libre y floreciente. Nada podía funcionar sin él, todo iría infinitamente mejor sin los otros. Una especie de contrafaternidad hacía que los nobles se prefirieran entre sí, y sobre todo frente al resto de la nación. La usurpación era completa, los privilegiados reinaban verdaderamente. Bastaba con sacar de nuestros anales algunos momentos de Louis XI, de Richelieu y algunos de Louis XIV en los que se veía el despotismo puro, y se podría leer la historia de una aristocracia de corte. Era la corte la que había reinado y no el monarca. Era la corte la que hacía y deshacía, quien llamaba y cesaba a ministros, quien creaba y distribuía los puestos. También el pueblo se había acostumbrado a separar en sus murmullos al monarca de los motores del poder. Había visto al rey como un hombre tan engañado, sin defensa en medio de una corte activa y todopoderosa, que nunca había pensado en tomarlas con él por todo el mal que se había hecho en su nombre. Los privilegiados eran el verdadero enemigo del interés común. Decir el lugar que debían ocupar los dos cuerpos privilegiados en el orden social era preguntar qué lugar otorgar en el cuerpo de un enfermo al humor maligno que lo mina y lo atormenta. Había que neutralizarlo. Había que restablecer la salud y el conjunto de todos los órganos para que no formasen más combinaciones morbíficas que traen enfermedades capaces de viciar los principios más esenciales de la vitalidad. “¿Qué es el *Tiers État*? Todo ¿Qué ha sido hasta ahora en la sociedad política? Nada

“¿Qué pide? Ser algo en ella” era el lema de Sieyès. Todo y nada, las dos palabras volvían en su conversación como temibles armas: “Antes, el *Tiers* era siervo, el orden noble lo era todo. Hoy el *Tiers* lo es todo, la nobleza es sólo una palabra.”

Los hombres estaban desorientados, sin guía, empujados a votar, además tenían que elaborar su propio programa redactando colectivamente los cuadernos de quejas. A primeros de febrero, se dio la orden de redactar dichos cuadernos. Cada circunscripción francesa rellenaba el suyo con peticiones y quejas. Mi hermano Laurent había recogido uno que hizo suya la circunscripción de Versalles, lo que no le impidió manifestar su apego a la persona del rey. Era absurdo, pero todo transcurrió bien.

La orden de neutralidad dejó el campo libre a otros. El partido liberal ya tenía sus comités locales: logias, academias, gabinetes de lectura, sociedades filosóficas y patrióticas animadas desde principios de 1788, ejercitadas en manipular la opinión y la agitación de las plazas públicas; un año de gritos, discursos y manifestaciones. Todos unidos entre sí, formando un tejido, mediante correspondencia e intercambio de información, de publicaciones. El esfuerzo sería mínimo para federarlos todos y aprisionar la Francia electoral en sus redes. Fue obra de un comité central, el *Club des Trente*, que se reunía en casa de Duport con los jefes del movimiento patriótico. En el club estaban el Duc de Montmorency-Luxembourg, el obispo de Autun (Talleyrand), Mirabeau, La Fayette, Target, Lacroix, el conde de Castellane, Trudaine (consejero del parla-

mento), Condorcet, Sieyès, el vizconde de Noailles, los hermanos Lameth, Dupont de Nemours, Lepeletier de Saint-Fargeau. En las reuniones del *Club des Trente* se daba cuenta del espíritu del momento, lo que hacían los ministros, el efecto de los panfletos que se habían distribuido, lo que se daría a la asamblea, cómo dirigir la opinión pública. Sus miembros sentían un cierto menosprecio hacia Necker, pero resultaba un hombre necesario para agitar al pueblo. Mirabeau llamaba al club “la conspiración de la gente honrada”. Era el núcleo del partido patriótico. Divulgando mensajes y cuadernos de quejas: abolición de la esclavitud y la trata; redacción de un código civil y un código penal; gratuidad de la justicia; organización de la asistencia; derechos de los indigentes; preventión de la mendicidad, así, veinticinco de sus miembros fueron elegidos para los Estados Generales. Se unieron otros que vinieron de provincias, como Grégoire y Robespierre. El panfleto de Sieyès fue un éxito. Laclos también escribió unas *Instructions* distribuidas en las tierras del duque de Orléans. Todo inspiraba el sentimiento de una voluntad irresistible. El dinero tampoco faltaba.

En la asamblea del clero, hubo querella entre obispos y sacerdotes. Los curas ganaron con unos cuadernos de quejas que habían redactado contra el lujo, la negligencia y la avidez de los prelados. La nobleza, ganada por las ideas más liberales: constitución, tolerancia, supresión de intendentes, reforma del clero, igualdad fiscal, pero, eso sí, a condición de que no tocaran sus rentas señoriales.

Los hombres de las *Sociétés* se habían olvidado de las demandas propiamente campesinas: supresión de los derechos feudales, entre otros. En la mayoría de nuestros círculos, la observación era que la Francia agrícola iba a ser representada en el *Tiers* por abogados y procuradores; en la nobleza, por hombres de salón; en el clero, por curas asiduos de la *Encyclopédie*.

Las elecciones se efectuaron con relativa calma por todo el reino. En cada circunscripción electoral, los nobles, los obispos y los curas eligieron respectivamente a sus diputados. Para el *Tiers*, el derecho al voto fue acordado a todos lo que pagaban impuestos, pero las elecciones tuvieron varios procesos; los diputados eran elegidos por delegados, que a su vez habían sido elegidos. Hubo en total mil ciento noventa y nueve diputados; trescientos seis del clero de los que doscientos sabían que sus simpatías irían hacia el *Tiers*. Los nobles, doscientos ochenta y dos miembros diputados, tenían una minoría de patriotas, entre ellos La Fayette. Los seiscientos once diputados del *Tiers*, mayoritariamente burgueses, exceptuando algunos nobles o eclesiásticos excluidos de sus órdenes como Mirabeau o el abate Sieyès, eran de tendencia patriota. Entre el nuevo número del Tercer Estado y la negativa de la nobleza de Bretaña a asistir, la victoria de la burguesía se afirmaba. Pero la burguesía no representaba todo el *Tiers Etat*. Frente a los campesinos y los obreros, los propios burgueses se sentían privilegiados sobre todo por la grave crisis económica de esos años que venía acompañada de paro y escasez. Un tratado de comercio firmado

con Inglaterra había arruinado ciertas industrias francesas incapaces de enfrentarse a la competencia inglesa; la cosecha de 1788 había sido destruida por el granizo en una parte del país, el pan costaba demasiado caro y el invierno fue uno de los más fríos del siglo. En París se contaban ciento veinte mil indigentes sobre seiscientos cincuenta mil habitantes. El 27 de abril, unos días antes de la reunión de los Estados Generales, unos motines de la miseria estallaron en el faubourg Saint Antoine. Bandas de mendigos, jornaleros sin trabajo y obreros en paro recorrían los campos. Levantamientos, asaltos a las carretas de trigo, el rechazo de los campesinos a pagar los derechos señoriales, todo parecía anunciar una lucha sin fin contra los ricos. Algunos periódicos empezaron a defender las reivindicaciones de los obreros y campesinos que formaban, se decía, el Cuarto Estado. Así, la burguesía se encontró con dos tipos de adversarios; los privilegiados y los obreros y campesinos.

A medida que avanzaba la primavera, el hambre se hacía devastadora. El verano acercaba y la escasez aumentaba. Los panaderos se veían rodeados por una multitud a la que se le distribuía el pan con gran parsimonia. A falta de pan, el pueblo se atacaba al venado de los grandes señores. En abril ya habían sonado protestas por todas partes; manifestaciones obreras en París, en el faubourg Saint-Antoine y protestas de los nobles contra toda modificación de los derechos y prerrogativas de la nobleza. Y el último día del mes se creó el *Club breton*, en Versalles. La opinión pública también reaccionó con la creación del

periódico de Brissot, *Le Patriote français* y veinte días más tarde la gaceta *États Généraux* publicada por Mirabeau.

A finales de abril, los mil cien diputados empezaron a llegar a Versalles. Unos conociendo el terreno, otros pardillos. El 2 de mayo, hubo presentación ante el rey, el 4, procesión del Santo Sacramento y una homilía pronunciada por Monseigneur de La Fare. A pesar de las amenazas, con un inmenso entusiasmo, se abrió en Versalles, el 5 de mayo de 1789, la sesión de los Estados Generales en una sala del Hôtel des Menus Plaisirs, erigida rápidamente para la ocasión por el arquitecto Pâris. El gran maestro de ceremonias fue el marqués de Dreux-Brézé. Una era nueva comenzaba para la historia de Francia y la del mundo. Al *Tiers* no le gustó el recibimiento, ni tampoco las ceremonias absurdas y agotadoras. El sermón del obispo de Nancy resultó un violento discurso contra la Corte. El gobierno era el único que recordaba para qué estaban allí: se trataba de encontrar dinero y, como ni Parlamentos ni Notables habían querido aprobarlo, los Estados Generales tenían que encontrarlo. El ministro Necker se encargó de recordar que cambiaban los consejeros, pero seguían los mismos acreedores. Lo hizo sin gracia y sin grandeza, en un discurso de tres horas lleno de números; donde la miseria del Tesoro se decía a medias y sólo se proponían pequeñas reformas. Preveía que la tarea de los Estados Generales iba a alargarse. Llegó a utilizar la expresión ‘nuevo orden’ pero todo vago. A lo lejos, una posibilidad para el *Tiers* se abría: el chantaje al déficit.

El Conde de Pilos se había establecido temporalmente en Versalles. La cercanía, me hizo tenerlo más tiempo que cuando residía en París, pero su vida estaba más acalorada que nunca por los acontecimientos. Los diputados bretones del Tercer Estado crearon un club, el *Club breton*, una sociedad de pensamiento abierta a diputados de otras provincias y más tarde a cualquier persona con inquietudes. Olavide simpatizó con ellos. Sólo volvió a la capital cuando la Asamblea Constituyente fue a establecerse en París a finales de 1789, pues su deseo de contemplar el espectáculo político era manifiesto, quería presenciarlo, escucharlo. Empezaba una nueva época para el discurso. La prensa se desarrollaba paralelamente al renacimiento de una elocuencia deliberativa. Mercier en el *Tableau de Paris* deploraba la ausencia de una tribuna de arengas “donde se hablaría al público de la asamblea”. El Antiguo Régimen había relegado la elocuencia a las iglesias, en los parlamentos, como tribunales de justicia, y en las academias. Los asuntos judiciales a menudo eran politizados en vísperas de 1789 y numerosos procesos habían sido la ocasión de polémicas públicas mediante memorias. Ahora era cuando las tribunas de los clubes y de las asambleas se transformaban en polos de la vida política. Unos y otros tuvieron que definir el marco y las reglas de la circulación de la palabra. Desde los Estados Generales, instalados en la sala Menus-Plaisirs en Versalles, hasta el más pequeño club, cada uno de estos emplazamientos llevaba discusiones sobre la topología que comprometía el lugar respectivo de los diputados y del público, del presidente y

del orador. Un reglamento interior tuvo que ser también votado para limitar los tiempos de palabra y organizar las discusiones, restringir las intervenciones del público y la presión exterior. Si la palabra se transformaba en acción, la elocuencia parlamentaria tendía sin embargo a distinguirse de la toma de palabra en la calle y en los clubes, la argumentación no podía reducirse a la repetición de órdenes y a dejarse arrastrar por las emociones. El interés de Olavide por estar presente en los discursos era grande. Observaba las diferencias entre los preparados y los pronunciados, entre los pronunciados y los publicados; y reconocía en Mirabeau su don de intervención y de improvisación. Las condiciones materiales de los debates, en las salas cuya acústica a menudo era pésima, eliminaban a todos aquellos cuya voz no llegaba. La elocuencia se imponía.

Los primeros días de mayo fueron complicados para la organización hasta que todo encajó. Desde el día seis, cada uno de los estados se reunía en una sala diferente. La cámara del Tercer Estado se llamaba *Communes*. Un bando del Consejo de Estado prohibió toda publicación de periódicos sin autorización expresa y prohibición de publicar reseñas de sesiones de los Estados. Mirabeau no hizo caso y continuó publicando el diario de sesiones de la Asamblea, así como un análisis sobre las cuestiones políticas en el orden del día, primero bajo el título de *Lettres du comte Mirabeau* hasta julio, y luego como *Courrier de Provence*. El día 13, la nobleza rechazó reunirse con el Tercer Estado para hacer una verificación común de los poderes. El clero, igualmente invitado, propuso nombrar co-

misarios conciliadores. El 19 de mayo, el rey permitió a los periódicos informar sobre las decisiones de los Estados Generales. Y el día 20, la nobleza renunció sobre sus privilegios pecuniarios y consintió un impuesto según sus bienes. Tres días después, Ledoux, el arquitecto del muro, fue definitivamente suspendido por Necker.

El lunes 8 de junio de 1789, Élisabeth-Louise Vigée-Le Brun acudió a mi salón para presentar el retrato *à l'antique* que se había hecho con su hija. Unos meses antes había dado en su casa una cena griega sonada en toda Europa y Pierre Louis Guinguéné había leído en su salón su Oda *Les États-Généraux*. La pintora, consternada por la muerte de Louis, el delfín de Francia, hijo mayor del rey, quiso quedarse en mi casa toda la semana, eso le permitió ser testigo de una cena que los hombres celebraron en la Malmaison en la víspera de San Antonio.

Los acontecimientos iban poniendo a cada uno en su bando tanto como revolviéndolos a todos. Aquella noche vinieron dos diputados bretones, Le Chapelier y Lanjui-nais, fundadores del club, André Chénier, Choderlos de Laclos, mi hermano Laurent, Pablo de Olavide y Sieyès. Chénier se dejó la embajada en Londres y vino a intervenir en su país. Marmontel dejó de venir a la Malmaison cuando acudía Sieyès; el académico, demasiado prudente durante el proceso electoral, hizo inclinar la balanza y preferir a Sieyès para la diputación de los Estados Generales, y se dedicó entonces a escribir *Nouveaux contes moraux*, en el *Mercure*, intentando dar alguna que otra lección incluso a los políticos.

En los Estados Generales, Sieyès acababa de invitar al resto a unirse al Tercer Estado. Durante la cena ya se celebró que el abate confirmaba el paso, al día siguiente, festividad de San Antonio, de dos miembros del clero al *Tiers État*. En mi biblioteca, se habló contra los nobles. Estaban decididos a llegar hasta el final del camino de la revolución. Vigée-Le Brun estaba aterrorizada por el entusiasmo revolucionario que allí se vivía, y me señaló aparte que aquello parecía un verdadero club y que estas conversaciones la llenaban de espanto, además, había escuchado al abate Sieyès decir a no sé quién: “En verdad creo que iremos demasiado lejos”.

Intenté tranquilizarla. Hacerle ver que la revolución se estaba caracterizando por la algarabía. Si algo había cambiado es que la palabra, tradicionalmente encerrada, jerarquizada, de pronto fue liberada de sus límites. En 1781, Necker ya había escandalizado al publicar su *Compte rendu* que entregó al público el presupuesto del país, levantando el secreto de las finanzas del reino. Obligó así al rey a entrar en la lógica de la transparencia y de la libertad de palabra. El propio ministro solicitó los Estados Generales para hacer aceptar un esfuerzo financiero añadido y llamó a la población a expresar sus preocupaciones y sus deseos en unos cuadernos de quejas que llevaría cada diputado. El país era un ruido de reuniones donde de pronto se debatían públicamente los grandes problemas de la nación. Panfletos, folletos, libelos se multiplicaron y proliferaron los periódicos. Sólo en 1789, ciento cuarenta nuevos periódicos fueron creados en París.

La administración real, en estos primeros meses del año, intentó limitar esta toma de palabra de la prensa periódica, pero la presión fue fuerte y la libertad se impuso de hecho. Si la mayoría de los panfletos eran respuestas a una situación particular, los había que se elevaban a la generalidad de principios. Teníamos al más importante panfletista en la Malmaison, cómo no iba a asustarse la pintora. Los panfletos de Sieyès eran de los más famosos. Sacerdote sin vocación, Emmanuel Sieyès encontró la ocasión de realizarse en la agitación que siguió a la convocatoria de los Estados Generales. Publicó, en noviembre de 1788, un ensayo sobre los privilegios, y, unos meses después, *Qu'est-ce que le Tiers-État?* con un éxito extraordinario. El abate encontraba fácilmente las fórmulas simples en las que la opinión pública se reconocía y que les proporcionaba fórmulas breves y consignas. Para él, el privilegiado miraba hacia el pasado, y vivía de sus ancestros, enfrente, el burgués “que con los ojos fijos en el innoble presente, sobre el indiferente futuro, prepara el uno y sostiene el otro con los recursos de su industria”; “Es en lugar de haber sido”.

—Me voy de aquí, tu casa se está convirtiendo en un club —me repetía la pintora—, nada queda de la casa de Madame Harenc, hace treinta años, cuando recibía a Marmontel para escribir aquí sus cuentos morales.

—Querida, lo de *Mala mansio*, no se sabe muy bien por lo que era; unos dicen que era la leprosería de la abadía de Saint-Denis; otros que, en el siglo XII, el dueño era un normando que con su derecho de pernada causaba el

terror de las mujeres. Ahora es la casa de los Le Coulteux y sus amigos.

La artista se fue desesperada, mientras en mi casa reinaaba cada vez más entusiasmo. Cuando una amiga repudiaba, otro amigo artista se implicaba. David, que buscó en el patrimonio arqueológico y en la antigüedad clásica un equilibrio severo, una armoniosa elegancia y los temas de un mensaje moral austero, anunciaba ya en *Le serment des Horaces*, de 1785, y en *Les Licteurs rapportent à Brutus les corps de ses fils*, 1788, la energía sombría y la severidad revolucionarias. David comenzaba a buscar la inspiración en los acontecimientos dramáticos contemporáneos.

El 10 de junio, el *Tiers*, cansado de pedir el voto por cabeza había procedido a convocar en solitario a todos los diputados. El 17 de junio se le unieron algunos sacerdotes, y, a propuesta de Sieyès, el Tercer Estado decide constituirse en Asamblea Nacional. En los días siguientes, más delegados del clero se unieron al *Tiers État*. El 19, arrastraron al clero que lo decidió por una ínfima mayoría. El rey anunció su presencia en la Asamblea para el 23 de junio. Mientras tanto, los diputados de la Asamblea Nacional habían jurado no disolverse hasta dar una Constitución a Francia. Louis XVI, contra la opinión de Necker, cerró la sala de los Estados Generales. El doctor Guillotin propuso entonces la sala del Jeu de Paume. Fue el 20 de junio cuando los trescientos diputados presentes hicieron el juramento de no separarse hasta haber terminado la elaboración de una Constitución. Todo esto prefiguraba la

soberanía nacional y la separación de poderes, que tendría como consecuencia la abolición del feudalismo el 4 de agosto, y la declaración de los derechos del hombre el 26 de agosto.

Antes de la llegada del rey a la Asamblea, el 22 de junio, ciento cuarenta y nueve miembros del clero se unen al Tercer Estado, dos días después serán dos más, y el 25 serán nueve más y cuarenta y nueve de la nobleza liberal, entre ellos La Fayette. Y el 26 de junio, tres más del clero. Ya representaban el noventa y seis por ciento de la nación y se dieron el poder de consentir los impuestos. Fue el primer acto revolucionario.

Ya no había tres órdenes diferentes frente al rey, sino una sola asamblea nacional. Lo que preocupó antes que nada fue el modo de votación. El rey había concentrado sus tropas alrededor de París, cuatro mil hombres bajo las órdenes del mariscal de Broglie, mientras la asamblea nacional se reunía en la iglesia de Saint Louis en Versalles.

Tuvieron que escuchar un discurso muy severo del rey prohibiendo el público en las sesiones de los *Communes*, obligando los órdenes a deliberar aisladamente; eso sí, prometiendo que cada año los ministros darían cuenta a los Estados de su administración.

Cuando, en esta sesión real del 23 de junio, el rey ordenó a los diputados reunirse por separado, anuló todas las decisiones del *Tiers* y propuso un programa de reformas conforme a las prácticas de la monarquía, ordenó también la dispersión de la asamblea y la declaró inconstitucional. Una vez que salió el Rey de la sala, el marqués Deuz-Brézé

llevó la orden a Bailly, decano del *Tiers*, los otros habían obedecido al rey. Bailly respondió que la nación reunida no puede recibir órdenes. Cuando Dreuz-Brézé mandó, por orden del rey, a los diputados evacuar la sala, Mirabeau dijo “Estamos aquí por la voluntad del pueblo, y no saldremos si no es por la fuerza de las bayonetas”. Después de la sesión, el *Tiers* rechazó dejar la sala. La Asamblea nacional declaró inviolable la persona de sus diputados.

Al día siguiente, 24 de junio, cuarenta y siete gentil-hombres conducidos por el duque de Orléans se unían a los subversivos: eran los francmasones escoltando su gran maestre. El clero vino a reunirse conjuntamente con el *Tiers*. Y tres días después el rey se vio obligado a ordenar a los diputados de la nobleza que se reunieran con los electos del *Tiers* y del clero. El voto sería por cabeza y no por orden. En todo este lío, los parisinos temieron un golpe de fuerza y el bloqueo de las remesas de trigo.

Lo que parecía grandeza trágica e inexorable fatalidad fue sin embargo llevado con mucha indecisión y mucho desorden. Si Mirabeau, Sieyès, Mounier y Barnave hacían el papel de ambiciosos y convencidos, el resto no, esperaban cada día con las maletas hechas. Cuando vieron la debilidad del rey fue cuando se envalentonaron, perdieron el sentido de la medida y llegaron más lejos de lo que hubiesen querido.

Un soberano que no hace su oficio; un ministerio sin principios, sin energía; una Asamblea sublevada, perdida en las ideologías, autorizando con su ejemplo todos los excesos: era la anarquía.

Ese verano Talma y la rica y hermosa Julie Carreau ya estaban juntos, ya la llamaban señora Talma y recibía en su salón toda la élite literaria de la época. Con Talma, ella había descubierto una posición nueva, conforme a sus secretas aspiraciones. La protegida de ayer era hoy la protectora en un mundo nuevo donde se oían las palabras mágicas de libertad y de igualdad. Un mundo nuevo, un hombre nuevo, una vida nueva que este hombre no dudaba en ofrecerle, y al que Julie no tenía intenciones de renunciar. Saliendo por la puerta de atrás, su antiguo amante, el vizconde de Ségur se llevó con él toda la sociedad aristocrática que había llenado el brillante salón de la calle Chantereine, sus fiestas galantes, esta sociedad frívola ciertamente, ligera, amoral. El vizconde había sido elegido diputado por la nobleza de París para la Estados Generales. Permaneció leal al rey y la monarquía, pero participó muy poco en los debates. Odiaba a Talma y a toda la revolución que representaba. En una ocasión, cuando un actor rechazó el papel que el vizconde le ofrecía en su obra, dijo en tono sarcástico: «Pero señor, olvida usted que después de la Revolución somos iguales. Yo valgo tanto como usted.» Ségur se dedicó a una guirnalda de amores, entre ellas, estaba prendado de nuestra Teresa Cabarrús.

Talma pertenecía a un mundo donde desde siempre habían sido corrientes las manifestaciones populares en los teatros. La gente ya se burlaba de todo cuando llegó Louis XVI al trono. Se reía de los frailes, de los monasterios. Se vaciaban las iglesias mientras se llenaban las salas de juego y los teatros. Todo el mundo quería ser actor. Los

espectáculos privados, o de sociedad, abundaban. Hasta la reina celebraba magníficos conciertos. Los comediantes, temiendo la prohibición del rey, habían instalado a escondidas un teatro en un subsuelo del palacio de Versalles, donde el servicio jamás llevaba a indiscretos. En *Le Barbier de Séville*, la reina hizo el papel de Rosina, el conde de Artois el de Fígaro.

El público se manifestaba en los teatros. Un día que la reina fue a ver *L'Amant bourru*, cuando los actores decían al personaje Saint-Germain, que hacía de criado en la comedia, «*C'est un coquin qui fait tout de travers, il faut que je le chasse*», el público se giró hacia María Antonieta y dio un largo aplauso que tenía como objetivo a Saint-Germain, ministro de la guerra, que había introducido en el ejército la disciplina alemana y los castigos corporales. Poco después, con ocasión de una representación de *Athalie*, cuando Joad daba consejos a Joas, cada verso fue interrumpido por abucheos, pero la frase «*Hélas ! ils ont des Rois égaré le plus sage !*», provocó casi un motín viéndose en Joas al rey Louis XVI y en Joad al pueblo.

Los ministros Calonne, De Brienne y Lamoignon no escaparon a la mordacidad. El elegante e intrigante Calonne no hizo olvidar a Necker. Los principios de La Fayette libertador del Nuevo Mundo estaban en la mente de todos. Un soplo de libertad animaba todo. Se creaban asociaciones reformadoras. Aparecían un montón de escritos: *Le Bon sens de Kersaint*, las *Fonctions des État Généraux* por Condorcet, la *Pétition des citoyens domiciliés à Paris* por le doctor Guillotin trabajaban la opinión pública. El

teatro tendía cada vez más a seguir el movimiento popular. Los futuros autores se exaltaban en los calefactarios públicos y en los gabinetes de lectura como el de Girardin frente al café de Foy. Se leía mucho, se hablaba aún más. La política se infiltraba en los cerebros. De los periódicos pasaba a la escena y de la escena bajaba a la calle. Fue la época en que se abrió el Cirque du Palais Royal. Era un amplio subterráneo en forma de arena, propicio a las asambleas. El Círculo social se reunía allí bajo la presidencia de su secretario, Bonneville, para ocuparse del «futuro del género humano». Cuando Necker fue de nuevo llamado al gobierno, los teatros representaban comedias políticas como *L'amour patriotique*. Los espectadores cantaban estribillos populares en los intermedios. El pueblo miraba, escuchaba, y cuando caía el telón se retiraba pensativo, impresionado por tantas cosas vistas en cinco actos y se preguntaba cómo iba a terminar todo esto, cómo la corte y la ciudad iban a entenderse. *Le Mariage de Figaro*, de 17 de abril de 1784, volvería a subir a escena el 14 de julio de 1789 y pasaría a llamarse el prólogo de la Revolución.



CAPÍTULO VII

Teresa Cabarrús reinaba en Le Marais con su salón, donde recibía. Faltaban menos de tres semanas para que el 31 de julio cumpliera dieciséis años y ya destacaba en París por su belleza espectacular. La alta y delgada niña, que salió de las benedictinas y que cuidábamos en casa, se había convertido, tras su maternidad hacía apenas dos meses, en una mujer hermosísima. Su piel blanca, su largo pelo negro y sedoso, sus ojos castaños, su mirada lán- guida, las formas suntuosas de su cuerpo, la proporción de sus curvas le valieron el reconocimiento irremediable de los hombres y de muchas mujeres. Ya desde muy niña la llamaban la cabritilla; era atrevida, no temía a nada y se lanzaba segura de sí en las aventuras más difíciles. Ahora, casada con Devin de Fontenay, ya marquesa de Fontenay, llevaba su salón como nadie, rodeada de lo más destacado de los nobles liberales, pero engañada una y mil veces por su nada atractivo marido con la primera que pasaba.

Aquella tarde de julio, la española nos había invitado a Pauline de Beaumont y a mí a tomar un chocolate en su casa, fuera del día de su salón. Estábamos solas y Teresa se sinceró. No era feliz. Estaba encantada con su hijo Théodore, pero no sentía a su lado al hombre, amigo, marido que necesitaba. Otro noble de ideas bastante revolucionario.

narias, Félix Lepeletier de Saint-Fargeau, era ya su amante. Sin duda influyó aquella relación en su interés por la política, en su simpatía por las ideas de cambio que surgían en cada esquina, en cada panfleto, en cada conversación. Teresa tenía de su padre el gusto por el dinero y su deseo de ocupar siempre el primer puesto en todo. A mí, me asustaba un poco. Yo quería ser prudente. Por más que ella me decía que las mujeres seríamos más libres, que podríamos amar públicamente a quien quisiéramos con el mismo derecho con que mi marido mantenía a sus queridas actrices, yo tenía mis reservas, quizá por vivir en el campo y no enterarme mucho, quizá porque simplemente no me interesaba vengarme de mi marido, sólo quería estar, ver, hablar y sentir a Pablo.

La ya marquesa de Fontenay nos enseñó el retrato que acababa de hacerle la Vigée-Le Brun. Teresa estaba guapísima, pero su retratista se había quedado corta, no había captado la irresistible seducción de la española; en realidad, la belleza de la joven era la admiración de sus amigas y un insulto para el resto de las mujeres. Era un alma generosa, valiente y apasionada. No pude señalárselo a la autora, pues acababa de irse a Louveciennes a casa de la *Bien-Aimée*, era ya el tercer retrato que hacía de la Du Barry.

Me quedé en París aquella noche y Pauline quiso que a la mañana siguiente diéramos una vuelta por el jardín del Palais Royal e invitarnos en el Véfour. No acepté tan alegramente. Tenía mis reparos, pues en el verano de 1789, toda Francia, siguiendo al gobierno, cayó en la anarquía.

No había día en que no se señalara un disturbio grande o pequeño: molinos asediados, comercios saqueados... Todo estaba en peligro, la vida y los bienes. Ladrones y contrabandistas se unieron al motín. Las tropas estaban dispersas en minúsculos destacamentos. Sólo el fisco, con la necesidad en los talones, intentaba funcionar y todos los furores iban contra él. No más impuestos. No más tasas. El grito era unánime. Destruyeron los registros, las barreras de arbitrios. Quemaron los locales de la *ferme*. En menos de seis semanas toda la estructura financiera estaba por los suelos.

París era una efervescencia. Nunca hubo tantos miserables, tantos parados. Desde mayo, cerca de Villejuif, había más de seiscientos vagabundos. Otros se iban acercando de más lejos, flotaban alrededor de París. Desgraciados y malhechores, todos confundidos, unos para encontrar trabajo, otros para mendigar. En los últimos años, los revolucionarios de toda Europa terminaban aquí: exiliados políticos, descontentos, desclásados, insurrectos. Y los primeros desórdenes harían llegar otros: espías, agentes provocadores. Se les acogía, se les festejaba, se les escuchaba. Todos los cafés eran clubes. Todos los clubes eran nidos de sedición.

En pleno centro, los agitadores tenían su lugar inviolable: el Palais-Royal. Las galerías acababan de ser terminadas y alojaban restaurantes, garitos, casas de citas, hoteles, atrayendo a gente que vivía de la aventura, del placer y de los golpes bajos. Al lado o encima de las tiendas de limonada y de marionetas, estaban los clubes: *Salón des*

Arts, Assemblée militaire, Club des Colons, Club des Valois, Société Olympique. Todo el día, centenares de personas lo recorrían. Pasiones desatadas, mientras los diputados de la derecha no se atrevían a salir por París. El 25 de junio, los cuatrocientos electores que nombraron la diputación parisina se reunían en el Museo de París, que era una sala de conferencias. Luego se instalaron en el Hôtel de Ville para vigilar a los “aristócratas” y mantener la comunicación entre París y la Asamblea. Era un segundo poder frente al legal.

El gobierno no se esperaba esta explosión, creía cándidamente en la bondad humana, convencido de que los Estados Generales se desarrollarían cordialmente y entre abrazos. No tenía fuerzas del orden preparadas. Además, se estaba haciendo propaganda entre los soldados. La situación se volvió desesperada a finales de junio. El gobierno hizo lo que cualquiera, llamó más tropas, pero con la orden de abstenerse de toda violencia en ningún-caso. La Asamblea se sintió amenazada. Y a propuesta de Mirabeau, el 8 de julio envió una protesta al rey, quien el 10 les respondió que la Asamblea no debía temer. El peligro crecía por horas. El 11 de julio Necker fue despedido.

Teresa estaba simpatizando mucho con las ideas revolucionarias. A Pauline de Beaumont se le veía entusiasmarse con los nuevos aires. Y el jardín del Palais-Royal era un lugar de manifestación pública de la libertad de palabra que se había adueñado de París aquí y allá desde las sesiones de los Estados Generales. Era 12 de julio y, temprano, fuimos a pasear antes de entrar a almorcizar. El

jardín era un lugar privilegiado. En 1785, el arquitecto Victor Louis, había construido a su alrededor unas casas con pilastras acanaladas, balaustres y soportales, que eran, en ese momento más que nunca, un lugar de placer y de formación de la opinión pública. La gran explanada del Palais Royal bullía; las cuatro hileras de áboles a cada lado no daban sombra suficiente para todo el mundo. Los funámbulos callejeros, las vendedoras de flores, los repartidores de panfletos llenaban los paseos centrales. Las sillas de los vendedores de limonada ocupaban la sombra de los soportales. París se había echado a la calle. Entramos por la puerta frente al Louvre y nos encaminábamos al otro extremo, cuando nos llamó la atención un grupo de gente alrededor de una columna en la entrada derecha del jardín, la que daba a la calle Des Valois.

Yo me dejaba llevar por tanta euforia contagiosa en la gente, pero si temía era un poco por mi familia. Había habido algunos motines en las barreras de impuestos del muro. Además, unos soldados de las Guardias Francesas habían sido encarcelados, incluso la Asamblea había solicitado al rey su excarcelación de la prisión de l'Abbaye. Para colmo, desde el 5 de julio, las tropas alemanas se acercaban por todas partes. Pero la euforia era grande, desde que el 9 de julio, la Asamblea presidida por el arzobispo de Vienne, Jean-Georges Lefranc de Pompignan, se declarara Asamblea Nacional Constituyente.

Teresa nos presentó a Jean-Baptiste Isabey que estaba leyendo apoyado a la sombra de un frondoso plátano. El pintor acababa de empezar una serie de retratos de los

miembros de la Constituyente. No sería el único que había decidido poner su creación artística al servicio de la defensa revolucionaria. París era ya casi un motín generalizado. El artista no dudó en hacer notar su admiración por la hermosura de Teresa e invitarla a venir a su estudio para hacerle un retrato. Intentó convencerla mientras nos acercábamos hacia el grupo que iba creciendo alrededor de un orador. Era domingo y se estaba expandiendo por París la noticia de que el rey acababa de cesar a Necker. Enseguida el pueblo parisino reaccionó. Si lo habían echado sería porque los aristócratas preparaban un golpe sucio, pensaba todo el mundo. Necker era el único ministro en el que el *Tiers* confiaba. El gentío se echó a las calles para gritar su miedo y su cólera. Unos agitadores llamaban al pueblo a tomar las armas. El más valiente, el que estaba allí, en medio del grupo, reclamando la atención de la gente; un joven abogado llamado Camille Desmoulins. Cuando se supo la destitución de Necker por Louis XVI, subió a una silla del jardín, arengó a los paseantes y suscitó una manifestación. Dijo que los amantes de la libertad se reconocerían por una insignia de hoja verde. Las guardias francesas se pasaron al lado de los amotinados. Allí, delante del Café de Foy, aquella mañana de julio, en lo alto de la silla, Camille Desmoulins gritó por primera vez: ¡A las armas! El dueño del café, aterrorizado, para quitarse de encima a la clientela revolucionaria, encontró el ingenioso medio de aumentar el precio de las consumiciones.

Temí por mi hija. Sólo pensé en sacarla de París. Las dudas me asaltaban de si sería lo mejor. Me excusé por no

quedarme a almorzar. Me dirigí a la calle Sainte Apolline para consultar a Pablo. Sabía que estaba en París porque él mismo me lo había comunicado. No estaba en casa. No había dicho cuándo volvería. Era mentira, estaba segura de que era mentira. Los nervios se apoderaron de mí, y con la indecisión, los celos. Dije que me buscara cuando volviera que no me iría de mi casa de la calle Chantereine hasta que no le viera. Cuando por fin llegó, traía con él a mi hija. Debíamos partir inmediatamente hacia el campo.

Acababa de estallar una Revolución. Aquella noche del 12 y el día siguiente fueron siniestros. Parece que la sociedad entera se descomponía. Los burgueses se encerraron en sus casas. Las calles eran abandonadas al más vil populacho. Los electores de segundo grado, aterrorizados intentaban formar una milicia urbana, los gentilhombres se inscribieron. Los amotinados querían bajar el precio del grano y del pan. La agitación de los parisinos les llevó a la toma de la Bastilla al día siguiente, y a destruir el impopular muro de los *fermiers généraux*; incendiaron las cincuenta y cuatro barreras que daban acceso a París y abrieron numerosos agujeros en el muro de más de tres metros de alto. A las seis de la mañana, se fueron al convento Saint Lazare donde se decía que el grano estaba guardado. A las ocho de la mañana, los electores de París, los que en un segundo grado habían elegido a los diputados en los Estados Generales, se reunieron en el Hôtel de ville. Formaron un comité permanente, hicieron de París una municipalidad revolucionaria y crearon una milicia burguesa de cuarenta y ocho mil hombres, con insignia roja y azul,

los colores de la ciudad. Fueron al Garde-Meuble de la corona, donde sólo encontraron armas de colección. A las cinco de la tarde, una delegación de electores se dirige a los Invalides para pedir las armas de guerra. Rechazo del gobernador del sitio. El motín se extiende, la población se hace con las reservas de grano, destruye las puertas de pago de impuestos y abre las cárceles. Los parisinos se arman. A pesar del rechazo del rey, los oficiales de la milicia burguesa son elegidos. Coger el grano, destruir las barreras y abrir las puertas de las cárceles exalta al pueblo, enfurecido por el vacío de poder desde el 17 de junio. La Bastilla estaba defendida por un centenar de hombres. Murieron cien revolucionarios y seis de los de dentro. La rendición de la Bastilla marcó el final de la administración real. El país se movilizó detrás de los constituyentes.

La milicia burguesa había tomado la Bastilla, y al día siguiente, sus oficiales fueron elegidos y puestos al mando del general La Fayette. Ahora se llamaría la Guardia nacional. Esa mañana el rey anunció a la Asamblea que había dado orden de retirar las tropas de la comuna de París, que ahora tendría un alcalde: Bailly.

La noticia de la insurrección llegó a Versalles por la noche. Los burgueses que tanto habían chillado, gritado, temieron por sus vidas y sus bienes.

Los jefes de la izquierda sabían cómo era Louis XVI. Enseguida se emplearon en transformar los crímenes en actos heroicos para cubrir a los instigadores. Así que la leyenda de la Bastilla nació cuatro horas después. El 15, los rentistas que se despertaron abochornados por haber

dejado vía libre a los asesinos, se enteraron de que nunca hubo asesinos y que el asesinato de Launay era la manifestación sublime de justicia soberana. Novecientos cincuenta y cuatro vencedores, diplomas, condecoraciones, pensiones, ayudas anuales, panfletos, epístolas, canciones celebraron el acontecimiento del 14 como el principio de una nueva era. El arzobispo de París hizo cantar un *Te Deum*. El 21 abría la bolsa de París.

La toma de la Bastilla había puesto de manifiesto la debilidad del régimen. Exaltada por los periodistas, defendida por la Asamblea, aprobada por la corte, reconocida por los tribunales, legitimada por Louis XVI, se transformó en el signo de la abdicación real, la prueba de que la Monarquía renunciaba a sus propios principios. El rey había sido siempre el padre, y ahora se humillaba. Louis XVI no reaccionó a la toma de la Bastilla o reaccionó cediendo a todo. Cesó a Breteuil, volvió a llamar a Necker, replegó las tropas, reconoció la municipalidad ilegal, visitó solemnemente el Hôtel de Ville, escuchó la arenga insólita del alcalde Bailly, dejó la escarapela blanca por la tricolor: estaba imparable. Los diputados fueron llamados *Monseigneur*.

Una delegación que fue a hablar con el rey consiguió la vuelta de Necker, quien intentó oponerse a la confiscación de los bienes del clero que se acababa de decidir. Asustados ante el giro que iban tomando los acontecimientos, comenzaron las primeras emigraciones: el conde de Artois, hermano del rey, el príncipe de Condé, el duque de Bourbon.

El 17 de julio fue la última entrada triunfal del rey en París. Salió de Versalles a las diez de la mañana. El viaje hasta la capital duró siete horas, la guardia personal del rey no pudo entrar en la ciudad, se le prohibió. Iba escoltado por una masa de gente con viejos fusiles, horcas, picas, ras-trillos y al único grito de ¡viva la Nación! La mayor felicidad de los revolucionarios era un rey humillado. Louis XVI llegó al Ayuntamiento de París, llevaba en su sombrero una insignia blanca; el nuevo alcalde de la capital, Jean Sylvain Bailly, le presentó una escarapela con los colores de la ciudad, azul y roja; el rey la pinchó en su sombrero; los tres colores serían el nuevo emblema de la nación. La Fayette hizo que la Guardia nacional adoptara la insignia tricolor. A las once de la noche, el rey reapareció en Versalles.

El suelo francés estaba marcado por los motines en provincias y la formación de milicias burguesas por los electores que se hicieron con el poder en las principales ciudades: Rennes, Saint-Malo, Grenoble, Nîmes antes de finales de mes. El 22 de julio, el controlador general de finanzas, Foulon, y el intendente de París, Bertier de Savigny, fueron masacrados en los motines. El 23, Necker volvió a entrar en Versalles y reinstaló su ministerio. Vuelve a tomar el control de las finanzas. Sus amigos Montmorin y Saint-Priest, alejados con él, volvieron al ministerio de asuntos exteriores y a la casa del rey.

Jean-Jacques, mi marido, como director de la Caja de Descuento y luego tesorero de la Caja del Extraordinario estaba en contacto con el gobierno y de manera especial con Necker, entonces ministro de hacienda, y se unía también

a los debates financieros de la Asamblea Constituyente, donde se encontraba con Olavide. La revolución de 1789 contó con mi esposo como uno de sus partisans más exaltados, incluso aceptó comandar un batallón de la cuarta división de la guardia nacional.

El futuro era incierto. Todo se deslizaba hacia el abismo. La multitud de obreros y campesinos sentía por todas partes cobardía o decrepitud, se inquietaba, se exasperaba, dispuesta a todas las locuras.

En medio de todo esto, si existía un grupo de hombres con un solo corazón, un solo espíritu, una única doctrina y por el solo hecho de ser uno entre la multitud, organizados en el desorden, decididos en la indecisión, su poder no tendría límite, en relación a los pocos que eran y a los pocos medios de que disponían. Ese grupo existía: eran los clubes. De los diputados que hicieron elegir recibían correspondencia regular. Publicaciones, carteles, comentarios, expandían las noticias, orientaban la opinión: verdaderos y falsos peligros de la Corte, verdaderos y falsos peligros que amenazaban a la Libertad, medidas falsas o verdaderas de la capital que imponían a las provincias. Desde los conciliábulos en casa del duque de Orléans o del *Club breton* la noticia llegaba a toda Francia. El 25 de julio la noticia era que iban a saquearlo todo, incendiar casas, quemar trigo verde. Alertaron a los pueblos. Mujeres y niños huyeron. Los hombres se armaron. Tras unas noches de guardia se dieron cuenta de que los campos y los caminos estaban desiertos, pero la revolución campesina ya estaba en marcha.

Las noticias que llegaban de París era que la culpa de todos los crímenes, los complots y las traiciones era de los aristócratas, los ricos, los nobles. Se les acusó de preparar la invasión extranjera. El 1 de agosto, *Le Pariote français* de Buisson decía “Nos amenazan con treinta mil españoles”, según una carta de Burdeos. En el valle del Ródano eran piamonteses. De Flandes a la Provenza, se temía en las fronteras. La rebelión campesina estalló: casas destruidas, abadías y propiedades saqueadas. Dijeron que sólo querían acabar con el derecho feudal. El 23 y el 24 de julio, fue un huracán de destrucción.

Mientras tanto, la Asamblea discutía la Constitución. La noticia les llegaba de lo que pasaba en provincias, pero la Asamblea debía ir contra la Corte y no podía privarse de sus aliados populares.

A principios de agosto de 1789, la Malmaison comenzó a estar en un tenso silencio. Mi marido no temía por ser noble, ya que podría demostrar que la gran nobleza hasta ahora exhibida era más comprada que otra cosa. Sin embargo, tenía miedo por ser un millonario en medio de aquella multitud dispuesta a meter la mano en todo. La *Grande peur* se expandía por todos los campos franceses. Ese gran miedo crecía con los rumores de complot aristocrático. Crecía el pánico sobre unos salteadores contratados por la aristocracia para recorrer los campos y quemar los trigos verdes y aniquilar la revuelta. En Rouen, el pueblo fue incitado al pillaje en casa de los ricos. En la noche del 4 de agosto, por iniciativa del Club Breton, a propuesta de un diputado sin fortuna, el vizconde de

Noailles, y de un gran señor filósofo, el duque de Aiguillo, la Asamblea decidió suprimir todos los privilegios de comunidades y personas. La Asamblea nacional constituyente respondía así a la agitación campesina, procediendo a la abolición de los privilegios. Se votó la abolición de los privilegios feudales, el final de los órdenes y la igualdad de todos ante la ley. Empezó la sesión a las seis de la tarde y no terminó hasta las dos de la mañana. Fue llamada la Noche de la igualdad. En una especie de delirio sentimental, con aclamaciones y lágrimas, se adoptó la supresión de los derechos feudales, de los cotos y de los diezmos. Los decretos de agosto removían los cimientos del país. Todas las condiciones de vida social y económica cambiaban.

La fisura llegó al día siguiente, el 5 de agosto, y las semanas siguientes, al partido revolucionario. Para los moderados, con Malouet, Bergasse y Mounier, era indispensable devolver al ejecutivo y al judicial su poder; en cuanto a la Constitución, no había que cuestionar el régimen que la sustentaba, sólo mejorarlo; la Declaración de los Derechos debía ir acompañada de una Declaración de deberes; un gobierno equilibrado con el Rey, una cámara alta hereditaria y vitalicia; una cámara baja elegida por las clases acomodadas. Para la izquierda, la revolución ya no podía ser ni parada ni entorpecida. Por lamentables que fueran los desórdenes, sólo atentaban contra los beneficiarios del Antiguo Régimen. Si la Asamblea quería reconstruir el país, debía primero afirmar la existencia de unos derechos naturales imprescriptibles. Nada de cámara alta, refugio de aristócratas. Nada de veto real, como mucho un veto

temporal. Las negociaciones entre los partidos empezaron bajo los auspicios de La Fayette y del embajador de los Estados Unidos, Jefferson, pero no llegaron a nada. Para convencer a los recalcitrantes, el partido patriota, esta vez, puso entre la espada y la pared no sólo al rey sino a la Asamblea. El periódico *Les Révolutions de Paris* de Louston pidió que el gobierno viniera a París.

A mediados de agosto parecía que volvía la calma, un decreto restableció el orden y la tranquilidad en el reino. El ejército tenía obligación de prestar juramento a la Nación, al Rey y a la Ley. El 24, se proclamó la libertad de prensa. Mientras tanto se discutían en la Asamblea nacional los derechos más importantes. Los debates se inspiraron en el *Bill of Rights* y en el *Habeas Corpus*; además, el 4 de julio de 1776, las colonias inglesas habían redactado una hermosa Declaración donde por primera vez aparecía el “derecho a la felicidad”. Finalmente, el 26 de agosto, se dio lectura en la Asamblea nacional a la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, que debía servir de guía en la redacción de la Constitución. Precedida de un preámbulo redactado por Jean-Joseph Mounier y Mirabeau; un conjunto de principios morales y políticos, salido de un humanismo abstracto, que toma como objeto el hombre antes que la sociedad, en ella no se hablaba ni de religión, ni de régimen político, ni de cristianismo ni del rey. La soberanía residía en la nación. Se trataba, pues, del acta de defunción del Antiguo Régimen. El rey se opuso de todas las formas posibles a la Asamblea nacional.

En septiembre, Olavide llegó con el primer número de un nuevo periódico, *L'Ami du peuple*, de Marat. Estaba contento porque más de quince artículos de la futura Constitución estaban ya adoptados. Lo malo es que el rey rechazaba promulgar los decretos, decía que no serían aplicados y comenzó a concentrar las tropas. Hacía más de un mes que Necker había lanzado una nueva emisión de préstamo, esta vez por treinta millones, y había confesado de nuevo el mal estado de las finanzas. La Asamblea se los rechazó. La patria necesitaba dinero urgente. Todo el mundo se movilizó por un don patriótico. La propia Vigée-Le Brun había contribuido en una donación conjunta de las mujeres artistas a la Nación. Se aceptaban fundamentalmente joyas, dinero y vajillas de plata. Mi marido y Olavide enviaron cada uno una vajilla de plata a la Moneda. Además, Pablo había enviado un donativo patriótico de nueve mil libras y se había alistado en la Guardia nacional. Comprendiendo los deberes por el amor a la Patria, las mujeres y los hombres artistas de todas las artes ofrecieron a los representantes de la nación su plata y sus joyas. Fue en la sesión de la Constituyente del 7 de septiembre de 1789 cuando su diputación vino a cumplir el sacrificio. El presidente accordó audiencia a estas nuevas heroínas de los tiempos antiguos. Vestidas de blanco, sin pelucas, con la modestia que caracterizaba la acción que estaban acometiendo, entraron mientras Bouche leía un discurso sobre ellas. Estas valientes no podían ser más noblemente adornadas que por la ausencia de las joyas que sacrificaban. La más joven dejó sobre la mesa de

la Asamblea una cajita con la ofrenda y esta mesa se transformó en altar elevado al patriotismo y donde las mujeres inmolaban el ídolo de la Mujer. Burguesas, lavanderas, señoras del mercado dejaron su ofrenda en la entrada de la Asamblea. Los dones patrióticos llegaban de todas las clases sociales, no eran rentistas, comerciantes, literatos o comediantes, eran los franceses. ¡Sólo Francia posee tales hijos! se decía. La sesión del 23 de septiembre de 1789 se abrió con la mención de diferentes dones patrióticos entre los cuales de la Comédie italienne que daba doce mil libras. Después, el cuerpo de maestros de baile de París, hizo un don de cuatro mil libras proveniente de los muebles y la plata de su capilla y de sus ahorros.

El 5 de octubre, mujeres hambrientas, casi seis mil, fueron al Ayuntamiento de París a protestar por la falta de pan. Desde allí, decidieron ir a Versalles a informar al rey y a la constituyente. Los políticos aprovecharon para solicitar la ratificación del decreto de la constitución y de los derechos del hombre y del ciudadano. Las vendedoras de la Halle fueron a Versalles a pedir pan al rey: pescaderas, hortelanas, mujeres públicas, y hombres maquillados y enfaldados. La segunda columna estaba compuesta por la guardia nacional, con La Fayette a la cabeza. Cerrando la marea, una tropa de gente de saco y cuerda. Llovía a mares. El rey acababa de rechazar la *Declaración de los derechos*, cazaba en el bosque de Verrières. Aprovechando un claro del día, la reina, después de almorzar, se fue al jardín de Trianon. A las tres y media el rey pudo celebrar consejo. Saint-Priest propuso al rey actuar. Necker dijo que

no existía ningún peligro acuciante, que lo más razonable era esperar y dejarlos llegar. El rey no quería sangre. Cerraron las rejas y pusieron delante del castillo una fila de guardias del regimiento de Flandes.

Chorreando, llenas de barro, vociferando, las mujeres empezaban a llegar a Versalles. Unas invadieron la Asamblea, se quitaron sus sayas para que se secaran, se instalaron sobre los bancos, se mezclaron con los diputados a quienes empujaron, abrazaron e injurieron. Hubo escenas poco decentes.

Otras se dirigieron al castillo. Intimidadas, se acercaron a los soldados e intentaron forzar la barrera. Hasta la noche se quedaron ahí, gritando, cantando, ofreciéndose, amenazando a los oficiales, adulando a los soldados, dislocando las compañías, distribuyendo dinero y promesas. A las ocho de la mañana se levantó el servicio de guardia. Era el fin de la resistencia.

El rey respondió enseguida favorablemente a las mujeres, pero pidió la noche para responder a los políticos. Preisionado por los diputados, el rey dio su consentimiento a la *Declaración de los derechos* y a los artículos constitucionales ya votados. Mounier llevó triunfal la noticia a la Asamblea. Con la medianoche lluviosa y oscura llegó el ejército parisino. La Fayette se presentó en el castillo respondiendo de sus batallones, del orden y de todo. El rey, haciéndose el que se lo creía, le concedió todo lo que pedía: la guardia personal dejó su sitio a la guardia nacional en los puestos exteriores del castillo, la Corte se retiró, las luces se apagaron, el propio La Fayette se fue a descansar.

Al amanecer, todo dormía. Sin embargo, era el momento peligroso. La noche había sido tranquila por el cansancio de los amotinados. En cuanto salió el sol, redobles de tambor los agrupan, más amenazadores que nunca. Los pasos hacia el castillo están abiertos y desiertos. En nada invaden los patios, derrumban las puertas, penetran en el palacio, llegan hasta los apartamentos de la reina que se refugia en los del rey por un pasillo oculto. La Fayette arregla la cosa un poco. El rey y la reina salen al balcón, solos con sus hijos. Se les aclama, pero comienza el grito “El rey a París”. No hay resistencia posible. El rey está en manos de la guardia nacional, que es una con los clubes: el rey a París. Para evitar males mayores, cede.

Un cortejo grotesco se puso en marcha. Primero, a modo de trofeo, las cabezas sangrientas de los guardias; luego un montón de mujeres, ladrones, soldados borrachos gritando las cosas más obscenas y haciendo los gestos más inmundos; carretas de harina, aparecidas milagrosamente, más soldados; y rodeados de un bosque de bayonetas y picas, la carroza real escoltada por algunos destacamentos fieles y acompañado de un inmenso clamor domina el grito: ¡Viva la nación! Tardaron siete horas en llegar a París. Allí el frenesí. Iluminando. Tirando del cañón. Toda la ciudad en las calles. Los coches no podían avanzar. Pararon, recepción y discurso en el Hôtel de Ville. Por fin, a las nueve y media, la familia real se instala en las Tuilerías, sin muebles. Unos días después la Asamblea también deja Versalles y se instala en París. Los clubes ya tenían sus rehenes.

En la noche del 6 de octubre, nuestra amiga Vigée-Le Brun, su hija Julie y su criada parten hacia Italia. Estarán en la lista de emigrados.

La Asamblea se instaló en el Louvre el 19 de octubre. Mientras tanto, los diputados decretaron que el soberano llevara el título de rey de los franceses; el doctor Guillotin propuso a la asamblea la guillotina; y el conde de Artois, hermano del rey, pidió al emperador Joseph II intervenir en Francia.

Con la instalación de la Asamblea en París, el Club Breton buscó nueva sede. El grupo había crecido considerablemente. Fue ganando en influencia, tras Sieyès, se abrió a personalidades y se transformó en *Société des Amis de la Constitution*. Al dejar Versalles, el club se instaló ese mismo día en el refectorio del convento de los Jacobinos de la calle Saint-Honoré. Al club se añadieron Barnave, Duport, Lafayette, Lameth, Mirabeau, Talleyrand, Brisson, Robespierre. De grupo de reflexión de la época iba a pasar a cenáculo revolucionario donde ponerse de acuerdo antes de las reuniones en la Asamblea. Todo iba a ser consensuado allí antes de llevarlo a votación. Más moderados al principio, se fueron radicalizando a la vez que la revolución. Allí se habló de todo lo que ocuparía el último trimestre de aquel año; la institución de la ley marcial; la elección de Camus como presidente de la Asamblea nacional constituyente; la prohibición provisional de pronunciar votos de religión; la nacionalización de los bienes del clero, puestos a disposición de la nación; la prohibición a los diputados de ser ministros; la propuesta del

doctor Guillotin de la nueva máquina para los condenados a muerte; la anexión definitiva de Córcega a Francia; la ley sobre las municipalidades o la democracia local sobre el principio de la elección por el pueblo de sus representantes; la creación de billetes sobre la venta de los bienes nacionales, fundamentalmente de las comunidades religiosas; algunas municipalidades aprovecharon para reclamar antiguos caminos que habían sido anexados a las tierras de los señores; el decreto de la división de Francia en ochenta y tres departamentos; y el acceso de los protestantes a la ciudadanía.



CAPÍTULO VIII

El teatro comenzó a hacerse con la política. El 14 de julio de 1789, cuando el espectáculo se representa en la calle, Talma, como muchos comediantes, se hizo ciudadano en las filas de la Guardia nacional. Los teatros permanecieron cerrados más de diez días, y fueron los primeros lugares estratégicos en caer en manos de la Comuna insurrecta de París.

Pablo de Olavide llevaba esos días una actividad frenética. Todas las sesiones de la Asamblea le interesaban, también las reuniones de la comuna de París, los clubes, la calle, los salones, las cenas y los teatros. En la Comédie Française se esforzaron por adaptarse a la situación y a las ideas nuevas: rebautizaron su teatro con el nombre de Théâtre de la Nation; depositaron veintitrés mil libras en la mesa de la Asamblea para cooperar en el socorro a la patria; dieron dos funciones a beneficio de los pobres; otra para la caja de los guardias franceses. Había que tener cuidado, pues, cualquier obra con ideas demasiado avanzadas podría arrancar manifestaciones y contra-manifestaciones. De ahí que Olavide aconsejara a Talma y a su espíritu revolucionario andarse con pies de plomo. Tras la toma de la Bastilla los comediantes se diferenciaron en Negros y Rojos, entre estos últimos, Talma, Vestris y Dugazon.

Desde la reapertura de los teatros el 21 de julio, fueron unos días históricos; la agitación reinaba en la calle, en la sala, entre bastidores.

Marie-Joseph Chénier había tomado la palabra en la tribuna de la Commune el 23 de agosto de 1789 para decir que sus intenciones eran las de un buen ciudadano. Llevaba un año luchando contra la censura. El dramaturgo, con apenas veinticuatro años, había terminado su *Charles IX* en el verano de 1788, obra recibida en la Comédie Française el 2 de septiembre, pero la censura se cebó con él. Con la apertura de los Estados Generales, el dramaturgo creyó ver su ocasión y publicó contra la censura ante la opinión pública, con un mes de intervalo, *De la liberté y Dénonciation des inquisiteurs de la pensée*. Más agresivo que nunca, supo ocupar el espacio y el tiempo de los lectores con su buen olfato del poder de la publicidad. La toma de la Bastilla no levantó la prohibición que pesaba sobre su obra y se dejó señalar con un discurso a la Comuna. El 19 de agosto, cuando representaban *Éricie ou la Vestale*, de Dubois-Fontanelle, un drama contra el fanatismo religioso prohibido durante tiempo en la capital, estando el actor Fleury en escena, fue interrumpido por las voces que pedían *Charles IX*. El público se hizo con el poder. Al día siguiente, fueron al Ayuntamiento de París, pero Bailly se mostró timorato.

Con los ánimos eufóricos por la intervención de Chénier en la tribuna, mi marido, que estaba sentado junto a Olavide y Talma, al terminar la sesión en la Asamblea, decidió invitar a todos a terminar la noche con una cena en

la Malmaison. Acudieron varios carruajes con más de una docena de jacobinos, entre ellos Mirabeau, Chapelier, Desmoulins y Danton. Talma llegó con la versión arreglada después del 14 de julio y con el subtítulo *L'École des rois*. Entre el vino, las voces y el entusiasmo, hicieron una lectura de la obra en el mismo comedor, con la mesa sin retirar. Danton aseguró que, si *Figaro* mató la nobleza, *Charles IX* mataría la realeza. Presionaron mucho y era ya tal escándalo la censura que estaba sufriendo la obra que durante los meses de septiembre y octubre se fue reblandecido tanto que la prudencia del Théâtre de la Nation se vio sorprendida anunciando la primera representación para el 4 de noviembre. Los clubes se lo tomaron como una victoria más, aunque los comediantes se preguntaron si la evocación de la Saint-Barthélémy y de un rey de Francia cargando sobre sus súbditos no representaría algunos peligros para ellos. Sin embargo, la pieza fue ensayada para pasar a escena en otoño. El papel de Charles IX, rechazado por el actor Saint-Fal, quien prefirió hacer de rey de Navarra, era el joven Talma quien iba a interpretarlo.

La noche del estreno, Olavide estuvo con él entre bastidores. El traje de terciopelo, el cuello bordado, la corona sobre su pelo rizado, la espada, todo le pesaba. Se mezclaban el sudor y el miedo. Nunca se había visto un actor de tragedia tan joven. Se esperaba la presencia de Mirabeau y de Desmoulins. El público calló en el momento en que tenía que ordenar con crueldad masacrar a sus súbditos. Pablo le había aconsejado; tenía que interpretar un Charles shakespeariano, olvidarse de la tristeza majestuosa ra-

ciniana en pro de la melancolía mórbida del poeta inglés. Esa debía ser su baza. Un cuerpo débil frente a los emblemas del poder. Sutilmente hacer al hombre conmovedor y el sistema odioso. Hubo mucho jaleo. Olavide estaba junto a Molé, a Dugazon, a Julie. Talma fue ovacionado. El actor salió, el autor también. Fue un día tan importante como el del estreno de *Le Mariage de Figaro*. En la sala, Mirabeau gritó su entusiasmo, et Camille Desmoulins exclamó que esta pieza arreglaría mejor nuestros asuntos que las jornadas del mes de agosto. Los importantes ingresos confirmaron el éxito de la obra. La tragedia se hacía nacional sin dejar de manifestar valores monárquicos. Evolucionó cuando Chénier puso en escena esta obra sobre un mal rey que llegó a cargar contra sus súbditos. Los valores monárquicos entraron a partir de entonces en contradicción con los valores nacionales, y la representación de *Charles IX* apareció como un acto revolucionario, cuando formalmente la pieza reproducía el cuadro de las tragedias de Corneille y de Racine. Informado el rey, éste esperó a más de veinte representaciones para decidirse, pero su floja intervención no surtió ningún efecto. Además, sus agentes, los gentilhombres de la cámara, perdieron sus poderes sobre los comediantes; a partir de ahora la Comédie Française dependería del ayuntamiento de París. Siempre inquietos por el escandaloso éxito, los socios espaciaron cada vez más las representaciones hasta pararlas a pesar de las protestas de Talma.

En la trigésimo-tercera representación, la iglesia prohíbe la pieza, y en la trigésimo-cuarta el público seguía corriendo

para entrar en la sala. Al oírse en la escena “Escuchar a sus súbditos es deber de un rey”, la sala se venía abajo por la ruidosa aprobación del público; y todo era euforia cuando llegaba: “Estas tumbas de vivos, esas bastillas horribles se derrumbarán entonces bajo las manos generosas”.

Talma sabía que se es actor cuando se tiene sobre los demás hombres el privilegio de saber que lo que debe dar impresión de verdad no debe ser verdad. Esa era la psicología del actor y, sin duda, la moral del comediante. Había que ser un virtuoso de la hipocresía y de la mentira. El viejo mago conoce su mundo, sabe lo que debe producir ese efecto, y también siente odio hacia ese mundo que debe poner a sus pies. Todo seductor menosprecia a quien le escucha. Talma comprendió el secreto celosamente guardado del comediante: lo que debe ser tomado por verdadero, sobre todo no debe ser verdad. Para hacer que sea más verdad, el comediante debe saber por encima de todo que es falso. El buen comediante, el maestro de ilusión, es el que hace pasar por cierto lo que sólo es mentira. Un éxito inmenso le coronó. Le llamaron “el revolucionario” y sus compañeros rehuyeron actuar con él. Francia era el teatro y él era el actor de la revolución.

En el salón de los Talma, la conversación del teatro y del éxito seguía, pero a Julie le interesaba más la política que allí se discutía. Para ella, los autores hacían textos siempre nuevos, pero nunca originales. Se desgastaban pronto, como se iba desgastando la relación entre los dos. Ella quería más pasión y se la dio la política que se vivía en su casa. Danton y Desmoulins ya eran asiduos.

Talma se hizo partisano de la revolución. Con el asunto *Charles IX* en 1789, un cisma se abrió en el seno de la compañía entre partidarios de Talma y la mayoría de sus compañeros, que siguieron fieles a la concepción monárquica del actor. Así nació el Talma actor militante, servidor del pueblo para quien el compromiso con el sistema social constituye el fundamento de su acción. Olavide le hacía ver el potencial político de la tragedia, el potencial político del actor. Por su contacto con los filósofos, Talma, el actor militante al servicio del pueblo, se dejó encajar en los comités y los clubes revolucionarios con los que estaba en constante relación.

Apenas mes y medio después de *Charles IX*, antes de Navidad de 1789, la propuesta de Clermont-Tonnerre para intentar hacer adoptar sin moción, la cuestión de los accesos de los comediantes y los judíos a los empleos públicos, muchas veces rechazados, era apoyada por Robespierre, Duport, Mirabeau, Barnave. En contra, los oradores del clero con el voto negativo del abate Maury. Baumetz los defiende. Era 21 de diciembre, y Mirabeau y Sieyès hablarían de ciudadanía y de teatro. Rœderer subiría a la tribuna a reclamar para los actores los derechos del hombre y del ciudadano. La función pública estaba entonces rigurosamente prohibida a los comediantes. No podían en ningún caso hacer acto de ciudadanos. La iglesia les negaba los sacramentos. Rœderer dijo en favor de ellos: “Reclamo para una clase de ciudadanos rechazados de todos los empleos de la sociedad, que tiene su interés y su importancia. Hablo de los comediantes. Creo que no

hay ninguna razón sólida, ni en moral ni en política para oponerse a mi reclamación". Clermont-Tonnerre apoyó a Roederer y propuso la fórmula de un decreto que decidió que ningún ciudadano que reuniera las condiciones de elegibilidad podía ser retirado del cuadro de elegibles, ni excluido de ningún empleo público por razones de profesión o de culto y, al día siguiente, en un impresionante discurso, defendió la moción que había presentado. Combatía con energía el injusto prejuicio establecido respecto a los comediantes y solicitaba a la Asamblea ennobecer los espectáculos en lugar de mancillarlos y hacer de éstos una escuela de costumbres y de patriotismo. El 23 de diciembre fue el turno de Robespierre quien intervino en favor de los comediantes con la energía que acostumbraba.

El abate Maury los insultó gritando que la exclusión de los comediantes honraba al pueblo que la había concebido. Dolidos por tan injustas palabras, los comediantes protestaron ante la representación nacional. Fueron los de la Comédie Française los que se encargaron de defender el honor de la profesión y al día siguiente entregaron al presidente de la Asamblea una carta fechada en París, el 24 de diciembre de 1789 dirigida a *Monseigneur*. Los Comediantes franceses ordinarios del rey, que en ese momento ocupaban el Teatro de la Nación, depositarios de las obras maestras de la escena francesa, osaban suplicar calmar su inquietud. Instruidos por la voz pública de que habían sido elevadas, en algunas opiniones pronunciadas en la Asamblea Nacional, dudas sobre la legitimidad de su estado, suplicaban *Monseigneur* instruirles si la Asam-

blea había decretado algo al respecto, y si había declarado su estado incompatible con la admisión de empleos y la participación en los derechos de los ciudadanos. Los hombres honrados podían enfrentarse a un prejuicio, pero nadie puede enfrentarse a un decreto ni siquiera el silencio de la Asamblea Nacional sobre su estado. La carta terminaba con el homenaje y el don patriótico, con el deseo más formal de no emplear jamás sus talentos más que de una manera digna de ciudadanos franceses y que se sentirían felices si la legislación, reformando los abusos que se habían introducido en el teatro, se dignara tomar un instrumento de influencia sobre sus costumbres y sobre la opinión pública. Firmaban el texto los Comediantes ordinarios del rey.

Lo cierto es que la opinión pública había criticado que los contratos en la Maison de Molière se hacían como si fueran sus caballerizas donde metían a sus yeguas. La carta no gustó a los adversarios de los comediantes y el abate Maury manifestó su extrañeza al ver que los actores osaban escribir al presidente, añadiendo que era la última indecencia de éstos permitiéndose la licencia de tener correspondencia directa con la Asamblea. Lo que le valió al abate una llamada al orden y este incidente dio lugar a un violento tumulto pues numerosos diputados pretendían que el presidente traspasaba sus competencias llamando al orden al abate sobre dicha cuestión.

Mirabeau aportó entonces su elocuencia en defensa de los judíos, de los protestantes y de los actores. Recalcó que ninguna ley había declarado infames a los comediantes,

sino que, al contrario, los Estados generales de Orléans les habían prometido mejorar su suerte. Añadió que algunas provincias ya habían eliminado el prejuicio que solicitaba abolir y citó uno de sus colegas, diputado en Metz, cuyos poderes habían sido firmados por dos actores.

Por más que el abate Montesquiou se esforzó en mancillar, se pidió cerrar y votar el decreto de la Asamblea nacional por el que, primero, los no católicos que reunieran todas las condiciones prescritas en los precedentes decretos para ser electores y elegibles podrían ser elegidos en todos los niveles de la administración sin excepción. Segundo, que los no católicos estaban capacitados para todos los empleos civiles y militares como los demás ciudadanos; sin cambiar nada en relación a los judíos, sobre los cuales la Asamblea nacional se reservaba pronunciarse. Además, no podría oponerse a la elegibilidad de ningún ciudadano si los motivos de exclusión no eran los resultantes de los decretos constitucionales. Era la victoria puesto que, como había dicho Mirabeau, no habiendo declarado ninguna ley a los actores como infames no había motivo alguno de exclusión resultante de decretos constitucionales. El *Tiers* constituía la Asamblea, lo ganaban todo, eran mayoría e imponían su voluntad. El pueblo bailaba de alegría y en su alegría inventó la palabra aristócrata y decía de una persona que tenía “las formas aristocráticas” lo que era una profunda injuria. Cada uno de los principales aristócratas recibió un nombre burlesco. Los comediantes, aún heridos por los insultos sufridos, no eran los últimos en dar rienda suelta a su ironía.

En 1789, los enemigos de la Revolución, irritados con el patriotismo del ejército y desesperados esperando con su ayuda machacar al pueblo, imaginaron otros medios. Fue la guerra civil, el hambre y el asesinato. Castillos y abadías, repletos de provisiones, mientras que en las casas pobres faltaba el pan. Algunos pobres que cogían fruta y legumbres en las tierras de sus señores fueron ahorcados. Enviados del rey recorrían los campos, juzgaban a los campesinos a su paso y los hacían ejecutar inmediatamente. En Rouen, como en todas partes, el pueblo hambriento pedía pan. Bordier, comediante de profesión, fue encargado para las subsistencias. En compañía de Jourdain, condujo el motín y descubrió inmensos almacenes de trigo que dio a los que morían de hambre. Los aristócratas hicieron de él su más famoso bandido. Lo cogieron y ahorcaron.

Aquel año de 1789 terminaba con una gran lección para todos. Desde julio, cuando se destituyó a Necker, Camille Desmoulins, entre otras manifestaciones, había solicitado el cierre de los teatros. Entonces la multitud invadió los teatros, se reunieron en las salas exigiendo el cierre, mientras que espectadores y actores se retiraban entre dos filas de ciudadanos. Y es que el pueblo poseía un sexto sentido, la Política.



CAPÍTULO IX

*L*a luz caía alegre desde los altos ventanales sobre la gran sala del artista. El sol de septiembre inundaba el espacio diáfano del taller veintinueve del Louvre, donde trabajaba David. Bajo las dos alturas de ventanas, colgaba el *Les licteurs rapportent à Brutus le corps de ses fils*, una obra pintada el año de antes, presentada al Salón, a pesar del conde Angiviller, gobernador de la exposición en ese momento, quien el 11 de agosto de 1789 mandaba comunicar al célebre David, de parte del Rey, la prohibición de exponer un cuadro de su composición representando los dos hijos de Brutus, inmolados por su padre por el bien de la patria. Al día siguiente, el periodista Feydel lanzó una campaña agresiva en la prensa contra dicha censura. El efecto disuasivo le permitió al artista presentar el cuadro a pesar del tema. Ahora, ambientaba, con todo lo sublime de la ferocidad, el espacio de trabajo del pintor.

A la izquierda, en el muro de la esquina, en lo alto de una repisa corrida a lo largo de toda la pared, alineados, estaban todos los bocetos y estudios para el *Serment du Jeu de Paume*, que la Asamblea acababa de encargarle.

En el lado opuesto del taller, en la esquina derecha, la luz llegaba matizada y se distribuía entre los pliegues blancos de una sábana, abombada a modo de tibio lecho re-

cién deshecho, y el azul de Prusia de un rico paño cayendo indolente al suelo. En medio, una joven posaba desnuda sentada tímidamente de medio lado en la esquina de la cama, mostrando su vientre y sujetándose la melena con el brazo para, a la vez, recoger en la sombra el pecho fuerte y los labios carnosos.

David la pintaba a trazos largos y negros. Era Teresa Cabarrús quien posaba de Campaspe, un encargo de Le-peletier de Saint-Fargeau, su amante, quien la observaba orgulloso de pie detrás del pintor, con una gran estola en el brazo para cuando la joven se cansara. Louis-Michel Le Peletier de Saint-Fargeau tenía treinta años, casi el doble de Teresa. Acababa de ser nombrado presidente de la Constituyente. Aunque marqués, fue él quien, dos días antes de su nombramiento, pidió la votación de la supresión de los títulos de nobleza.

Dieron las doce en los relojes del taller. La joven se lió en el manto y desapareció tras el biombo. David echó una sábana sobre el caballete. Esperaba visita. Cuando se despedían, se acercaban, por el pasillo del Louvre, Pablo de Olavide, Talma y el joven Labussière que los acompañaba. Los saludos del grupo fueron amistosos y efusivos.

—Ciudadano Olavide, qué alegría verle. Ya nos íbamos, pero espero que Teresa nos proporcione una buena ocasión para conversar. Usted, me ha interesado siempre, pero su opinión me interesa ahora más que nunca. Sus consejos pueden ser útiles al presidente de la Asamblea.

—Encantado, señor Lepeletier de Saint-Fargeau, será un placer. Mientras tanto, cuide bien de la señora que

lleva del brazo, es lo mejor que tenemos de España en este país. ¡Cuídenosla!

Teresa posó un afectuoso beso en la mejilla de Olavide, y se despidió con un abrazo grande, encantada de haber vuelto a encontrarse con Talma y su amigo.

Entrando en el taller y viendo al frente el *Brutus*, Olavide no pudo menos que hacer observar a todos que era el mismo héroe de la libertad que inspiró la pieza de Voltaire, pero que no comprendía porqué aquella censura de la Academia; la sombra que cubría el personaje del cuadro le hacía enigmático, lo mismo había querido el artista un modelo de virtud que un monstruo de fanatismo. David se limitó a responder que todos habían exagerado, pero que indudablemente era una respuesta a la revolución. Dirigiéndose a la pared izquierda, dijo que su verdadera obra sobre la nueva situación política era el *Serment du Jeu de Paume*. Les mostró los bocetos: Bailly con la mano levantada como alegoría viviente del juramento; la multitud de diputados expresando todos los matices del entusiasmo. Otros bocetos representaban al pueblo que los aclamaba. La pintura de historia se ocuparía ahora del presente político. Otros presentaban los cuerpos desnudos porque, decía el autor, el ideal pasaba por la desnudez. Todos admiraron lo que sería en un futuro el *Serment*. Cada vez estaba más cerca su ejecución; la Asamblea lo había encargado, y ahora acababa de pronunciarse el Club de los Jacobinos como patrocinador.

—Vayamos a nuestro vestuario, dijo David en un acto de humildad no queriendo recrear a sus amigos en su obra.

Mientras se dirigía a una gran carpeta apoyada contra la pared, Talma pidió permiso para curiosear y levantó la sábana que cubría el caballete.

—¡Hermosísima!

—Es Campaspe, dijo el pintor.

—No creo que consiga hacer posar a Le Peletier para su Apeles, dijo Talma.

Hubo carcajadas en el taller. Habían venido a llevarse un boceto del traje que llevaría Talma para representar a Brutus que estaría en escena en dos meses. Talma, como David, cada vez más imbuido por los cambios políticos, estaba dispuesto a asumir su personaje como compromiso con la Revolución.

La coloración política marcaba cada vez más el salón de los Talma, donde la elocuencia de Mirabeau prendía los espíritus. Oradores, artistas, literatos, todos partisanos entusiastas de los nuevos principios de libertad e igualdad, discutían con pasión. Julie soñaba con conseguirle amistades a su joven amante. Desde 1789 su círculo se componía de los que luego se llamarían Girondinos, diputados de la Gironde, y hombres de espíritu como Vergniaud, Louvet, Roger-Ducos, Roland, Condorcet y científicos y literatos como Marie-Joseph Chénier, Lemercier, Souque, Riouffe, Chamfort y los artistas David y Garat.

A primeros de ese año de 1790, los decretos de diciembre se pusieron en marcha; y la decapitación como único modo de ejecución, a propuesta del doctor Guillotin. A finales de enero, los judíos sefardíes obtuvieron sus derechos de ciudadanos activos. En febrero, la Asamblea decidió

abolir los votos monásticos y la supresión de las órdenes y congregaciones regulares que no se dedicaran a la educación pública y la caridad; en cuanto al ejército, los grados militares dejaron de estar reservados a los nobles. En marzo, el papa condenó el texto de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Y el 30 de abril, se instituyeron los tribunales con jurado.

Faltaban tres días para terminar abril cuando se habló de la fundación del *Club des Cordeliers* por Danton, Camille Desmoulins, Fabre d'Églantine, Marat, Hébert, Roux, Chamette, Ronsin, Chabot. En realidad, era la *Société des Amis des droits de l'homme et du citoyen* que se reunía en el convento des Cordeliers, de la orden de los franciscanos —por esas cosas de la vida, en la Edad Media, rivales de los dominicos o jacobinos. Se definieron como controladores de la asamblea, con mirada siempre crítica, también dispuestos a ayudar a los indigentes. La entrada era libre, frente a los jacobinos que sí exigían cotización, una bandera en el suelo servía para recoger los donativos. Su símbolo era un ojo abierto, vigilante revolucionario. Más próximos de las clases populares que los jacobinos, tuvieron papeles muy activos en insurrecciones bajo la constituyente, la legislativa o la Convention. Defendieron las aspiraciones de la población obrera del faubourg Saint-Antoine, mediante la agitación democrática, el control de la aristocracia, de las administraciones, a través de encuestas, de suscripciones, peticiones y manifestaciones.

Como David, Jacques-Jean Le Coulteux, mi marido, Condorcet, Laclos y André Chénier eran masones, como

la mitad de los diputados del *Tiers-État*, el treinta por ciento de los nobles y el diez por ciento del clero. Los adeptos del culto de la Razón y de la Libertad jugaron un papel mal definido que no les trajo suerte y muchos serían víctimas poco después. Con la revolución, las redes políticas, articuladas por las logias y lo ámbitos financieros se veían en los clubes de principio de la revolución, alrededor de Sieyès y de la corriente orleanista: El *club de Valois*, y luego la *Société de 1789*.

En la *Société de 1789*, en el *Club des Feuillants*, Suard, los Le Coulteux, Olavide, Roucher de Pange, los hermanos Trudaine y otros seguían viniendo a escuchar la voz elocuente y a sentir la impresión que sobre sus corazones dejaban los discursos del poeta André Chénier. En la primavera de 1790 éste volvió definitivamente a París. Chénier está por una monarquía constitucional, convicción que le fue nefasta y que le opuso a su hermano Marie-Joseph comprometido con la Revolución. André, inscrito en *les Feuillants* con su amigo Trudaine y Pange, manifestó un verdadero compromiso y participó en los movimientos revolucionarios de 1790. El joven poeta fue el autor del periódico de la *Société de 1789* y colaboró en el *Journal de Paris*, órgano constitucional que condenaba el exceso en la Revolución. En él expresó su oposición a los jacobinos estimando que mientras existieran no habría que contar con tener un gobierno sólido y durable porque entre estos, decía, “cualquier cosa absurda es admirada con tal de que sea homicida, cualquier mentira es acogida con tal de que sea atroz”.

De tal modo que nuestros amigos se iban decantando en varios clubes y formas de compromiso político.

Julie se debatía entre el miedo a la represión sobre los actores que pudiera sufrir Talma y su gran fiebre política que alimentaba cada vez más en su salón. La relación de las gentes del teatro con la política había traído bastantes problemas. Algunos artistas habían conocido ya los rigores de la cárcel durante el Antiguo Régimen; la señorita Cliron, en la vigésima representación del *Siège de Calais* se había negado a interpretar y por ello fue encarcelada en Fort l'Evêque. La humillación le hizo dejar el teatro y Francia y sólo volvió con la revolución cuando la escena se transformó en un púlpito político. La política revolucionaria se había acentuado en 1789 con *Charles IX* de Marie Joseph Chénier y cuando Talma retomó la tragedia incluso provocó antagonismos y escisión entre los Comediantes franceses. *Le Réveil d'Épiménide*, un acto de Carbon-Flins, representado en el Théâtre Français el 1 de enero de 1790, inició la serie de ataques directos, aunque siendo una oposición decente y mesurada. Ese año se representó también el *Philinte de Mollière* o la *suite du Misanthrope*, de Fabre d'Eglantine, antiguo actor ahora poeta. La representación fue el 22 de febrero de 1790 en el teatro de la Nación y resultó muy tormentosa. Al principio el éxito fue dudoso, luego, como ocurriera con *Charles IX*, atrajo la multitud a la Comédie. También se representó *les Rigueurs du Cloître* de Fiévée y *les Dangers de l'opinion* de Laya. La obra proponía hacer desaparecer el prejuicio cruel que mancillaba por culpa de un único hombre las familias e incluso generaciones enteras.

Después del cierre por Pascua, el 27 de marzo de 1790, la reapertura de los teatros tuvo lugar el 12 de abril. En el teatro de la Nación, Talma, el más joven de los socios, es encargado de dar el discurso de apertura. Él le ha pedido a Marie-Joseph Chénier que lo redacte. Sería un texto revolucionario de gran violencia y rechazado por los comediantes, los cuales encargan el discurso a Naudet. Pero los espectadores están al corriente del asunto pues el texto de Chénier ha sido publicado y Naudet oye las interacciones por todas partes y no puede hacerse oír. Poco después, Chénier, Danton y Mirabeau insisten en que *Charles IX* sea retomado ante los federados provinciales que pasarán por París con ocasión del 14 de julio. Los comediantes se oponen y sospechan que Talma está detrás de tales acciones. El joven trágico irrita con su éxito. Los antiguos hacen volver al actor Larive para oponer a Talma un competidor célebre. Un día de finales de julio de 1790, la sala entera se levanta y reclama *Charles IX* y a Talma.

—¡Tal-ma! ¡Tal-ma! ¡Ché-nier! ¡Ché-nier!

Naudet que estaba en escena en ese momento dice que no se puede dar la representación porque dos de sus intérpretes estaban enfermos. Talma saltó a escena y afirmó que se podía representar, que Madame Vestris era una patriota y que el papel de Saint-Prix podía ser leído por alguien. Aclamación entonces. Se obliga a representar la obra, pero los comediantes se reúnen y deciden casi unánimemente la expulsión de Talma. Larive se había dirigido al público para explicar que Talma había traicionado a los socios. En ese momento intervino Dugazon para

declarar que eso era falso. Tumulto en la sala, las butacas fueron pulverizadas. En la compañía, la efervescencia está en su colmo. Bailly, el alcalde, exige la reintegración de Talma y como los comediantes lo rechazan ordena el cierre del teatro. Los comediantes se ven obligados a ceder y Talma es readmitido y *Charles IX* de nuevo en cartel. Pero la compañía ya está dividida entre revolucionarios y monárquicos. Sin embargo, la calma vuelve y nada deja pre-sagiar el catastrófico año siguiente.

Desde que la comuna de París se había hecho con la discusión sobre las cosas de interés público, los teatros habían retenido sobremanera su atención. Había nombrado unos miembros encargados de conocer su estado y sus necesidades. Un informe fue leído en asamblea general. Se preguntaban si los espectáculos eran propiedad de la ciudad y si la autoridad municipal tenía sobre ellos otros derechos que no fueran la inspección exterior. ¿Podría autorizar o prohibir que se estableciera un nuevo teatro? Era una cuestión que apasionaba en ese momento. Quatremère de Quincy escribía que el derecho de representar sobre un teatro o establecerlo pertenece a la municipalidad. El rey, por su parte, decidió que no quería ya saber nada de la Ópera. De modo que, cuando todos pensábamos que volvíamos a ver teatro, éste tomó una nueva forma. El teatro sería una tribuna donde expresar las reivindicaciones de la nueva filosofía, una escuela donde formar al público en la moral de las Luces, un lugar de sagrальность laica en concurrencia con el púlpito religioso. Quería liberarse de las amarras formales e ideológicas,

para hablar a cada uno de los problemas de la vida concreta que son los suyos. Conquistar una verdad, una autenticidad que la tradición restringía a la vez en la elección de los temas, en el lenguaje, en la puesta en escena y en la interpretación de los actores. El drama quería llegar al público, se dirige a su emoción para hacerle tomar conciencia y actuar como actor de la opinión pública. La Revolución dio el golpe decisivo al sistema de los géneros. Suprimió el monopolio y el reparto autoritario según las salas, hizo a los actores ciudadanos con todas las de la ley y a los autores propietarios de sus obras literarias. Se crearon entonces unas tragedias nacionales que alababan los buenos reyes y estigmatizaban a los malos. No faltaron los dramas oscuros sobre temas religiosos ni las comedias satíricas como *Le Jugement dernier des rois* de Sylvain Maréchal, y las tragedias clásicas de tema antiguo que mostraban la continuidad de esta inspiración.

En 1790, Talma reclama los derechos de ciudadano, quería que la revolución otorgara a los actores sus derechos jurídicos y políticos. Él se ocupaba de su ciudad con ese natural que uno pone para hablar de sus asuntos; porque, ya se sabe, los asuntos de Roma eran un poco los de César. Talma vio como el párroco de Saint-Sulpice le rechazó el sacramento del matrimonio con el pretexto de que era actor. Por más que le ordenó que bendijera su unión como la de todo ciudadano, fue en vano. Y el 12 de julio de 1790, ante la Asamblea, reclamó la protección de la ley constitucional, mediante la petición siguiente: “He elegido una compañera con quien quiero unirme por

los lazos del matrimonio. Mi padre me ha dado su consentimiento. Me he presentado ante el señor párroco de Saint-Sulpice, para la publicación de mis amonestaciones. Después de un primer rechazo le he mandado una orden por actos extrajudiciales. Ha respondido al ordenanza que había creído prudente señalarlo a sus superiores; que le han recordado las reglas canónicas a las que debe obedecer y que prohíben el sacramento del matrimonio antes de haber obtenido por su parte una renuncia a su estado". Talma, orador de una diputación, interpretó uno de los papeles más importantes en la historia de la Revolución.

Por su parte, Olavide no había vuelto a utilizar el falso título de conde, pero ya en 1790 tuvo que retomar el papel de víctima de la inquisición al participar en la famosa "Delegación de proscritos" de Anacharsis Clootz que había conducido ante la Asamblea Constituyente para pedir que se les reservasen un lugar durante la celebración de la Fiesta de la Federación. Clootz informó a un periodista que él mismo se presentó con Olavide y Trenck, las ilustres víctimas de la Inquisición y del despotismo. El Conde de Pilos, convertido ahora en ciudadano Olavide, participó de los aplausos con que el 19 de junio de 1790 se acogió a la delegación de extranjeros al entrar en el recinto de la Asamblea Constituyente, presidida por Menou. Vio subir al altar de la patria al obispo de Autun, Talleyrand, ceñido de banda tricolor, y probablemente le conmovería esta reconciliación simbólica de la nación, la libertad y la fe.

El 14 de julio de 1790, la alegría popular surgió espontáneamente de noche sobre el terreno de la antigua Bastilla.

Durante la fiesta de la Federación, Talleyrand había celebrado una misa en el altar de la Patria en los Campos de Marte ante trescientos mil espectadores, después La Fayette pronunció, en nombre de los Federados de todos los departamentos, el sermón que une a todos los franceses entre ellos y a los franceses con su rey para defender la libertad, la constitución y la ley.

Federaciones locales y regionales de la guardia nacional llenaron el Campo de Marte, preparado desde el primero de julio. Se montaron elevaciones para crear un circo como en la antigüedad. Capacidad para cien mil personas. Altar dedicado a la Patria. Desfile de doscientas cincuenta mil personas. En la École Militaire, el rey bajo un capitel. En la otra punta, un arco de triunfo que daba al Sena. Misa de Talleyrand con trescientos sacerdotes. Lafayette jura, en nombre de la guardia nacional, fidelidad a la nación, a la ley y al rey. El Presidente de la asamblea es entonces Charles de Bonney. Se abrazan a Louis XVI. La revolución se caracteriza finalmente por el encuentro del teatro y la fiesta, de la creación estética y la participación militante. El corte entre la sala y la escena es barrido por una participación del público, una confusión de lo real y la ficción, una identificación a veces de los actores y de sus papeles.

El primer aniversario de la toma de la Bastilla también fue celebrado en las salas. La ópera no tuvo función, el teatro de la Nación dio *Zaïre*; el Italiano, *le Chêne patriotique* y *Les deux petits Savoyards*; el teatro de Monsieur, en la foire St-Germain, *Le souper d'Henri IV*; el Palais Royal,

Le diner des Patriotes ou la Fête de la Liberté; L'Ambigu, Paris sauvé; y el Vaux Hall d'Été una reconstitución de la *Prise de la Bastilla*. Las piezas antirreligiosas aparecieron pronto. Cada teatro aprovechaba los vientos de libertad para poner en escena cosas hasta entonces prohibidas. Los primeros fueron los de la Comédie Française que, el 16 de abril, comenzó con *le Couvent*, un acto de Laujon. Había un locutorio y religiosas. La señorita Contat creó el papel de Sor Saint-Ange. El Théâtre italien les siguió. El 23 de agosto dio *Les Rigueurs du Cloître de Fiévée*, una obra con música de Berton, en la que Mme Saint Aubin triunfó con el papel de una joven enclaustrada a su pesar. También dieron *Vert-Vert*, poema de Gresset adaptado al teatro, mezclando oremus con enormes groserías.

Por fin llegó el 17 de noviembre de 1790. Fue una fecha importante, la de un papel decisivo para Talma quien interpretó el tribuno Proculus en *Brutus* de Voltaire. La obra fue retomada y aplaudida a la vez que se crearon *Caius Graccus* o *Timoléon* de Marie-Joseph Chénier. Es el equivalente en el teatro de las grandes telas del pintor David. Talma apareció con los brazos desnudos, los cabellos sin polvos. Roma como antídoto al Antiguo Régimen francés y su iconografía.

Cuando estuvieron en el taller del pintor, dos meses antes, Olavide había dicho a Talma que buscara en los monumentos, visitara los museos, estudiara Poussin. “Fíjate en sus telas, le decía, consulta los manuscritos antiguos; ponlo todo al servicio de tu personaje. Puedes superar a Lekain, él inició la revolución del drama, pero tú

la puedes realizar realmente. Conoce a fondo la Antigüedad". Hablando con David, quien estaba en esa línea de revolucionar la pintura, la revolución estaría bajo el signo de Brutus. Había que mostrar al verdadero Brutus, darle vida auténtica. Había que trabajarla hasta la saciedad, hasta que el personaje se fundiera y se confundiera con Talma, con trabajo y tesón. Talma había entendido que Brutus era el personaje más popular de la historia que se estaba representando en Francia. Los santos laicos eran los cónsules y los tribunos. Todo era un caos. Olavide hablaba con Talma de sus reflexiones sobre el arte teatral y el profesionalismo del artista y hasta qué punto el juego verbal era una técnica indispensable. Un nuevo artista había nacido, una vocación había abrazado a un hombre que seguía un camino que lo llevaba a sobrepasarse. Talma fue la admiración de todos, espectadores, pintores, reyes, emperadores. El rey de la escena podía ser citado como un modelo de valentía en una época en que todo estaba por rehacer en materia de interpretación. Talma reinventó la manera de interpretar y de defender lo natural. Había instaurado una nueva manera de ver las cosas proponiendo interpretar los personajes vestidos según su tiempo. Se impuso en la difícil empresa y barrió todos los inconvenientes, el sarcasmo y las burlas, produjo entusiasmo por su genio.

El Théâtre de Monsieur había inaugurado, el 8 de diciembre de 1789, la costumbre de que aparecieran en los carteles los nombres de los artistas que interpretaban la pieza. Ahora aparecía el nombre de Talma. Varios papeles

le dieron relieve; pero junto a su renombre de artista, la Revolución haría apreciar sus cualidades de ciudadano.

Talma entró en la leyenda. Desde entonces apareció como increíblemente audaz y sobre su elección comenzó a escribirse el mito. La escena teatral proponía así asombrosos contrastes entre las innovaciones en favor de la verdad histórica y los trajes utilizados hasta entonces. Ciertamente Talma no había inventado nada para *Brutus*, asimiló lo que se le decía y supo elegir la Revolución para hacerla realidad. La voluntad de reconstitución histórica se unió a los conocimientos que sobre la Antigüedad se tenía en estos últimos años del siglo XVIII. Nadie podía obviar la puesta en escena de *Brutus* y la composición de David, *Les licteurs rapportant à ses fils le corps de Brutus*, analizándolo como un cuadro viviente. Este papel salvaría más tarde a Talma. David, como él, había buscado las formas esenciales; la reducción radical de los medios de expresión y una acentuación del aspecto conceptual de la imagen; formas geométricas implícitas en la realidad; sus paisajes eran fatalmente paisajes de ideas. Por su parte, Talma no entendía a los actores ni a los directores que desatendían los trajes, los decorados y todos los detalles que completan la ilusión de la escena. Había que dejarse penetrar por la importancia del teatro. Olavide le recordaba que Aristóteles encontraba la tragedia más instructiva que la historia. Los actores deberían tener una más alta idea de su estado, mirarse, en cierto modo, como profesores de historia; con esa opinión de sí mismos, procurarían no exponerse a los reproches que se merecen. Así, el estudio

de la historia no consistía en el simple conocimiento de los hechos. Las costumbres, los usos, los detalles de la vida privada entraban también. Los tiempos pasados no sólo habían sido llenados por reyes y conquistadores, también lo habían sido por los pueblos. También se les representaba en escena, y si por parte del autor era necesaria una cierta fidelidad en el desarrollo de los hechos y de los caracteres históricos, los actores también debían aproximarse lo más posible a la verdad en sus trajes, en los decorados y en todos los detalles del teatro. Darían así una imagen fiel de las costumbres y los progresos de la civilización y las artes en los pueblos.

Talma reconocía que a los jóvenes les gustaba ir a ver, actuar, escuchar hablar a los personajes célebres que les habían sorprendido en la lectura de los historiadores y era un error imperdonable ofrecérselos de forma diferente a como eran, y meterles en la cabeza ideas falsas. Recordaba que, en su juventud, leyendo la historia, los personajes que veía en escena se ofrecían siempre a su imaginación como los actores se los habían ofrecido. Veía a los héroes griegos y romanos en hermosos trajes de satén, bien empolvados, con pelucas; suponía a Agripina, Hermione o Andrómaca arrastrando, en un palacio de moderna estructura, largas colas de vestidos de terciopelo, telas que jamás conocieron ni nuestras hermosas griegas ni nuestras damas romanas. Las veía cargadas de diamantes cuando los diamantes se comenzaron a tallar en el siglo XV. Imaginaba a nuestros antiguos caballeros, tan simples, tan rudos, como marqueses de la corte de Louis XIV. Estas eran,

sin embargo, las ideas erróneas o absurdas que la ignorancia o la indolencia de la mayoría de los responsables de los teatros propagan en el espíritu del público. Una de las causas de ese lujo innecesario en el escenario la mayoría de las veces venía de la costumbre de los señores de dar regalos a los comediantes como muestra de satisfacción de ofrecerles trajes que habían llevado. Así se entendía la confusión en la escena de trajes viejos y de todas las modas junto a otro de última moda. La mezcla más loca reinaba.

El triunfo de la verdad en el traje se encontraba con muchos obstáculos. Había que luchar contra la tradición, contra las costumbres del público, el gusto y la inercia de los comediantes, y contra la coquetería de las actrices. Hasta que llegó Talma. Con un estudio profundo de la historia, operó la reforma del traje y acercó la tragedia a la verdad antigua. Fue la primera vez en *Brutus* y el mejor elogio a su innovación fueron unas palabras, dignas de ser históricas, que se le escaparon a Mlle Contat. Su traje hizo escándalo y aseguró su éxito: la noche del estreno, en medio de sus compañeros en pelucas empolvadas, corazas doradas, medias y trajes de seda, plumeros, diamantes y abanicos, Talma entró en escena vestido de auténtico romano, drapeado con una toga de lana y calzando sandalias, pelo corto, brazos y piernas desnudas. En el momento en que Talma apareció detrás de escena ella se exclamó “¡Parece una estatua!” Sus compañeros no aprobaron la vestimenta, y si le hubiera dado tiempo habría cambiado de traje. Pero después del éxito reveló modestamente que fueron los consejos del pintor David los que le animaron

a tal reforma. Una noche que Talma interpretaba en traje de romano, Madame Vestries que estaba en escena, mirándole de pies a cabeza le dijo en voz baja:

—¡Pero si tiene usted los brazos desnudos, Talma!

—Los tengo como los tenían los romanos.

—¡Pero, Talma! ¡Y sus pantalones?

—Los romanos no llevaban.

—¡Cerdo!

Talma iba a dar el último golpe a la convención. Artista apasionado por su arte, hurgó en la Antigüedad, no desechó ninguna fuente, buscando la verdad exacta para llegar al carácter, reunió una colección de armas, se hizo diseñar trajes por David.



CAPÍTULO X

1791 fue un año decisivo para los Talma. Julie Carreau se casa con él, siete años menor que ella. Unos meses después, Talma dejaría el gran teatro para encontrar asilo en una nueva sala en la calle Richelieu, construida en 1785, y que se llamará Teatro francés de la Libertad y la Igualdad, y luego Teatro de la República. Fue el año de la escisión de la compañía. El actor Marvel volvió de su exilio de diez años en Suecia, pero no buscó su puesto en la Comédie Française, sino que inició relaciones con los directores de un nuevo teatro, en el Palais Royal. El Teatro de la República atrae a los disidentes Talma, Grandmesnil, Dugazon, Vestris, Mlle Degarcins. Allí su rostro parecía una máscara casi de una belleza antigua sobre el que el terror o la piedad se reflejaban uno tras otro, un andar noble y el aire perfecto con el que se drapeaba en su abrigo haciendo revivir Oreste o Nerón a los ojos de los espectadores. Abdélaizis, Néron, Epicharis, Egisthe, Pharan, Otello, Macbeth, allí se representan tragedias clásicas, pero no a la manera del teatro de corte que recuerda a la monarquía y al conservadurismo. La revolución busca sus orígenes legendarios, y la tragedia antigua sirve, ironía de la historia, de modelo republicano de la antigüedad que da pie a un nuevo academicismo. La relectura ciudadana

pasa por el realismo del traje, verdadera revolución escénica. El actor, responsable de su traje, es investido de su misión de historiador en la minuciosidad de la reconstitución histórica. Talma es un actor de su tiempo. El teatro está unido a la historia de la Revolución. El héroe romano tiene su secreto; interés por los demás artes y una sólida cultura clásica. Su gran amigo David le permite legitimar algunas actitudes escénicas. Su interés por la verdad histórica sólo podía nutrirse de investigaciones sobre los artistas neoclásicos.

La Comédie quedó dividida en dos. Talma, para evitar pagar a sus excompañeros pide la disolución de la sociedad, pero no lo consigue, aunque fueron los acontecimientos revolucionarios los que evitarían que dicho pago se efectuase. A partir de ese momento, el Teatro de la República, en el Palais Royal, fue considerado como el teatro de las ideas nuevas, mientras que el Teatro de la Nación, en el Luxembourg, pasará por ser el referente de la reacción y conocerá representaciones tumultuosas a la más mínima ocasión.

El salón de los Talma brillaba. Ella reinaba junto al actor, que se adaptaba a una figura nueva hasta entonces desconocida; comenzaba el verdadero culto a la vedette, inextricablemente ligado al decreto del 13 de enero de 1791 que declara la liberalización del mercado del teatro, pues cualquiera podría obtener el derecho de abrir un teatro, y que lanza una concurrencia desenfrenada. Con el decreto de la Asamblea Nacional, las grandes obras de las que la Comédie Française tenía la exclusividad caen ahora

en el dominio público y la casa va a conocer las dificultades de la competencia, pues en una semana setenta y ocho espectáculos fueron sometidos a la aprobación de las autoridades.

El domingo 30 de enero de 1791 fue gran día en casa de los Talma, en la calle Chantereine, donde todo eran atenciones también porque el más asiduo del salón, Honoré-Gabriel Mirabeau, había sido elegido el día de antes presidente de la Asamblea Nacional. Mirabeau, a pesar de su fealdad, encantaba a Julie, pronto ganada por su elocuencia a la ideología naciente, seducida por palabras mágicas como libertad e incluso igualdad que prendieron su imaginación ardiente. Al almuerzo estaba invitado el abate Grégoire, quien le daba el testigo al frente de la institución. El convite sería un encuentro amistoso entre el presidente saliente y el entrante. El salón de la calle Chanteleine brillaba para Mirabeau, idolatrado por la anfitriona. Esperando la hora de pasar al comedor, los sillones fueron ocupados por los dos diputados; en el sofá, Condorcet, Olavide y David; junto a la chimenea, Talma y el compositor Méhul. Esta vez Talma no recibió a sus invitados togado a lo romano como hacía en algunas de sus veladas. Julie ocupaba una chaise-longue.

El abate Grégoire, quien había estado en el origen de la emancipación de los judíos, acababa de lanzar, con la intención de realizar un profundo informe sobre la lengua francesa, una amplia encuesta lingüística a través de los departamentos para encontrar los medios de acabar con las hablas regionales y universalizar el uso de la lengua

francesa. Todo con el fin de realizar la unidad nacional y evitar los particularismos regionales susceptibles de hacer renacer la ideología feudal. El presidente saliente explicó sus avances, las dificultades que se iban encontrando, todo lo que le hacía temer un gran retraso en la finalización y publicación del informe que no esperaba hasta al menos tres años.

Las felicitaciones llegaron también para Condorcet y Méhul; ambos con un éxito rotundo desde el verano anterior. Condorcet había publicado en el *Journal de la Société de 1789* un ensayo de seis páginas sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía.

—¡Ha hecho usted muy bien, amigo Condorcet, asumiendo la defensa de las mujeres! —le admiró Olavide. Creo que es consecuencia de su rigurosa honradez intelectual, digna del jefe del partido filosófico. Un escrito algo desagradable para algunos, por cierto.

—Ciudadano Olavide, amigo mío, no puedo titubear. Al excluir a las mujeres de los derechos políticos, los legisladores violan los principios del ochenta y nueve, con el descaro de que no se exponen a ser censurados por la mayoría de sus víctimas. Esa es la verdadera tiranía; de igual manera que se despoja al esclavo, quitándole paulatinamente todo cuanto le ha dado la Naturaleza, de igual forma, se excluye a las mujeres, con su tácito consentimiento, de esos derechos naturales que reivindicamos para todos nosotros. Hemos violado el principio de la igualdad de derechos al privar, con tanta irreflexión, a la mitad del género humano del de concurrir a la formación

de las leyes, es decir excluyendo a las mujeres del derecho de ciudadanía.

Julie estaba encantada escuchando a Condorcet. Sentía en ella la fiebre de lo que podrían hacer las mujeres fuera de los salones, instaladas en las tribunas. Talma solicitó entonces a Méhul que tocara al piano algunos de los acordes de su nueva ópera, *Cora*, que se estrenaba la semana siguiente. El público esperaba el día con entusiasmo; su primera ópera, *Euphrosine ou Le Tyran corrigé*, estrenada en verano, había sido un éxito rotundo. Julie se acercó al piano con él y deleitó a los presentes hasta que el mayordomo avisó a la señora. La comida transcurrió comentando la constitución civil del clero y las obligaciones de los eclesiásticos que habían prestado juramento de fidelidad a la Nación, al rey y a la ley. Un juramento obligatorio que rompió la iglesia de Francia en dos cleros rivales. Méhul estaba alarmado con la carta, de 2 de diciembre, del rey Louis XVI solicitando al rey de Prusia ayudarle contra la Revolución. Todos intervenían gustosa y abiertamente, pero cuando se hablaba del rey, Mirabeau, presidente de la Asamblea, callaba y se limitaba a escuchar. Al final de la reunión, el antiguo marqués de Mirabeau se sintió indisposto y Olvide y Talma le acompañaron hasta su casa, no lejos de allí, en la Chaussée d'Antin, donde Julie le tenía alquilado un apartamento de su propiedad.

Olavide conocía desde hacía tiempo la familia Mirabeau. Hacía años que había tenido la ocasión de encontrarse personalmente con su padre, Riquetti de Mirabeau, y de seguir las ideas de su *L'ami des hommes ou Traité de*

la population para aplicar en las nuevas poblaciones de Sierra Morena las ideas sobre la distribución espacial de la población y su dispersión por los campos; la importancia de la política sobre la población para generar riqueza.

Unas semanas después, en primavera, Roma reaccionó contra la revolución. La iglesia se dividió en traidores a Roma, los constitucionales, y traidores a la Nación, los refractarios. El 10 de marzo, bula *Quod Alicantum*, el papa rechaza la constitución civil del clero como cisma y herejía, y recuerda a Louis XVI el juramento del Sacro. Cinco días después, ruptura de relaciones diplomáticas entre Francia y la Santa Sede. El nuncio en París es llamado a Roma.

Lo más duro fue la muerte de Mirabeau. El 29 de marzo, Talma pasó la noche junto al lecho del moribundo atacado de unas fiebres repentinas. El 1 de abril, el rey le esperaba en las Tuilerías, pero se puso peor. El 2 de abril de 1791, muere Mirabeau. Los consejeros de la Corte serán Barnave, Duport y Lameth, amigo de Teresa Cabarrús. El salón de los Talma estaba consternado. El político llevaba ya varios días agonizando en su casa del barrio de la Chaussée d'Antin, a escasos metros de la de Julie Carréau. Tres días llevaba el pueblo en la calle, algunos esperando en el patio, otros en la misma escalera y, los que podían, a la puerta del dormitorio del enfermo, esperando los partes médicos cada vez más desesperanzadores. Ese día los teatros cerraron. Dos días después, el lunes 4 de abril, todos acompañaron los restos del amigo hasta el Panteón. En la cabeza del cortejo, Julie, embarazada y

cansada. La Asamblea al completo asistió a los funerales. Todo ocurrió rápidamente, ese mismo día, la Constituyente adoptó el decreto que termina por “a los grandes hombres la patria agradecida”, previendo que los grandes hombres de Francia serían inhumados en el Panteón de París, en la Iglesia Sainte-Geneviève, transformada en “Panteón patriótico”. Emmanuel de Pastoret lo había solicitado a la Constituyente, en nombre de París que representaba como procurador general síndico. Propuso que el edificio que acaba de terminarse y que debería consagrarse a santa Genoveva se transformara en necrópolis dedicada a las personalidades excepcionales que contribuyeran a la grandeza de Francia, que el templo de la religión fuera ahora templo de la patria, que la tumba de un gran hombre fuera altar de la libertad. En el frontón del edificio, se colocó la inscripción sugerida por el propio Pastoret «A los grandes hombres, la patria agradecida.» Pastoret, elegido diputado por el departamento de París en la Asamblea legislativa, la presidió desde el 3 de octubre de ese mismo año, con los de la derecha, entre los constitucionales, y tomó la palabra con tanta autoridad que le escuchaban hasta los más turbulentos de la izquierda. El último día de ese año, el departamento de París había solicitado audiencia para expresarle sus respetos, pero Pastoret rechazó un ceremonial que veía como indigno de verdaderos hombres, e hizo votar que, en adelante, no se recibiría ninguna felicitación por el año nuevo. Solicitó medidas represivas contra los emigrados, la supresión de las designaciones puramente honoríficas, votó por la supresión de

la Universidad de París e hizo un largo discurso para proponer erigir una estatua de la Libertad sobre las ruinas de la Bastilla. Pero en cuanto vio que las reformas, que él mismo había lanzado, amenazaban cada vez más la autoridad real, se dedicó a proteger la corona. Varias veces subió a la tribuna para separar la causa de Louis XVI de la de sus consejeros.

El 18 de abril, una multitud de parisinos impide al rey y a la reina dejar las Tuilerías para ir a Saint-Cloud con el pretexto de festejar la Pascua. Esto hizo comprender al rey que ya no era libre. Así que entre Bouillé y Fersen, amigo fiel de la reina, lo maquinaron todo. Pero los Jacobinos tenían espías hasta entre el servicio de palacio.

Hubo que esperar a que una sirvienta sospechosa de traición dejara su trabajo. La huida se pasó al 20 de junio, que era lunes. Las Tuilerías estaban vigiladas como una cárcel: en las salidas, guardias nacionales; en el jardín, en los patios, y por la terraza, seiscientos hombres de las secciones armados; en las antesalas y en los salones, hombres que dormían atravesados en las puertas. No podían salir todos a la vez. A las diez y media, Madame de Tourzel, gobernanta de los niños sale la primera, por un apartamento abandonado, llevando a los hijos de Francia, al Delfín de la mano y a Madame Royale. Hacia medianoche, el rey, la reina y Madame Élisabeth, hermana del rey, tras fingir acostarse como de costumbre, consiguen salir cada uno por un lado distinto, vestidos humildemente y la reina con un gran velo. El punto de encuentro era en la esquina del Petit Carrousel donde esperaba un carroaje. Todo

estaba lleno de coches, de cocheros, de mozos de caballerizas, los paseantes bebidos, nadie prestó atención al grupo. En la barrera Saint-Martin, cambiaron de coche y partieron al trote. Todos ocuparon un mismo carro. A las seis de la mañana estaban en Meaux. En Chantrix, el rey es reconocido por el hijo del maestro de posta, pero éste es un buen monárquico y la berlina sigue su camino. Pero la noticia corrió como la pólvora por los pueblos siguientes que esperaban ansiosos la llegada del rey. La alerta precede a los fugitivos. Cuando, a las seis de la tarde, llegan a Pont-de-Somme-Vesle los reyes toman conciencia del peligro. Debían encontrarse allí con los húsares de M. de Choiseul, pero no hay nadie uniformado. La carretera está desierta; si preguntan a la gente, se traicionarían ellos mismos, no podían esperar por si los habían seguido y volver no cabía en el pensamiento. La berlina se esperaba a las tres de la tarde, pero Choiseul llegó con sus hombres al mediodía. Como el coche venía supuestamente con retraso, concluyó que el viaje no tendría lugar. Se fue con sus húsares campo a través en lugar de por el camino, e hizo llegar la noticia a los jefes de los otros destacamentos de que el viaje había sido pospuesto rompiendo así la cadena del dispositivo de seguridad. En Sauce, el rey es reconocido. Todos le reconocen y le abrazan. No sabiendo qué decir, cuenta que está harto del ambiente de París y que viene a refugiarse con sus súbditos.

La huida fue conocida en París el día 21 a las siete de la mañana. A modo de despedida, el rey había dejado una proclamación declarando la nulidad de todo lo que se le

había impuesto con amenazas o por la fuerza. El documento es llevado a la Asamblea y leído ansiosamente. Una hora antes de abrirse la sesión, La Fayette envía a provincias una orden anunciando que Louis XVI ha sido raptado por los enemigos de la revolución y pide a los buenos ciudadanos que se sublevén y lo arranquen de las manos de sus raptadores. La Asamblea adopta esta versión de los hechos y cierra las fronteras del reino a cualquier persona, incluso con papeles en regla.

París está desbordado en sus calles e invade las Tuilerías. Veinte horas después, en su habitación, en Sauce, el rey recibe el decreto de su captura y se exclama “¡Ya no hay rey en Francia!”. El decreto ha sido entregado en mano a los reyes a las cinco; a las siete se ponen en marcha. El camino de Varennes a París fue para los prisioneros un verdadero calvario. Los ultrajes de la multitud, los insultos, las amenazas, el cansancio, el agotamiento...

Olavide seguía con sus reuniones políticas y de teatro. Yo seguía haciendo lo que podía con las mujeres. Por la festividad de San Luis, como el día tan celebrado por los reyes de Francia ya no tenía el mismo carácter que antes, decidimos reunirnos el grupo de mujeres de La Charité Maternelle para visitar a las familias del barrio d'Enfer, que nos había sido asignado.

Antes de la Revolución, las “Damas de la Halle y de los mercados”, todas vendedoras, iban a felicitar al rey por su santo. Desde 1789 dejaron de presentarse ante el monarca y se fueron a felicitar a los nuevos representantes de la Commune de París. Aquellas mujeres acostumbradas a

hablar a diario con el pueblo eran respetadas por los políticos por su capacidad para convencer a la vez que vendían un kilo de patatas o un puñado de acelgas. Al visitar a los nuevos representantes, al tiempo que expresaban su respeto, aprovechaban para exponer reivindicaciones económicas como la reducción del precio de los productos, y, por supuesto, daban muestra de sus expectativas políticas. Algo que las de mi clase social no podíamos permitirnos tan fácilmente.

Nuestra obra de caridad había conseguido, en asamblea general de 4 de enero de 1790, que la reina fuera protectora de la misma. Por aquellas fechas llevábamos ya casi mil niños ayudados. La Asamblea Nacional nos obligó a hablar con Liancourt, del Comité de Mendicidad. Allí se presentaron la señora Mesgrigny, la de Vergennes y la de Lavoisier, y se entrevistaron con él. El 21 de enero de 1791, consiguieron que las dos mil libras que nos subvencionaban mensualmente no fueran sobre los fondos del Hospital General sino sobre los fondos nacionales, concretamente los de la lotería nacional. En este mes de agosto, siendo la onomástica del rey, todas habíamos hecho un esfuerzo para llevar más ayuda a las familias.

Nos tocaba ir a la calle d'Enfer; una de las muchas de miseria, mala vida y calamidad, paralela a la de Saint-Jacques. En escasos metros, casi separados por un tabique, parecía que el cielo y el infierno se enfrentaban unidos por la espalda. La última familia por visitar era la de los Le-loup; una anciana escuálida, de ojos secos, sentada mirando al suelo, cuidada por una niña de apenas seis años

de pelo largo y ojos claros que, además, se hacía cargo del recién nacido mientras la madre salía a buscar comida o a ganarla de cualquier forma. Abandonadas por el padre del recién nacido, vivían en el suelo en un camastro confeccionado con un colchón de farfolla. Una tabla hacía de mesita y un cepo de rata adornaba los pies de la cama. En un hueco del muro se mantenía un trozo de espejo y un peine. En el centro, una mesa y dos sillas constituían todo el mobiliario de la casa.

“Gracias, señora”, me dijo la niña cuando le puse la cesta de comida en la mesa. Enseguida la vació para que Josefa, que me acompañaba, no tuviera que entretenerte. Metió el pan en una talega que colgaba de un clavo pinchando una escarapela tricolor que su madre le había traído de regalo una noche que volvió tarde.

El bebé empezó a llorar y quise acercarme para cogerlo en brazos. La pequeña no quiso, me dijo que estaría sucio, que ya lo limpiaba ella. Pedí a Josefa que le ayudara. Mientras, me salí a la calle. La noche se levantaba, era hora de irnos. Un cielo azul rojizo parecía iluminar la cúpula del Val de Grâce. Justo en frente, detrás de la casa de los Leloup, asomaba el campanario de las Carmelitas. Para todos nosotros era algo muy español. Para Pablo, eran más recuerdos de Jaén; de Sierra Morena, de La Carolina, de la Inquisición, su cárcel, de Baeza, donde se había instalado su hermana y le quedaba algo de familia. Me había escrito mucho, tanto que tenía su vida entera siempre presente.

Josefa salió y nos fuimos. “Señora, no mire” y me retiró hacia la puerta de enfrente. A pocos metros, una mujer

que hablaba a voces se subió el faldón a la vez que se ponía en cuclillas entre dos cubas.

Cuando llegamos a la altura del Luxembourg, una procesión de más de mil mujeres subía a la montaña de Santa Genoveva. Las mujeres estaban hartas de pasar horas delante de las panaderías, del clima tan tenso que allí vivían, a veces con centinelas para evitar las violencias en las colas. Se habían acostumbrado a montar sus propias procesiones laicas, sin necesidad de sacerdotes, y subir hasta allí, más que para pedir un milagro, para exigir su derecho a participar en la vida política.

Todo a mi alrededor cambiaba. No reconocía ya la sociedad que había amado. En 1791, en los salones parisinos ya no se hablaba más que de política y de libertad y los clubes se multiplicaban a una velocidad prodigiosa. ¿Qué había pasado con la dulzura, ese aticismo, esa urbanidad que lo hacían ser una verdadera escuela del gusto y la gracia? Ahora cada uno hablaba en alto y escuchaba poco. Ya no era mi mundo, me lo habían arruinado con filosofía quimérica, gran amor al bien público, abnegación absoluta de cualquier interés privado, cuando en realidad dominaba la ambición que se resumía en quítate de ahí que me pongo yo.



CAPÍTULO XI

 El domingo por la noche, las cenizas de Voltaire habían estado expuestas en las ruinas de la Bastilla. Al día siguiente, el lunes 11 de julio de 1791, fueron transferidas al Panteón por iniciativa de los Girondinos. La ceremonia, al estilo grecorromano, había sido ideada por el arquitecto Cellerier. El cortejo había salido del Faubourg Saint Antoine hasta la plaza Louis XV desde donde tomó el muelle de las Tuilerías. Por más que corrimos, cuando llegamos estaba ya tomando el puente Royal. Fue espectacular ver el desfile sobre el perfil del puente. La multitud acompañó la comitiva compuesta de delegaciones de clubes, de sociedades patrióticas, de las escuelas, de actores, obreros, miembros de la Asamblea nacional, magistrados, miembros del consejo municipal de París; artistas, escritores, académicos, ocho jueces de paz; obreros que habían participado en la demolición de la Bastilla que llevaban hierros y cadenas encontradas en la cárcel; cuatro hombres con traje de teatro clásico sosteniendo la estatua dorada de Voltaire; actores portando pendones con los títulos de las principales obras del escritor; grupos de mujeres vestidas de blanco con corona de rosas en el pelo y un cinturón azul, portando guirnaldas y coronas; grupos de jóvenes llevando insignias sobre las que estaban escritos los

pensamientos de Voltaire; un coro y músicos cantando las estrofas de un himno a Voltaire. Luego un cofre dorado con la última edición de sus obras completas en noventa y dos volúmenes. Fueron invitados los que pararon el coche del rey, en Varennes, coronados de laurel entre marchas militares y guardias nacionales. Una orquesta precedía el sarcófago tirado por doce caballos blancos. Los laterales iban decorados con máscaras teatrales y el texto «Inspiró la tolerancia, reclamó los derechos del hombre contra la servitud feudal». El cuerpo de caballería cerrando el desfile. El músico Gossec compuso un himno sobre un poema de Marie-Joseph Chénier.

Se pararon en l'Académie française. Allí estaba Olavide, participando en las lecturas y en los discursos. Luego se unió a nosotras. Seguimos juntos el itinerario: Quai Voltaire, rue Dauphine, Comédie, Théâtre-Français, Rue des Fossés-Monsieur-le-Prince, Place Saint Michel, rue Saint-Hyacinthe, Porte Saint-Jacques, place du Panthéon.

Cuando llegaron a lo alto de la montaña Sainte-Geneviève, pudimos ver una de las primeras ceremonias revolucionarias y la afirmación del Panteón como templo laico. Trece años antes, Voltaire había sido enterrado casi clandestinamente en la abadía de Scellières, cerca de Troyes, pues la iglesia católica le había negado las obsequias religiosas. Ahora, entre ramas de laurel y de roble, entrelazadas con rosas, mirto y flores del campo que daban sombra al carro, sus cenizas recorrían París.

Tres días después, sin embargo, la fiesta del 14 de julio estuvo muy deslucida, sin entusiasmo. Desconfianza li-

gada a los acontecimientos de la primavera, la huída a Varennes, la Asamblea no asiste. Unos días más tarde, la descarga del Campo de Marte envenenó la situación. La manifestación organizada por el club des cordeliers, con el tiroteo del Champ-de-Mars, marcó la ruptura entre la Constituyente (La Fayette, Bailly) y los Sans-Culottes.

La Asamblea seguía con sus trabajos; permitió a los sordos beneficiarse de los Derechos del hombre; por iniciativa de Armand-Gaston Camus, se votó la supresión de los títulos de nobleza; se suprimieron las congregaciones religiosas con votos solemnes. El 3 de septiembre, concluyeron la Constitución estableciendo la base legal de un funcionamiento de un régimen monárquico representativo. Una semana después, hubo carta de la reina a su hermano Leopoldo II, emperador del santo imperio, “sólo la fuerza armada puede reparar esto”, decía, pero a mediados de mes, Louis XVI aprueba la Constitución, deviene rey de los franceses. Y el 28 de septiembre, los judíos de Francia obtienen todos los derechos de ciudadanos, por un decreto de la Constituyente.

El último día de septiembre hubo disolución de la asamblea constituyente. Comenzaban las elecciones legislativas. Nos sentamos en el árbol. Me hizo un balance, me habló de los problemas; de la posibilidad de dejar París. La Asamblea constituyente había trabajado mucho y de forma sistemática; quiso cambiar el antiguo reino, ahora Nación, en sus instituciones, administración, legislación, justicia, finanzas, religión, hasta el sistema métrico le parecía necesario renovar. Al estilo de la democracia americana,

situó su trabajo constitucional bajo una Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano; un texto sobrio y firme que reconoce la autoridad de un Ser Supremo, amplia expresión de una divinidad que pueda convenir tanto a los protestantes como a los judíos y a los filósofos puesto que el artículo X reconoce la libertad de conciencia. La proclamación estaba dirigida expresamente a los ciudadanos, no a los súbditos de un reino, hablaba del Hombre y no sólo de los franceses, y trataba más sus derechos que sus deberes; y esto por primera vez. Las palabras mágicas eran la igualdad, aunque sólo fuera de derecho; la libertad de trabajo, de prensa, de palabra, de persona, pues todo hombre tiene presunción de inocencia; la propiedad era inviolable y sagrada, e incluso la resistencia a la opresión; los únicos límites eran la libertad de los otros y el interés supremo del Estado. Ahora, había que aplicarlos...

Louis XVI era ahora rey de los franceses, no por la gracia de Dios, sino después de jurar la Constitución; disponía de lo esencial del poder ejecutivo y controlaba el legislativo con el derecho al voto, aunque lo usó poco, no siempre correctamente. Lo importante es que una única asamblea tenía lo esencial del poder. Iba a ser elegida por un sistema de censo que excluía a los pobres (casi la mitad de los hombres, y las mujeres evidentemente) y no podían ser elegibles más que los propietarios ricos, lo que bastaba para calificar el nuevo régimen, tan alejado de la democracia como del absolutismo; duró poco.

Más fundamental y duradera fue la refundición de las estructuras del reino. Todo fue sometido al reparto departa-

mental; sus ochenta y tres departamentos sirvieron para pasar toda la administración política, financiera, judicial e incluso religiosa. En la práctica, los consejos locales ostentaban una autoridad considerable, llegando hasta una real descentralización. Todo fue abolido del antiguo sistema de impuestos, y otras contribuciones nacieron, recaudarlos fue otro asunto... y pronto se volvió a los llamados “indirectos”.

La justicia, más humanizada, y simplificada, conoció la institución del juez de paz, adoptó el jurado popular y creó el Tribunal supremo.

El problema venía de los asuntos religiosos; poner los bienes del clero a disposición de la Nación, desde noviembre de 1789, para así resolver los problemas financieros. Estos, y luego los de los emigrados, se vendieron con la mayor de las facilidades, según modalidades que variaron: la burguesía fundamentalmente, los campesinos ricos e incluso una parte de la nobleza adquirió hermosas tierras y parcelas de centenares y millares de hectáreas, puesto que la Iglesia poseía entre el siete y el ocho por ciento del suelo francés. Se emitió un papel-moneda por el estado, asignados al valor de dichos bienes (*assignats*) que permitían pagar la compra. Hasta el final de la Constituyente, el *assignat* perdió poco valor respecto a la verdadera moneda, el oro; luego fue en picado, tanto que los que supieron esperar pudieron pagar sus adquisiciones con un papel que, después de Termidor, no valía casi nada. Esta operación de envergadura tuvo un carácter irreversible y unió a la causa de la Revolución a un montón de gente más bien acomodada, que no profesaba como ideología más

que su interés, y que no pedían a los regímenes siguientes más que la perennidad de sus adquisiciones; lo que no les impidió entrar después en el grupo de Notables biempen-santes y campeones del orden.

La prohibición de votos perpetuos, así como el reagrupamiento en algunos conventos conservados o la vuelta a la vida civil de los regulares, que recibieron dignas pensiones, no escandalizó a mucha gente. Lo que más sorprendió y resultó peligrosa fue la llamada Constitución Civil del Clero. Fieles a sus principios, los constituyentes pusieron un sacerdote por comuna, un obispo por departamento, algunos arzobispos por encima, e hicieron de ellos unos funcionarios bien remunerados, pero elegidos por los más ricos de sus fieles; esto podía sorprender, pero ya no se necesitaba al papa para las consagraciones y no se le enviaba dinero. Lo que fue asunto de conciencia fue lo de prestar juramento a la Constitución a partir de noviembre de 1790: quienes se negaran serían reemplazados, pero recibirían una pensión. Juramentados y no-juramentados se repartieron mitad por mitad, aunque desigualmente según las regiones. La mayoría de los obispos se negaron. La ley comenzaba a ser aplicada, un nuevo clero se instaló difícilmente. En realidad, estaban esperando a la reacción del Papa. Se sabía que Pío VI era hostil a todo lo que se hacía en Francia desde mayo de 1789, pero esperó hasta marzo del 91 para pronunciarse, con dos breves textos azotadores. El cisma se abrió entre la iglesia de Francia y entre Francia y Roma. Muchos antiguos juramentados se inclinaron por la retractación.

Hombres de ciudad en su mayoría, los constituyentes, mayoritariamente poco devotos ni ateos, no comprendieron el profundo apego de una gran parte de las provincias, fundamentalmente el oeste, hacia sus curas bien formados desde hacía un siglo, sus únicos guías y sus pastores siempre al pie del cañón. Este cisma, quizá evitable, agravaba los desórdenes internos, crecientes, y la amenaza exterior, aún teórica.

La huida del rey, ese tremendo trueno, lo exageró todo, llevó primero a la guerra, y luego a la república.

Los peligros aumentaban desde marzo de 1791 e iban creciendo. La agitación de dos años antes, un momento calmada, había vuelto tanto en el campo como en la ciudad. En la ciudad, tenía como marco, además de los cabarets y la calle, una especie de asambleas de barrio (secciones de París) que hacían de ayuntamiento, o bien de los clubes como los jacobinos, los *cordeliers*, los *feuillants*. Potentes oradores, a menudo salidos de la pluma o de la tienda, expresaban su opinión sobre cualquier cosa: los ‘acaparadores’, los ‘aristócratas’ (primeros emigrados desde julio 89 con el conde de Artois), los ‘refractaires’, pronto se vieron los complotes un poco por todas partes y comenzó a hablarse de ‘sospechosos’. Afortunadamente, el pan tenía buen precio y el paro no subía.

En el campo, era a menudo la anarquía: clausuras destruidas, bosques saqueados, animales por todas partes; no se pagaba el impuesto, ni siquiera el diezmo a la iglesia. En provincias enteras (Comtat, Oeste, Centro) la población se desgarraba entre revolucionarios y monárquicos. El asunto del juramento lo exageró todo: los cantones

enteros rechazan a los juramentados y la Constituyente tuvo, siguiendo el ejemplo del departamento parisino el 11 de abril de 1791, autorizar a los refractarios a decir al menos la misa, pero no a administrar los sacramentos.

Mientras tanto, las querellas de tendencias y de hombres destrozaban la Asamblea, donde se oponían los últimos campeones de la monarquía absoluta, moderados ambiciosos que dominaban (La Fayette y Barnave), y un puñado de valientes revolucionarios apoyados por los clubes parisinos, entre los que emergían una especie de demócratas, pronto republicanos, como el periodista Marat y el abogado Robespierre.

Al huir, con el deseo bastante pueril de intimidar a los constituyentes desde el otro lado de la frontera, y fallando su huida, Louis XVI provocó una redistribución de las cartas, un aumento de agitación, y una huida hacia verdaderas tragedias. Al día siguiente del 21 de junio de 1791, una parte de los franceses pensó que un rey no debía abandonar a su pueblo; la otra que seguramente tenía sus buenos motivos para ir a buscar socorro ante los principes extranjeros y unos miles de emigrados que se agitaban en las fronteras del este. La Asamblea suspendió al rey durante un tiempo; luego, aceptando la tesis del rapto, lo restableció, tanto que ratificó la constitución de 1791. La Asamblea mandó a las fronteras a buena parte de las guardias nacionales, cien mil hombres, y no pudo impedir violentas reacciones: nobles y refractarios fueron maltratados, y nuevos castillos ardieron. En París, el club de los Cordeliers reclama la república, y acaba por presentar una

petición en este sentido sobre el “altar de la patria”, en el Champ-de-Mars, allí donde el 14 de julio de 1790 las provincias federadas juraron, ante el rey y el arzobispo de Autun, fidelidad a las leyes y a la Nación, que constituyan solemnemente. Los hombres del poder, moderados ambiciosos a los que hacía poca gracia el pueblo, osaron disparar sobre los “republicanos” que venían a ratificar la petición. Era el 17 de julio, y desde ese día se produjo la escisión entre las dos ramas del ex-partido patriota y la desconfianza de las secciones parisinas hacia la Asamblea, de la que salieron otras “jornadas”.

Olavide dejó todo y se fue a Meung el primero de octubre, coincidiendo con la apertura de la Asamblea legislativa y la primera reunión. La nueva asamblea había sido elegida por sufragio censatario, y, a propuesta de Robespierre, no podía contar con ningún diputado de la anterior. Como los miembros de la Constituyente no estaban autorizados a presentarse, el grupo resultó compuesto por diputados bastante jóvenes, ricos, debido al régimen electoral basado en el dinero. La Legislativa tenía una mayoría de constitucionales sinceros, decididos a hacer funcionar el sistema. A la derecha, los inscritos mayoritariamente en el club des Feuillants (unos 260), seguidores de Barnave, Duport, Lameth y de La Fayette, intentaron ayudar al rey, pero el grupo estaba atravesado por ambiciones contrarias. A la “izquierda” del presidente se situaban casi 140 diputados, inscritos en los jacobinos o en los cordeliers, de los que sobresalieron pronto algunos con talento, de origen relativamente modesto y a menudo girondinos,

elocuentes (fundamentalmente Vergniaud), a la vez generosos y un poco blandos, que se agrupaban alrededor de Brissot, periodista de pasado dudosamente honesto, pero seductor y de actividad ruidosa, de Condorcet, Guadet o Gensonné. Se encontraban en los lujosos salones y las damas —Mme Dodun, place Vendôme, Mme de Staël hija de Necker, Mme Roland fundamentalmente— les resultaban seductoras. En los clubes, poderosas personalidades como Danton y Robespierre los acosaban poco a poco. Las discusiones del Club de los Jacobinos influenciaban los debates de la Asamblea —como la influencia de Robespierre que no era diputado. En el centro (350 diputados) una mayoría muy unida a la Constitución y a la Revolución, se presenta como independiente por no estar afiliada a ningún club.

La Revolución no se hizo contra un tirano, sino contra un rey que no era ya suficientemente rey. Si había destruido mucho e inútilmente, había expresado primariamente el espíritu de hombres moderados, que necesitaban organización, construcción y simplificación del reino, necesidad que ya habían sentido los grandes servidores de la monarquía y que Louis XV, en sus cuatro últimos años de su reino, había empezado a ir a lo esencial. La obstrucción aristocrática y clerical ante la que se echó atrás Louis XVI, impedía esa evolución pacífica. En su *Histoire de l'Assemblée constituante*, Alexandre de Lameth escribió: “¿Quién había acostumbrado al pueblo a la formación de grupos y a la resistencia? El Parlamento. ¿Quién, en las provincias, había mostrado la mayor hostilidad a la autoridad

real? La nobleza. ¿Quién había rechazado con mayor tesón venir en socorro del Tesoro y empleados las mayores astucias para evitar los impuestos públicos? El clero. Así, fueron verdaderamente los Parlamentos, la nobleza y el clero los que declararon la guerra al gobierno y dieron la señal de insurrección. El pueblo no estaba más que como auxiliar." La palabra auxiliar venía a decir que los privilegiados no sabían qué fuerzas habían puesto en movimiento. Creían volver a comenzar una fronda, pero sería una revolución y ellos las primeras víctimas.

A Olavide, el medio en que vivía en los últimos años del Antiguo Régimen le predisponía a interesarse en las primeras manifestaciones de la Revolución. Su amigo Duvert de Cheverny, espantado por el progreso de la anarquía se recluía en Cheverny o en Blois. Los hombres de nuestra familia, los Le Coulteux, se alineaban en el partido patriota y la Malmaison era frecuentada por algunos de sus cabecillas. Las reacciones de prudencia dictaron su conducta. Y se retiró a Meung.

Temí por Pablo, por su soledad en Meung. La cosecha del año era mediana. Los precios volvieron a subir ese mismo mes. El alza estaba relacionada con la inflación provocada por la circulación de *assignats* y la desconfianza de los campesinos que prefirieron almacenar antes que cambiar su grano por una moneda que se depreciaba rápidamente.

Jacques-Jean, mi marido, había comprado, procedente de los bienes nacionales, el castillo de Meung-sur-Loire, residencia de verano de los obispos de Orléans. Arreglado

por Louis de Jarente, había sido escenario de recepciones fastuosas dadas por el prelado. Allí fue Olavide en busca de tranquilidad, viendo que cada día se encrespaban más las pasiones y anunciaban desgracias más funestas. Se ocupó de la explotación de una granja que había pertenecido a los hospicios de Orléans, y que él mismo había comprado igualmente de los bienes nacionales.

El castillo de Meung no había quedado tan mal comunicado, pues la Asamblea Nacional había instaurado un servicio de postas por todos los caminos de Francia. El día de su marcha le preguntaron si haría allí un teatro. Olavide respondió que la tragedia que habían escrito los filósofos se estaba ya representando; el escenario era toda Francia; los actores y el libreto querían reconstruir el mundo en un decorado que no era más que Francia, al modo de una república de Roma.

Olavide había llegado al castillo de Meung acompañado del lazarista P. Plassiard, que le servía de capellán particular, un sacerdote juramentado que no sería molestado posteriormente. Afortunadamente, se fueron a tiempo porque ese mes hubo muchos motines contra los curas refractarios en París. Todos los amigos de Pablo se esforzaron en protegerlo hablando de su retiro; el americano Morris lo alabó. La embajada de España informa al gobierno de Madrid que Olavide lleva ya diez o doce años retirado en el campo dedicado a la devoción; algo inexacto, sólo para no tener que enjuiciarlo. No estaba dedicado a la devoción, pero se sorprendía con Plassiard que la masa del pueblo más numerosa y menos corrompida viese, casi con

indiferencia, ultrajar una religión santa y antigua, la misma que después de tantos siglos habían abrazado sus mayores. Parecía increíble, pero lo cierto es que el movimiento fue tan violento y general, que las muchas almas religiosas que lloraban en secreto insultos tan execrables, no pudieron resistir este torrente de depravación.

Todo el año pasó sobre tres grandes temas, los emigrados, los curas refractarios y la guerra. Hasta que el 14 octubre unos decretos obligaron a todos los ciudadanos electores a pertenecer a la Guardia nacional si tenían entre dieciocho y sesenta años.

El silencio reinaba en toda la Malmaison en invierno. El reloj inspirado en los Horacios de David me marcaba unas horas eternas. Los meses sin él fueron grises y muy fríos. Pensé que lo había perdido para siempre. El día de año nuevo de 1792, Mandar acudió con bocetos para todos. Proyectos de casas para cada uno de nosotros; la casa de mis hijos, la casa de Olavide... ¿En qué quedarían todos esos sueños ahora que Pablo estaba más lejos que nunca?

En marzo, con los primeros rayos de sol, la Malmaison parecía respirar un poco. Ajeno a nuestro silencio interior, el jardín estaba alegre en aquella época. Los árboles se dejaban acariciar por un azulado vientecillo jugueteando con el tierno verde de las ramas. Todas a un tiempo, todas hacia un lado, y luego hacia otro, como una gran orquesta el bosque me decía que volverían los tiempos felices. Sin embargo, lo primero que llegó fue la construcción de un palacete en la antigua casa de los invitados. La primera casita que se construyó de las que diseñó Mandar fue para la amante de mi marido.

La primavera llegó a Francia envuelta en tribulaciones de ministerios. El 9 de diciembre de 1791, Louis XVI había llamado a los ministerios a Feuillants moderados. Tres meses después, el 10 de marzo se constituyó un gobierno brissotin que duraría otros tres meses. Jean Marie Roland de la Platière en interior, Étienne Clavière en finanzas. El 20 de junio, tras una jornada de manifestación montada por las cuarenta y ocho secciones parisinas, el pueblo invade las Tuilerías, reclaman el regreso de los ministros brissotins y la aceptación de varios decretos a los que el rey se ha opuesto. El rey no cede y la manifestación provoca un movimiento de reacción en París y en provincias, y la consiguiente dimisión de los ministros Feuillants.

El 20 de abril de 1792, Francia declara la guerra a Austria. Prusia declara la guerra a Francia en virtud del acuerdo austro-prusiano del 16 de febrero de alianza defensiva contra la Francia revolucionaria. Francia declara la guerra al rey de Bohemia y de Hungría, es decir, al emperador de Austria, Francisco II, quien había dirigido, el 15 de abril, un ultimátum a Louis XVI relativo a los derechos sobre Alsacia.

Al día siguiente, nuestro amigo Condorcet presentaba un informe, su proyecto de decreto sobre la organización general de la instrucción pública, ante la Asamblea constituyente.

Una semana después, fue un desastre la desbandada del ejército francés en la frontera del Norte. Con ese estado de cosas, durante la fiesta del 14 de julio, fiesta de la Federación, los federados participantes se quedaron unos días más en París. El 22 de julio de 1792 la Asamblea Le-

gislativa decreta “la patria en peligro”; y se abren oficinas de alistamiento. Tres días después, desde Coblenz, el comandante en jefe de los austriacos, Charles Guillaume de Brunswick lanza un manifiesto al pueblo de París; amenaza con una venganza ejemplar y memorable si se hace el más mínimo ultraje a la familia real. Así que las 48 secciones parisinas son autorizadas a montar guardia permanentemente por decreto. Y el 30 de julio llegan los contingentes de federados marseleses, quienes popularizaron el *Chant de guerre pour l'Armée du Rhin*, la Marsellesa.

Faltaban pocos días para la proclamación de la república. El 10 de agosto, los federados tomaron las Tuileries. La familia real se refugió en la Asamblea, quien se declara en sesión permanente y hace que le entreguen el sello del Estado para marcar que se ha hecho con el poder, y esa misma noche designa por aclamación un consejo ejecutivo provisional compuesto por seis ministros —Étienne Clavière, Roland, Joseph Servan, Danton, Monge et Lebrun. Y crea el Principio de una nueva asamblea, la Convention nationale. Se instaura por primera vez en Francia el sufragio universal. Y el amigo Danton será ministro de Justicia.

El 13 de agosto se suspende al rey de todas sus funciones. La familia real es encarcelada en la Prison du Temple.



CAPÍTULO XII

*N*os presentamos en Meung, mis hijos y yo. Dos días habían bastado para decidirlo, aunque mi corazón llevaba casi un año suplicándomelo. Nos seguía una carreta con lo básico, luego vendrían otras dos con la ropa, algunos muebles y objetos de los que no queríamos desprendernos. En el coche, nosotros tres, Josefa y una joven criada de los niños.

En la puerta principal del castillo de Meung, Pablo nos esperaba. Vino él mismo a abrirme la puerta y ayudarme a bajar. Me cogió con sus manos la nuca y el talle para decirme al oído “Bienvenida a tu casa”. Sentí que había encontrado el refugio en la época de terror que comenzaba, el refugio para siempre. Lo que a los niños podría resultar incómodo se abría ante mí como una oportunidad. Estaba allí para proteger a mis hijos y para estar con él.

Pasaron sólo dos semanas para que todo encajara en las ruedas de la vida cotidiana. Nada más llegar, Pablo me señaló todos los proyectos que tenía para mí y que debíamos llevar a cabo sin miedo; un taller de hilado, una escuela, un rebaño, una sociedad caritativa. Puse en marcha mis escasos conocimientos, Josefa me ayudaba. Desde que llegué a Meung, el 15 de agosto de 1792, tuve la iniciativa de formar una Junta de Caridad, de la que el ciudadano

Pilos fue uno de los miembros más activos. El antiguo director del Hospicio de San Fernando volvía a renovar, en escenario más restringido, su primera actividad pública. Fue nombrado administrador del antiguo Hôtel-Dieu convertido en casa de socorro. En el castillo, instalé varios telares para la fabricación de blondas y encajes con el objeto de dar trabajo a mujeres y muchachas. A mi pequeño Félix lo colocamos como aprendiz en casa de un carpintero. Pablo estableció a su costa una verdadera manufactura de paños cuya producción servía para vestir a ancianos y niños pobres. El celo patriótico del ciudadano Pablo llegó aún más lejos: fue uno de los fundadores de la Société populaire de Meung y se le vio llevar armas en las filas de la Guardia Nacional. Las circunstancias le presentaban la ocasión de proporcionar un exutorio a las tendencias permanentes de su carácter: necesidad de acción, afición al progreso y amor al bien común. Comprendí enseguida la situación que él no me quería decir claramente y, siguiendo su ejemplo, me apresuré a colaborar con las autoridades revolucionarias locales.

Apadrinó a un niño. Se ocupó de vestirlo, de que comiera en el castillo; se llamaba Víctor.

Mi hija se encargaba de la escuela con los más pequeños. Les daba el almuerzo, comía con ellos, y Josefa le ayudaba.

Plassiard me ayudaba en las encajeras y a él con el telar. Otros dos hombres venían de fuera para ayudarnos con el rebaño. Dimos todo el trabajo que pudimos a las gentes del pueblo.

Los días pasaban. Me acostumbré a las cosas del pueblo y nos poníamos en una mesa larga con todo el servicio para almorzar en la cocina. Cenábamos solos, él y yo. Por la noche, cuando todos estaban descansando me metía entre sus sábanas sin sonrojarme, con la confianza de una esposa. Mi cuerpo se ofrecía sin que yo lo reprimiera con el más mínimo pudor. Éramos el uno para el otro largo tiempo en medio del tacto tibio de los cuerpos ya no reprimidos. Era la primera vez que me sentía de un hombre, que bastaba que su mano cogiera la mía, que su cabeza se inclinara en mi hombro para que la mujer se entregara a la orden del amor. Disfruté del amor e intenté que él se sintiera querido, le agradecía todo con cariñosas bromas, pequeñas caricias. Bastaba con rozar su mano, acariciarle el codo, para agradecerle a diario la felicidad. Pedí que la revolución no terminara nunca, que el rey no volviera nunca, que el Antiguo Régimen muriera definitivamente. Soñé con que mi marido me pedía el divorcio, me imaginé tanta felicidad para mí que llegué a sentirme egoísta. Entonces volvía a la realidad y sólo pedía que durase lo máximo posible.

Pero mi amor no le servía de bálsamo para todo. Quedaba siempre el Pablo de Olavide preocupado por su tiempo, por sus amigos, y las noticias que llegaban de París no presagiaban nada bueno. En agosto se creó un tribunal criminal extraordinario; se decretó la eliminación de las congregaciones religiosas; otro decreto contra los refractarios; a finales de agosto la Commune de París autorizó las visitas docimiliarias, llevó una política de des-

catolización, prohibió las procesiones y los hábitos religiosos fuera de las iglesias. Y no fue sólo París; en provincias, las sociedades locales también procedieron a ejecutar en masa.

También ese verano, la Commune toma medidas de requisición para obligar a los campesinos a trillar los cereales, fijar el precio y castigar a aquellos que almacenaban el grano. Danton, miembro del Consejo ejecutivo, ratifica dichas decisiones y extiende la medida al conjunto del territorio enviando, además, comisarios por las provincias.

El 21 de septiembre, primera reunión de la Convención nacional, abolición de la monarquía y proclamación de la República. Será una Convención girondina hasta el año siguiente. Los brissotins dominan la Asamblea desde las primeras sesiones. Pétion es elegido presidente y Danton es alejado del Consejo ejecutivo bajo amenaza de investigación sobre su gestión. El 22 de septiembre se proclama el año I de la República francesa. La República es una e indivisible.

Había habido buena cosecha ese año, sin embargo, los precios siguieron subiendo hasta septiembre. La situación financiera era preocupante; los ingresos por impuestos no eran buenos. Para resolver el problema, los Girondinos siguieron una política inflacionista del *assignat* autorizando nuevas emisiones. Los Montagnards quisieron un impuesto para los ricos y estabilizar el curso del *assignat* incluso suprimirlo. Todo el otoño transcurrió en medio del enfrentamiento entre ambos bandos en la Convention nationale. Los Girondinos (*Brissotins*) revolucionarios convencidos,

apoyados por las provincias, ocupaban sus escaños a la derecha —Brissot, Vergniaud, Condorcet, entre otros. Dejaron el club de los Jacobinos en agosto y se reunían ahora en casa de Madame Roland. Preocupados por la igualdad y hostiles a toda ingerencia en los debates de la Asamblea, quieren reducir el papel político de la capital. Los Montagnards tenían sus escaños a la izquierda, en los asientos más altos —Robespierre, Danton, Marat, Collot d'Herbois, Saint-Just, Couthon, Camille Desmoulins, Merlin de Thionville, Billaud-Varenne, entre otros. Se apoyan en el club de los Jacobinos y en los clubes de provincias afiliados. Quieren tomar medidas vigorosas y extremas y encuentran complicidad en la Commune de París. En el centro están los diputados republicanos moderados que juegan un papel de arbitraje entre los dos extremos —Sieyès, Grégoire, Boissy d'Anglas, entre otros.

A pesar de todo esto, nuestro alejamiento de la capital, el trabajo diario, el cariño que nos profesábamos, mantenían en él una serenidad. Seguía levantándose con la hora azul, se había puesto a escribir *El amor desinteresado*, novela corta en la que mi hija era el personaje principal; era su forma de mostrar su gran afecto hacia la familia, a ella como joven que estaba sufriendo y a mí como su madre. La paz en el castillo de Meung comenzó a agriarse con las noticias que llegaban por la prensa, pero creímos que eran todos alejados o poco amigos; luego fueron las cartas de los amigos, las familias de los amigos. Quién podría asegurar que luego no sería nuestra familia, quizás después seríamos nosotros. El 2 de octubre se creó el

Comité de seguridad general en el que estaban David y Tallien.

André Chénier nos informó que estaba siendo seguido, se estaban informando sobre él. Comenzó a estar aquí y allá, intentando despistar; en agosto en Louveciennes; en septiembre en Rouen; en octubre vuelve a París. Necesitado de vivir en la sombra e ignorado, fijó su residencia en Versalles, iba de vez en cuando a París para hacerse presente en su sección, y se presentaba cada día en casa de mi cuñada y veía la familia Pourrat.

Por nuestra parte, nos sentíamos, en cierto modo, también en peligro. La presión aumentaba. En nuestro alejamiento no estábamos, sin embargo, lejos de ser salpicados por el asunto del rey. El 20 de noviembre se acusa al rey de alta traición. El 6 de diciembre, la Convention creó una comisión encargada de enunciar los crímenes por los que Louis XVI era acusado y la serie de preguntas que había que hacer al rey durante su juicio. Cinco días más tarde se abrió el juicio en la Convention, Louis XVI estaba defendido por Sèze, Tronchet y Malesherbes.

Como consecuencia de la preparación del juicio, el 17 de diciembre de 1792, a petición del banquero parisino Gastinel, el estado se hace con los bienes de mi hermano, el ciudadano Laurent-Vincent Le Coulteux de la Noraye. Y es que España, único país católico que mantenía relaciones con Francia a finales de ese año, puso todo su esfuerzo en obtener de la Convention que no llevara a Louis XVI a juicio. Una vez agotados los medios de persuasión, la corte de España recurrió al dinero. El banco

real de San Carlos, el del padre de Teresa Cabarrús, confió dos millones a nuestro banco Le Couleux de París con la misión de emplearlos en ganar sufragios revolucionarios de los más influyentes. En octubre, el caballero Ocariz, cónsul general de España en París, había sido encargado del asunto. A Chabot, antiguo capuchino de Rodez, violento y audaz, que desde junio defendía el asesinato del rey, le entregaron quinientas mil libras. Él mismo denunció a nuestro banco ante la Convention. Tuvieron que retirarse las tropas españolas de la frontera con Francia. Y la Convention ordenó la cárcel en la Conciergerie. El banco fue saqueado, buscaron entre todos los papeles y nuestro banco, con veintinueve millones de activo en 1789, ya no pudo levantarse.

Al ir contra los españoles, comprendí que Pablo estaba más en peligro que nadie, todos lo estábamos; españoles, banqueros, nuestro círculo estaba en el punto de mira. Lovera, nuestro primo Le Couleux de Canteleu, mi marido, el banquero Pourrat, Lalande, todos fueron denunciados por Ducange como agentes españoles.

El propio André Chénier, amigo de Émilie-Lucrèce d'Estat, novia de Ocariz, asidua de los medios libertinos, amiga de mi cuñada Fanny, también estaba en el punto de mira. Además, para los revolucionarios, Chénier olía por su tufo refinado y un cierto tono insolente. Y con razón, pues había colaborado estrechamente con Malesherbes en la defensa del rey.

El 16 de enero de 1793, la Convention declara a Louis XVI culpable. Ocariz ya lo hace todo abiertamente, no

tiene nada que perder, y escribe una carta a la Convention intentando salvar al rey, pero tres días después, la condena a muerte del rey ha salido por una mayoría de 387 votos de ‘muerte sin condición’ sobre un total de 721 diputados que votaron. La pena de muerte rompió definitivamente con todo lo que habíamos vivido hasta entonces. Nuestro amigo Talma, sin dejar de ser servicial, dejó de venir tan asiduamente a ver a Pablo. Restringió sus desplazamientos a Meung. Por su parte, David se había radicalizado y había votado efusivamente la pena de muerte, era ahora la mano derecha de Robespierre. Se abrió la brecha entre Talma y David. Habían estado tan unidos contra la Academia; David repudiando el espíritu rococó en favor de un ideal de civismo heroico y recibiendo el apoyo de críticos de arte herederos de Diderot. Talma contra la Comédie Française, David contra la Academia Real, pero ahora tenían una diferencia vital. A David, su compromiso le lleva a votar la muerte del rey y fortalecer su amistad con Robespierre; veríamos si no le saldría cara.

El 21 de enero, ejecución del rey. La plaza Louis XV, junto a las Tuileries, arreglada por Soufflot se abre sobre jardines, bosquecillos y el Sena.

A pesar de su retiro, a pesar de la distancia y de la ausencia, el corazón de Pablo estaba continuamente destrozado. Las funestas noticias con incesante y rápido progreso se repetían y multiplicaban; los correos se atropellaban unos a otros, y todos traían nuevos motivos de asombro y dolor. Nos referían las sediciones, los incendios, las devastaciones y la ininterrumpida efusión de sangre de

que era teatro toda la nación. Nos contaban los nuevos decretos que lo trastornaban todo. Lamentamos la muerte trágica del rey, la de su familia desgraciada, y las de otras muchas víctimas ilustres e inocentes.

Mientras, transcurría la guerra de Francia. En la tribuna de la Convention, Danton expresó la doctrina de las fronteras naturales del país; los límites estaban marcados por la naturaleza, los alcanzaremos, decía, por los cuatro puntos del horizonte, del lado del Rín, del lado del Océano, del lado de los Alpes. Ahí estaban los límites de la República.

Una noche, estábamos cenando como un matrimonio sencillo, nos sentíamos en medio de todos, de los dos bandos, cuando nos llegó la noticia de la muerte de Louis-Michel Lepeletier de Saint-Fargeau, el amante de Teresa. El diputado había sido asesinado por un monárquico por haber votado la muerte de Louis XVI.

Decidimos que yo iría a verla al día siguiente. Pablo me pedía que le suplicara que se fuera. Cuando llegué a su casa toda la decoración había cambiado; parecía mostrar una desolada revolución. Tras la muerte de Louis XVI se obligó a representar obras sin rey, y la antiguedad romana fue tema obligatorio y esta moda fue después seguida por los salones. En el de Teresa; otro gran reloj de David. La manía de lo antiguo tintada de exotismo se desplegaba en el mobiliario, en el traje, las artes decorativas.

Los restos de su amante fueron llevados al Panteón el 24 de enero de 1793. La acompañé toda la mañana. Allí estaba Marie-Joseph Chénier, el organizador de un espec-

táculo antiguo para la ocasión. Muchos miembros de la Convention, todo el salón de los Talma, éste acompañado de su esposa.

Teresa me confirmó que se iría. No sé cómo se las arreglaba, pero ella estaba siempre en el punto más caliente, entre un amante que vota la muerte del rey y un padre que lucha por salvarlo. Sobre ella pesaba el hecho de ser la hija de banquero español, de ser extranjera, de ser la esposa de Fontenay. Su máximo apoyo había sido su amante y ya no tenía nada que hacer en París. Se iba a Burdeos.

En Meung, seguíamos trabajando mientras, en París, el 6 de abril se decreta la creación del Comité de salut public con Danton y Cambon, entre otros. Francia está dirigida por un triunvirato de Robespierre, Couthon y Saint-Just. El 13 de julio asesinan a Jean-Paul Marat. Quince días más tarde, Robespierre entra en el Comité de salut public.

El 10 de agosto inauguraron el Musée du Louvre. Y ese mismo agosto llegó el Terror. Hubo una diferencia entre el periodo revolucionario y el periodo de guerra. Hasta ahora había sido una revolución política, no una guerra. La revolución fue una ruptura en el orden cotidiano y una promesa de felicidad colectiva en y por la historia. La monarquía absoluta agonizaba, pero no era realmente una lucha de clases. Su radical novedad era la ruptura con el pasado y la renovación de la historia.

Talma venía a vernos de cuando en cuando. Una tarde de enero de 1793. Lo acogimos casi como en la Malmaison, pero nuestra vajilla era ahora una de Toulouse, que

tanto gustaba a Pablo. Compramos un reloj revolucionario en el comedor y en la biblioteca pusimos el gran reloj de David. Las únicas noticias un poco más livianas eran las que nos traía el actor. En septiembre de 1793 con ocasión de la primera representación de *Paméla*. Se trataba de un oficial noble que acaba por casarse con una plebeya, pero en la obra de Neuchateaux la boda se basa en que al final se descubre el origen noble de la joven. Esto denunció al autor como reaccionario, a pesar de que era diputado de la Asamblea Legislativa. La obra primero prohibida por el Comité de Salud Pública es en vano arreglada por el autor, cada representación divide al público peligrosamente. Pasa el tiempo y un decreto de la Convention exige representaciones tres veces por semana de obras patrióticas como *Brutus* o *Guillaume Tell*. Y que aquellos que representen obras monárquicas serán cerrados y los comediantes arrestados. En nombre de la ley, había que hacer desaparecer de todas las piezas ya en verso ya en prosa, los títulos de duque, barón, marqués, conde, Monsieur, Madame y otras calificaciones proscritas. Así, Molé en el *Bourru bienfaisant* de Goldoni, en una partida de ajedrez debía decir “jaque al rey” y le soplaron “muerte al tirano”. Una parte de los espectadores hartos de los excesos del terror aplaudieron un día *Paméla* en la tirada: *Quand aux persécuteurs eux seuls sont les coupables/et les plus tolérants sont les plus raisonnables/ tous les honnêtes gens sont de cet avis.* Un capitán de dragones se encontraba allí y gritó “la tolerancia política es un crimen”, fue insultado, rodeado y expulsado de la sala. Al salir, corrió a los jacobinos donde

estaba Robespierre y éste hizo enseguida confirmar por el Comité de salut public su decisión de cerrar el teatro e inmediatamente el acta fue ratificada por la Convention. El teatro fue cerrado, los Comediantes y el autor de *Paméla* fueron arrestados y encarcelados. Una treintena de comediantes fueron arrestados pero esta vez no fueron a Fort L'Évêque sino a cárceles de las que generalmente se salía sólo en carretas. Los comediantes vivirán la angustia. Un buen número de artistas fue encarcelado en Saint-Lazare. Charles de Labussière, ese pequeño actor que parecía atontado yendo a todas partes como perrillo faldero de Talma, había consiguido un empleo en la oficina del Comité de Salut Public, y había destruido algunos archivos de acusación, junto con los de un sinnúmero de personalidades de la escena parisina que le debían su vida.

Talma nos contó que diecinueve días antes de la muerte del rey, una pieza de Laya, *L'Ami des Lois* iniciaría una primera ofensiva de los revolucionarios. Los Comediantes franceses, montándola, demostraron gran valentía o imprudencia. En ese momento el proceso contra Louis XVI estaba en curso, la autoridad de Robespierre era absoluta y la obra ponía en escena a Robespierre y a Marat bajo los nombres de *nomofage* y de *duricrâne*. Partidarios y adversarios estaban en la sala y la Comuna prohibió la representación, pero el público la reclamó y ocupó la sala y rechazó salir de allí sin que la obra fuera representada, nada los calmaba ni los dos cañones que Santerre puso apuntando al teatro. Los parisinos alertados invadieron el barrio. Treinta mil personas se precipitaron en las calles

adyacentes al teatro. El alcalde llegó a pacificar y fue retenido por la fuerza, le obligaron a escribir a la Convention. Esperaron cinco horas la respuesta que no llegó hasta las diez de la noche con la consigna de que había sido un abuso de poder. La representación fue autorizada y comenzó inmediatamente; terminó a la una de la mañana; algo nunca visto. Pero esta victoria asustó a los comediantes que retiraron la obra. Desde entonces los adversarios de la Comédie buscaron la ocasión de hacerla desaparecer.

Entre septiembre y noviembre, la Comédie-Française es cerrada y todos los miembros de la troupe encarcelados; se aprobó la terrible ley de sospechosos; ejecutaron a muchos Girondinos, a Philippe d'Orléans, a Madame Roland, a Bailly, el primer alcalde de París.

De la sociedad de Louveciennes, nos llegaban las más tristes noticias. Una especialmente dolorosa para Pablo; un inglés llamado Greive, encabezando un pequeño grupo de individuos excitados, entre ellos Zamor, el servidor negro de Madame du Barry, y Salanave, su criado, provocó, a pesar de las protestas de los habitantes, el arresto de Madame du Barry. Cuando en enero la realeza europea se despertó estupefacta al ver que el rey de Francia, Su Muy Cristiana Majestad, acababa de ser guillotinada la noche de antes, para Mme du Barry fue una noticia impresionante. Tanto él como la reina María Antonieta la habían tratado con dureza al acceder al trono, pero la *Bien Aimée* había mostrado siempre respeto hacia ellos. Consternada, la noticia le pilló en Londres y allí fue con muchos emigrados a la misa por el difunto que se ce-

lebró en la capilla de la embajada de España. Para los emigrados, fue un revulsivo. La muerte del rey cambió el posicionamiento de la Inglaterra monárquica que se unió a la coalición de los Aliados y declaró la guerra a la República. Quedarse en Londres era complicado para la condesa porque sería tratada como emigrada. Además, una mala noticia le llegó; sus propiedades de Louveciennes habían sido precintadas, como a una vulgar emigrada. Volvió enseguida. Por entonces, el Terror no estaba todavía en la vida francesa, aunque los más clarividentes estaban seguros de que lo peor estaba aún por llegar. A mediados de marzo llegó a su pueblecito y constató que todo había cambiado mucho. Un tal George Greive, uno de esos personajes turbios, llegó al pueblo con la intención de hacerse un nombre patriótico, aprovechando los tiempos revolucionarios, pues presumía de grandes amistades con Franklin y Marat. Y también para hacerse con dinero si conseguía aniquilar a la amante del penúltimo tirano de Francia, como él la llamaba. Greive se dedicó a ganarse a los antiguos criados de la du Barry, su antiguo pinche de cocina, Salanave, y a Zamor, su criado negro. Salanave había sido despedido por el mayordomo de la condesa, por hurto. Zamor había sido siempre mimado por su señora, pero debió sufrir los insultos y la falta de respeto de los señores que frecuentaban la casa. La venganza se fue hurdiendo lentamente, pero la condesa era querida y hubo que esperar hasta el 10 de agosto de 1792. Con la caída de la monarquía, Greive se puso al frente de la “Société populaire” de Louveciennes y Salanave y

Zamor dirigen el “club republicano” del pueblo. Denunciaron a la du Barry como emigrada ante el procurador general síndico de Versalles. Lleva meses en Londres, decían. El procurador, mal informado, ordenó colocar los precintos en el castillo. A últimos de marzo, la condesa escribió pidiendo que retiraran los precintos. Entró en contacto con Lavallery, con galantería, obtiene algunos certificados, puede vivir en su casa, pero le embargan sus bienes. Los sans-culottes piden que se entre en su casa y comprueben los emblemas de la realeza. El 3 de julio de 1793, Greive es autorizado a hablar ante la Convention. Allí dice que la Du Barry es una mujer demasiado célebre en los fastos de la historia monárquica de Francia, que, a pesar de sus amistades incívicas, ha sabido hasta hoy, mediante sus riquezas y sus caricias, que aprendió de las lecciones en la corte de un tirano, adormecer la vigilancia de hombres buenos, pero poco acostumbrados a estos medios de intriga, que ha sabido escapar al espíritu de la Declaración de los Derechos del Hombre. Pide el arresto de la du Barry. La Convention nombra dos comisarios para examinar el civismo de la condesa. Unos cincuenta habitantes reaccionan, sintiéndose engañados por Greive, firmaron una petición atestiguando los servicios de la condesa con la comunidad, la ciudadana Dubarry. El 9 de agosto, tras los comisarios de la Convention, el Comité de Seguridad General declara que no tiene nada contra la ciudadana du Barry. Ello lo celebra con fiestas. A su edad, casi cincuenta años, levanta pasiones. El duque de Rohan-Chabot cae perdidamente enamorado de ella. Será su

última y breve relación. Greive, ofendido, publica un panfleto contra la dama. Ella se decide a quitar de en medio y guardar todo lo monárquico, pero todas estas medidas serán inútiles. A primeros de septiembre, Hébert y los extremistas de la comuna de París imponen una profunda radicalización política a la Convention que terminó, el 17 de septiembre, con la adopción de la terrible ley de los sospechosos. Esto permitió detener no sólo a los emigrados sino a todos aquellos que ya por su conducta, ya por sus relaciones, ya por sus dichos o por sus escritos se hubiesen mostrado partidarios de la tiranía. Es el principio del Terror, la puerta abierta a todas las arbitrariedades. Es el momento. Un cambio en la composición del Comité de seguridad permite a Greive renovar sus quejas, y esta vez no caen en saco roto. El 21 de septiembre, Greive obtiene la orden oficial para arrestar a la Dubarry. Es el comienzo del fin. Van a por ella. Intenta quemar cartas. No la dejan. La llevan a Sainte-Pélagie, donde antes se recibían a las prostitutas, ahora casa Pélagie, cárcel política de la revolución. Los largos corredores fríos dan acceso a una multitud de pequeñas celdas, la mayoría sucias y sin ventilación. No es la cárcel agradable del Luxembourg, donde los hombres y las mujeres pueden cortejarse como antaño. Escribe a su criado para obtener algo de ropa, pero también para preguntar por la suerte de sus criados. Greive se ha instalado en el castillo durante seis meses y acaba con todos los tesoros de la *Bien-Aimée*. Fue un pillaje sistemático de su casa. Él ha demostrado eficacia; clasifica los papeles de ella, les pone comentarios, ayudando así a

Fouquier-Tinville, acusador público, a redactar su inculpación. Los decretos de la Convention eran fulminantes contra los sujetos ausentes calificados todos de emigrados. Había pasado demasiado tiempo en Inglaterra haciendo oídos sordos a quienes le aconsejaban volver.

Esto no sería lo último que tuvimos que soportar. El 2 de agosto de 1793 detuvieron de nuevo a mi hermano, y esta vez también a su suegro Pourrat. Culpables de ejercer el oficio de banqueros, son llamados a rendir cuentas de su conducta en el proceso de Louis XVI. El 5 de diciembre, Louis Pourrat, padre de Françoise, es transferido a la cárcel del Luxembourg y mi hermano Laurent Le Coulteux conducido a l'Évêché y luego a la Conciergerie. Habían sido denunciados por Ducange, agente del Comité de Seguridad general, como agentes de España. Al mismo tiempo, unos comisarios fueron enviados a sus domicilios para realizar registros en sus bodegas, retirar parques, los revestimientos, para recoger los papeles, las correspondencias y el dinero del extranjero. Laurent fue veinte veces amenazado de muerte, pero gracias a la intervención de Fouquier de Tinville pudieron esperar a la reacción termidoriana. Su carpeta fue puesta debajo de todas numerosas veces.

Nuestro amigo Laclos también fue arrestado. Mme Pourrat intercede personalmente y con mucho coraje ante el verdugo Le Gendre para dejar salir Laclos de la cárcel del Petit-Luxembourg donde ha sido encarcelado por ser antiguo secretario de Philippe-Egalité. Ella sigue recibiendo en el salón, pero los días pasaban tristemente

desde el principio del año 1792. En enero, Fanny había perdido al mayor de sus tres hijos. Chénier sigue escribiendo en el *Journal de Paris* unos artículos llenos de dolor y amargura. Se ha retirado a una casa en Versalles, pero va diariamente a Louveciennes. Laurent Le Coulteux de la Noraye está en la cárcel, pero Françoise-Charlotte Pourrat no se mueve de allí. Mujer simple, dulce y tímida, a menudo se ruboriza y sólo está a gusto con pocos amigos. Esta época le da miedo, si bien antes no se preocupaba de nada. Ha perdido un hijo y los otros son de salud frágil. Necesita ser reconfortada y Chénier le da afecto y ternura que necesita y le inspira el sentimiento de adorar una divinidad. Parece que ella sólo siente una afectuosa amistad, pero acepta su compañía encantada. Largos paseos, visitan a sus trabajadores, da socorro, ayuda a los enfermos y a los indigentes.

Las persecuciones contra los nobles fueron ejecutadas bajo todas las formas y en virtud de numerosas leyes; la Convention nationale obligó al desarme de los nobles inofensivos. Y, en otoño de 1793, autorizó a los delegados departamentales a demoler los castillos pertenecientes a dichos señores. Además, todas las casas, edificios, parques y jardines que exhibieran signos de nobleza serían confiscados en provecho de la nación. Las comunas que tuvieran nombres que recordaran a la realeza, al feudalismo o a la superstición debían cambiarlos. Y había que renunciar a cualquier distinción; ya fuera señor, señora, y había que tutear obligatoriamente. Unas nuevas costumbres igualitarias se imponían.

El 14 de octubre, María Antonieta pasó ante el Tribunal revolucionario. Dos días después, su ejecución es dictaminada por un verdicto del presidente Herman. Es guillotinada a las once de la mañana.

El Terror nos trajo noticias extremas ese otoño. El 24 de noviembre se ordena arrestar a todos los *Fermiers Généraux*. Mi marido había dejado de ser *fermier* en 1788. En abril de 1789 fue elegido diputado por el Tiers État y nombrado tesorero general de la Extraordinaire des guerres, función que ocupó hasta el 31 de diciembre de 1792. El 7 de diciembre de 1793 fue arrestado en la Malmaison como banquero, por intentar salvar a Louis XVI. Los precintos fueron puestos sobre la puerta de la biblioteca y sobre las de su dormitorio en la Malmaison. Tres habitantes de Rueil fueron constituidos como guardas de los precintos, entregaron un fusil y cuatro pistolas encontradas en el castillo.

Recibíamos cartas de Teresa. Vivía en casa de Dominique Cabarrús, en calle Neuve, junto a Notre Dame, en Burdeos, protegiéndose del terror contra los aristócratas. Cuando estaba solicitando un pasaporte para volver a España, se encontró con Tallien, enviado por París para endurecer la mano en Burdeos. Los dos se enamoraron perdidamente, y Teresa se quedó en esta ciudad. Eran los dos amantes más poderosos de Burdeos. Probablemente se conocieron hacía tiempo en París, pero fue en Burdeos donde ella lo encontró guapo, rubio, de rizos atractivos, galán. Exhibían su amor, asistían en calesa a los actos revolucionarios, al teatro. Teresa, con sus encantos, su inte-

ligencia, conquistó el corazón del hombre. Con su bondad, aprovechó su situación privilegiada para salvar a aristócratas nobles, también del clero. Teresa tenía un papel influyente y lo supo aprovechar. Estuvo a punto de ser guillotinada; al principio, en Burdeos, en la fortaleza Ah. Cambió el rumbo de la historia. En Burdeos, en la iglesia de Notre Dame, lugar emblemático, templo de la razón, Tallien leyó un discurso sobre la juventud, la educación, escrito y redactado por ella. Fue un momento importante, por la atracción sobre los ciudadanos, en el templo, un discurso comprometido con valores de libertad, igualdad y fraternidad. Teresa era de talante comprometido, tenía convicciones, no sólo belleza. Tenía fundamentalmente un lado provocador. En Burdeos, se encuentra con muchas mujeres. Las ayuda a recuperar su libertad y sus bienes. La llaman “Notre Dame de bon secours”. ¿Cómo lo consigue? Consiguió que el encargado de aplicar el terror en Burdeos cayera rendido entre sus brazos. Teresa tenía un instinto y una intuición particular para los hombres de poder. Tallien había sido enviado en misión por la Convention para someter a los bordeleses girondinos que se habían alzado contra la Montagne. Era el hombre de poder, el hombre del momento. Ella se echó a sus brazos, siempre atrevida en su gusto por el riesgo y con la seguridad de que podría dominar el peligro con su belleza. Terminaron perdidamente enamorados el uno del otro. La quiere tanto que salva a gente en lugar de cortarle la cabeza. El terror en Burdeos sería mucho menos duro que en Rennes o en Lyon. Eso levanta la inquietud y las

sospechas de Robespierre. Tallien, más en la línea de Danton y de les Cordeliers, es uno de esos revolucionarios que intentan parar un poco ese terror y será pronto sospechoso de crimen de “moderantisme”.



CAPÍTULO XIII

L

La noche del 17 de agosto de 1793, Pablo la había pasado entera en blanco, sentado en el sillón de su cuarto con una vela al lado, sin hablar, sin moverse. Cuando llegó la hora azulada de comenzar su rutina, seguía allí sentado. Se levantó cuando aparecieron los obreros. Pasó la jornada en silencio. La ausencia le duró dos días y por fin reaccionó poniéndose a escribir.

Dos días antes, un decreto había dispuesto la creación del Libro Mayor de la deuda pública y anulado los créditos a título de rentas vitalicias. Eso significaba que se anulaban las rentas que él poseía en el Ayuntamiento de París, privándole de la totalidad de sus ingresos. Cuando reaccionó, pudo dirigir a la Convención nacional una protesta, reivindicando su condición de ‘hijo adoptivo’ de la nación francesa. Él, ciudadano Olavide, que, nacido español, había roto los cerrojos de las cárceles de la Inquisición, que había huido con horror de aquella tierra de opresión y de tiranía para venir a vivir en la tierra de la Igualdad y de la Libertad, ¿sería posible que se le contase entre el número de extranjeros, cuyos bienes con justa razón habían sido secuestrados? ¿Era acaso extranjero quien antes y después de la Revolución había cumplido con exactitud todos los deberes de buen ciudadano? Por la

patria, había enviado una vajilla de plata a la Moneda, realizado un donativo patriótico de nueve mil libras, se había alistado en la Guardia Nacional a pesar de su edad y achaques, adquirido bienes nacionales, adoptado un niño vestido y alimentado a su costa, fundado la Sociedad patriótica de su municipio, finalmente y, sobre todo, había depositado su confianza en Francia, a quien, reconocido, había elegido como heredera, colocando en las arcas nacionales su dinero en forma de renta vitalicia. No había recibido respuesta su petición cuando otra amenaza peor vino a apesadumbrarnos. Por la ley del 21 de marzo de 1793, la Convención había creado, donde no existían todavía, unos comités de vigilancia, una de cuyas principales tareas era controlar a los extranjeros residentes en su jurisdicción. Éstos tenían obligación de presentarle una declaración de su estado civil, manifestando sus medios de existencia en Francia, sin cuyo requisito deberían en el plazo de veinticuatro horas abandonar el territorio del municipio en que habitaban y salir de la República Francesa. En su caso todo se complicaba más porque los súbditos de los países en guerra con Francia serían expulsados inmediatamente si no podían justificar el ejercicio de una profesión o la adquisición de una propiedad inmobiliaria en Francia, o, en último término, no pudiesen presentar un certificado de civismo avalado por seis ciudadanos domiciliados en el municipio. Preocupado, recurrió a la municipalidad de Meung. El alcalde certificó que había prestado el juramento prescrito por la ley, que igualmente había dado pruebas del civismo más puro y se había com-

portado como buen ciudadano francés, testimonio que, a petición del interesado, fue expuesto durante tres días en la puerta del Ayuntamiento. Como no quedó tranquilo con el certificado de la alcaldía, quiso escribir él mismo al comité de vigilancia reivindicando su adopción como ciudadano francés: "Ciudadanos, me apresuro a comparecer ante vosotros en los primeros instantes de vuestro establecimiento, obediente a la ley del 21 de marzo, no porque me considere como extranjero, sino para evitar todo error y toda falsa interpretación... Nacido en la América meridional, asuntos particulares me trajeron a Europa; desembarqué en España: una amplia extensión de desiertos incultos y deshabitados no esperaban más que el trabajo del hombre para ofrecer a los cultivadores una fuente inagotable de riqueza. Concebí la idea de beneficiar a varias naciones; en pocos años, tuve la satisfacción de ver levantar, ante mis ojos y por mis desvelos, nuevas ciudades pobladas por muchos habitantes, un nuevo pueblo de hermanos que podían pasar sus días con holgura y fraternidad. La Inquisición encontró en la conducta y en las leyes que di a estos pueblos, principios de tolerancia y de libertad opuestos a toda superstición; este tribunal, compuesto de clérigos me separó de tal labor y me encerró en sus prisiones durante cuatro años. A pesar de la vigilancia de mis guardianes, tuve la dicha de escapar de sus manos y pude volver a encontrar la libertad en Francia: pero pronto hube de huir a Suiza al saber que la Inquisición había exigido del Rey de España que me reclamase, y éste tuvo la debilidad de reclamarme para ponerme de nuevo en sus

manos. El gobierno francés, a pesar de la consideración y simpatía que entre sí tienen los déspotas, tuvo vergüenza, temiendo deshonrarse a los ojos de Europa, y lejos de entregarme, me comunicó que podía volver y vivir tranquilo en Francia. Os ruego, ciudadanos, que consideréis las circunstancias de esta época. Imploré a Francia y Francia, por el órgano del gobierno de entonces, me recibió en su seno y me puso bajo su salvaguarda: os pregunto si conocéis una adopción más solemne, si encontráis títulos más auténticos de naturalización. Es necesario que en la tierra pertenezca a un Estado; no puedo pertenecer a España, país del que huyo, que me abandona, o si me busca, es para perseguirme y aprisionarme. Dejé de ser americano, dejé de ser extranjero; me convertí en ciudadano francés; cambié mi antiguo nombre de Olavide por el de Pilos; hice de mi nueva patria mi heredera, colocando en renta vitalicia los bienes que pude salvar de la confiscación. Hace, pues, trece años que soy ciudadano francés y con domicilio en París, en donde he pagado mis contribuciones. Entonces comenzaron a manifestarse en Francia, con la Revolución, los principios de libertad e igualdad que llevé siempre en mi corazón y de los que fui víctima. No quiero hablaros del entusiasmo con que saludé los nuevos acontecimientos, pero os diré que he contribuido, en mi sector de Ponceau, a cuanto se pedía a todos los ciudadanos (he enviado alhajas a la Moneda, he pagado la contribución patriótica del cuarto). Era mi deber, y no podía obrar de otro modo pues era ciudadano francés. La vejez y los achaques, continúa Olavide, me

han obligado luego a retirarme al campo. Desde este momento, ciudadanos franceses, vosotros sois testigos de mis actos y de mi amor patriótico. Habéis visto que he cumplido con todos los deberes de ciudadano francés, que me he convertido en propietario por compra de una casa, en colono por el arriendo de una finca de labor que he mejorado y, finalmente, en fabricante de paños bastos. Recuerden, ciudadanos, que la Sociedad popular, de la que soy uno de los fundadores, me ha reconocido como ciudadano francés, que he jurado como tal la constitución y votado en las elecciones, que soy ciudadano francés como todos los demás ciudadanos de este municipio y que no estoy en el caso de un extranjero a quien pueden aplicarse las leyes de 21 de marzo, de 1 de agosto, de 6 de septiembre y otras referentes a extranjeros no naturalizados o que no han reunido las condiciones requeridas para ser naturalizado francés.”

La espera de una respuesta fueron unos largos meses de agonía. Jean-Jacques, mi marido, había sido encarcelado en diciembre y nos temíamos lo peor, que detrás fuéramos todos nosotros, pero por fin, el Comité de vigilancia de la municipalidad de Meung terminó por aprobar la reivindicación y reconoció al ciudadano Olavide, llamado Pilos, como ciudadano francés. Pasamos el invierno relativamente tranquilos. Aunque él no se relajaba, yo me acurrucaba bien contra su pecho y, aunque mis manos no tenían ya la suavidad de antes, le acariciaba con todo mi cuerpo, bajo el edredón, olvidábamos los rigores de la revolución envolviéndonos de besos, otorgando al cariño lo que nos negaba la razón.

Las noticias de París anunciaban el trágico fin de viejos amigos; la condesa du Barry, su cuñado Le Roué, el presidente Salaberry, el poeta Rouché, el barón de Trenck que había sido con Pablo la más digna representación de la delegación de los proscritos en junio de 1791. Todos los prisioneros que debían pasar delante del Tribunal revolucionario eran transferidos antes a la Conciergerie, antesala de la muerte. Madame du Barry llegó allí el 4 de diciembre de 1793, ahora 14 frimario del año II. De dicha cárcel, desde el mes de septiembre, sólo se salía para subir al cadalso. El 6 de diciembre comenzó su juicio a las nueve de la mañana. En el banquillo de los acusados se encontraban tres banqueros, Vandenyver padre y los dos hijos. Allí estaba el terrible Fouquier-Tinville, que consiguió la cabeza de la reina y ahora pretendía la de la reina de corazones. La revolución imponía una justicia expeditiva. La *Bien Aimée*, tan coqueta hasta en los peores momentos, dijo que tenía cuarenta y dos años cuando en realidad eran cincuenta. Fouquier-Tinville concluyó diciendo que la infame conspiradora que tenían delante, en el seno de su opulencia conseguida por sus desenfrenos, viviendo en el corazón de una patria que parecía sepultada por el tirano del que había sido la digna compañera, no podía olvidarse que, a pesar de su prostitución y el escándalo de su elevación, la libertad del pueblo había sido un crimen a sus ojos. El discurso significaba que Madame du Barry debía ser condenada no sólo por complot sino también porque había sido una prostituta. Así, el severo jacobino se aliaba con los hipócritas cortesanos para denunciar a la

antigua amante. El abogado de la dama, Chauveau-Lagarde, no pudo nada por la favorita de Louis XV, como tampoco lo pudo con la cabeza de María Antonieta. Los cuatro acusados fueron condenados a muerte. La sentencia sería ejecutada al día siguiente a las once de la mañana. Al amanecer; el último aseo, cortar bien el cuello de la camisa y despejar la nuca. Le preguntaron de nuevo dónde tenía escondidas las joyas en su propiedad de Louveciennes. Lo dijo todo con exactitud, creyendo que esto la salvaría, pero, nada más terminar, la suben a la carreta donde están los tres banqueros esperando. Durante el trayecto de la Conciergerie a la plaza de la Revolución, donde está la guillotina, grita hasta romperse. La multitud se quedó sorprendida. La atmósfera era lúgubre, el azul gélido caía. “Un instante más, señor vergudo” dijo la que desde el principio de la revolución había ayudado escondiendo valientemente a religiosos, aristócratas perseguidos, a guardias del rey. Ella que había combatido contra el destino poco glorioso que le había reservado su cuna, ella, la *Bien Aimée*, lanzó un grito que sobresaltó la indignación humana.

Mientras se festejaba que desde el 4 de febrero, 16 pluvioso, la Convention había abolido la esclavitud en la metrópolis y en el conjunto de las colonias francesas, había que contar innumerables víctimas del Terror y arrestos. Tres cuartos de cada cien eran ejecutados por una ley marcial aplicable a los departamentos insurrectos, unos por crimen de contrarevolución, conspiración, emigración, traición, inteligencia con el enemigo, los menos por ser curas refractarios, entre las víctimas, muchos campesinos

también y trabajadores. El Terror golpea con un rigor acelerado a los monárquicos, luego a los adversarios de los Montagnards y a los equipos que rivalizan alrededor del poder. El 5 de febrero, Robespierre reclama sofocar a los enemigos internos y externos de la República, o morir con ella, porque se conduce al pueblo con la razón, y a los enemigos del pueblo con el Terror. Por su parte, Saint-Just que presidía la Convention desde febrero, lanzó a los cuatro vientos, en marzo de 1794, que la felicidad era una idea nueva en Europa, así introdujo un decreto que indemnizaba a los necesitados con los bienes de los enemigos de la República. En medio de las muertes, la época desarrolló las dos tesis y funciones de la elocuencia. La elocuencia como garante de la libertad y la retórica como amenaza contra la democracia. ¿Habéis acaso visto oradores bajo el cetro de los reyes? repetía Saint-Just. No. El silencio reina alrededor de los tronos. Sin embargo, el arte de hablar demasiado bien es un peligro, la palabra no debe transformarse en sofisma. ¿Qué es, pues, la elocuencia? El arte de engañar a los hombres haciéndoles amar el error, un medio seguro de los intransigentes para obtener el éxito y el azote de la libertad. Saint-Just pedía que los niños fueran rigurosamente formados en el laconismo del lenguaje. Se les debía prohibir los juegos en los que declaman; había que acostumbrarlos a la verdad simple. Lo cierto es que la guillotina esperaba a los perdedores de los grandes duelos oratorios, así como a los periodistas idealistas o a Olympe de Gouges, la más célebre de las militantes feministas.

El 7 de marzo de 1794, 17 ventoso, cuando André Chénier se dirijía, junto con la novia de Ocariz, a casa de su gran amiga, la señora Pastoret, debió haber algún chivatazo. Allí es arrestado, junto a todos los asistentes a la velada, por el agente del Comité de seguridad general, Guennot. Junto a otros cuatrocientos presos llegados el mismo día, le encarcelan en Saint-Lazare, de donde los religiosos habían sido expulsados dos años antes. El antiguo convento albergaba ya más de seiscientos detenidos; todos militares, magistrados, hombres de letras, abogados, profesores, músicos, actores, bailarines, pintores, estudiantes, comerciantes, funcionarios, médicos, agricultores, artesanos, aventureros... Ni su hermano ni David ni nadie hizo nada por él. Durante su estancia en la cárcel, escribió sus mejores obras y se enamoró de Aimée de Colligny, también encarcelada, a quien dedicó la *Ode à la jeune captive*, que ella no llegó a leer. Nadie le lloró más que mi cuñada Françoise, Fanny, quien, hacia mediados de febrero, dejó definitivamente Louveciennes para instalarse en París en su castillo de Auteuil, para dedicarse enteramente a sus seres queridos.

Nadie estaba fuera de peligro. A mediados de marzo se ensañaron con la facción de los Hébertiste —Hébert, Ronsin, Mazuel—, ejecutados todos el 24 de marzo. A último de mes lanzaron sus zarpas contra los Dantonistas, también llamados Indulgentes. El Comité de salut public hacía de las suyas.

Otro mazazo sacudió a Pablo esa primavera. La muerte de Condorcet, tan absurda, llevó a todo el mundo a cues-

tionar la influencia de los enciclopedistas sobre los Constituyentes. El filósofo que creía en el perfeccionamiento indefinido de la especie humana; el diputado en la legislativa que publicó cinco *Mémoires* sobre la instrucción pública; que defendía la escuela independiente del poder religioso y preparó un plan de constitución, moría en un sin sentido. Su protesta pública contra los arrestos de los girondinos le valieron el odio de los jacobinos. Buscado en 1793, se escondió unos meses en casa de una amiga de su mujer donde escribió *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*. Cuando anunciaron que cualquiera que encubriera a un proscrito sería condenado a la pena capital, Condorcet, héroe y mártir de la revolución, dejó su escondite y fue inmediatamente arrestado. Se suicidó en su celda el 29 de marzo de 1794.

Al día siguiente, el 10 germinal por la noche, arrestaron a Danton. Seis días después, el 16 germinal del año II, 5 de abril, ejecutaron a Danton y a sus partidarios. Con él es guillotinado Desmoulins, quien había votado la muerte del rey, pero que luego se hizo portavoz de los Indulgentes frente al Terror. Fabre d'Églantine fue otro de los guillotinados; las commociones políticas de 1791 lo lanzaron en la facción de los Dantonistas; los electores de París lo enviaron a la Convention nationale; había votado la pena de muerte contra Louis XVI; perteneció al Comité de salut public e hizo adoptar el almanaque republicano; pero nada de esto le salvó de la muerte. El comité quiere depurar la Commune, hacer desaparecer las sociedades populares e institucionalizar el funcionamiento de las secciones

reduciéndolas a dos sesiones cada diez días. Refuerzan la centralización del poder obteniendo de la Convention la supresión de los ministros, reemplazándolos por doce comisiones ejecutivas elegidas por la Convention.

El 27 germinal del año II, 16 de abril de 1794, la ley agravó las penas y centralizó la instrucción de los dossiers judiciales en París. Un escalofrío helaba el castillo de Meung; ya no dependeríamos de nuestro comité local. Yo le decía que siempre tendríamos amigos en la capital, a Talma, a David; estaban bien avenidos con todos, ellos podrían ayudarnos. Nuestra Teresa estaba junto a Tallien; ella también podría ayudarnos. Y ese joven actor, Labussière, que estaba en un sitio tan estratégico. Debíamos ser fuertes, seguir con nuestro trabajo, pero él llevaba razón preocupándose.

Ese mismo miércoles, cuando más tranquilos estábamos intentando llevar una vida austera y sencilla, hicimos el almuerzo fuera, al aire libre, invitando a los obreros por el cumpleaños de Josefa, llegó una orden de detención emitida por el Comité de Seguridad general contra “el exconde Pilos y la mujer de Le Coulteux”, para ser encarcelados en la prisión de Beaugency. Inmediatamente pensamos en Jacques-Jean y que estas detenciones serían consecuencia de la suya, pero no fue así. A mí me detenían por haber albergado en mi casa a un exnoble extranjero y originario además de un país en guerra con la república francesa. No era cosa de las autoridades locales, sino del comité de seguridad general que obraba en aplicación de la ley de 17 de septiembre de 1793 que disponía la detención

de todos los sospechosos. El Terror estaba a punto de llegar a su mayor exacerbación; se oía que se estaba preparando la ley de Pradial, para primeros de junio de 1794, que suspendía todas las garantías habituales de la justicia; la prisión se consideraba entonces como la antesala del patíbulo.

Esta vez no se vino abajo, y multiplicó las gestiones para deshacer el error de que, como ciudadano francés, era víctima. Y para no vernos a mi hija y a mí en la cárcel.



CAPÍTULO XIV

*P*or tercera vez en su existencia aventurera, Pablo de Olavide conocía los rigores de la prisión, esta vez en el país al que quince años antes había llegado en busca de la libertad.

En la noche del 16 de abril de 1794, nuestra casa se halló de repente cercada de soldados, y por orden de la Junta de Seguridad general, fuimos conducidos a la prisión de mi departamento. Francia estaba entonces cubierta de terror y llena de prisiones. En ella se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los más nobles, los más sabios o los hombres más virtuosos del reino. “Yo no tengo ninguno de estos títulos” me decía Pablo. Mas, la discordia, el desorden y las angustias se habían apoderado hasta de los rincones más ocultos, y no quedaba asilo para la paz del alma.

Enterado Talma, fue a encontrarse con el sacerdote Plassiard. El cura nos trajo noticias. Talma hablaría con Charles Hippolyte Labussière. El pobre Labussière trabajó durante la Revolución en una sala de espectáculos que se abrió en la calle Saint Antoine, en el número 46. Allí, con discusiones varias con actores, había mostrado a veces acciones que hacían dudar de sus sentimientos revolucionarios. Encontró otro refugio entrando en el Comité de

Sûreté générale, en el segundo piso del Pavillon de Flore de las Tuilerías. Muchos jóvenes monárquicos entraron en esas fechas en el Salut public y en el de Sûreté générale. Bajo la Convention, conoció al periodista y poeta Fabien Pillet que se ocupaba de la oficina del Comité de Sûreté générale. Le encontró allí un trabajo, primero para la correspondencia, luego en registro. Se encargaba de los dossiers, de incluir y ordenar las piezas incriminatorias; denuncias, informes de sección, cartas, papeles, testimonios escritos, etc. y las piezas justificativas. Labussière estaba donde se centralizaba toda la información, se ordenaba y se ponía a disposición de la Comission popular, en el Muséum, en el Louvre. Todos los días a las dos de la tarde, la Comisión enviaba a un escribano por los dossiers de los acusados, según la lista establecida por ella y aprobada por los dos comités, pasaban ante el Tribunal revolucionario. El trabajo de Labussière era registrar, clasificar los dossiers, y preparar los que tenían que ser enviados a Fouquier-Tinville, pero se dedicó a quitar lo más comprometedor e incluso hacer desaparecer la carpeta entera. El cómico sentía que algunas acusaciones eran grotescas, que ya habían sido condenados antes del juicio. En un brazo del Sena, entre la isla Louviers y el Arsenal hacía añicos los documentos y los echaba al agua. Se hacía el tonto cuando le preguntaban; interpretaba al pobre hombre superado por el trabajo. En el caso de los actores de la Comédie-Française, Collot d'Herbois tenía prisa contra ellos, pero, milagrosamente, a Labussière se le habían perdido.

En la celda, en la cárcel de Beaugency, Pablo quiso

escribir. ¿En qué condiciones materiales y psicológicas se puede escribir? Las nociones de imparcialidad, de justicia, de igualdad son muy extrañas. Son los ruidos de la vida cotidiana en medio de los pasillos de la muerte. Hay que sentir el calvario de los prisioneros cuando, diariamente, responden a la llamada nominal. Los carceleros tropiezan en los nombres o no consiguen leerlos. Las cosas importantes cambiaban; yo disfrutaba de la fuente en el patio que nos permitía a las prisioneras satisfacer las necesidades de aseo, seguir coquetas teniendo agua a voluntad.

En el expediente que el comité de vigilancia dirigió al comité de seguridad general relataban que el ciudadano Olavide llegó a Meung en 1791, a partir de esta época, asistió siempre a las asambleas civiles y militares y a las de la Sociedad popular de la que es miembro; aceptó la Constitución y en todas las circunstancias manifestó su entera afección a la Revolución y a los diferentes acontecimientos que la han seguido. Independientemente de la buena opinión que el Comité tiene de su moralidad, existe una prueba indudable de ésta en la información sumaria de su detención, redactada el 5 y 6 de floreal y concebida en los siguientes términos: “Hemos hecho abrir diferentes armarios, etc., y no hemos encontrado ningún papel ni escritos sospechosos; solamente hemos encontrado diferentes cartas y numerosos libros y papeles que demostraban que el exconde de Pilos está bien penetrado de los verdaderos principios republicanos así como de la justicia y de la probidad que caracterizan a los verdaderos patriotas.” “Es público y notorio que no ha dejado de

hacer favores y beneficios de diversas clases en el municipio de Meung, bien en favor de los pobres de la casa de socorro, bien de familias de la indigencia, pobres vergonzantes y generalmente de todos los que presentaban a él exponiéndole sus necesidades”. “Ha gastado mucho en el establecimiento de una fábrica de paños de fieltro que ha regalado para vestir a los pobres y que no ha podido continuar fabricando por resultar defectuosa. Ha cooperado en la formación de una Junta de caridad establecida en este municipio y se ha ocupado y continúa ocupándose en esta materia con mucho celo y generosidad.” El comité de Seguridad general recibía por otra parte el texto de una petición firmada por sesenta y cuatro habitantes de Meung, en la que se solicitaba la liberación de Olavide y de Madame Sophie. “Que el ciudadano Pilos era un administrador celoso de la casa de socorro. Obsequios y donativos hechos. Que especialmente encargado por la Sociedad de Beneficencia del barrio más pobre, es querido como verdadero bienhechor y apoyo de los desgraciados... Que todos los ancianos e hijos de indigentes son vestidos con paños de su manufactura... Que es buen patriota y amigo celoso entre los más de la República una e indivisible.”

Después de testificar los sentimientos igualmente patrióticos de Mme Le Coulteux, los habitantes de Meung concluían “Reclamamos al ciudadano Pilos y a la ciudadana Le Coulteux como amigos y hermanos nuestros que son.” Una nota firmada por Merlin de Thionville señalaba “búsquese las piezas relativas a este asunto”. Otra nota: “los decretos sobre los extranjeros no le son aplicables”.

En la cárcel, era rara la noche que no tenía pesadilla y me sobresaltaba. El corazón se me salía. La guillotina en lo alto, en medio de un grupo de encapuchados. Es noche oscura. La pesadilla se desvanece. Mi memoria se fue a 1776 cuando Pablo estaba frente a la Inquisición. No me pude volver a dormir. Sólo pensaba en si la salud de él resistiría. Tenía 69 años. Dentro de un rato volvería a entrar la luz por la pequeña ventana en su quincuagésimo octavo día de encarcelamiento. En las cárceles de París se conocían, en Beaugency estábamos solos. Alargar el tiempo, había que tomarse el tiempo con la esperanza de un milagro, para volver a tener el dulce abrazo de Pablo. Y por la mañana en el patio: “Te he podido dar muy poco, mientras que tú; lo que me has dado me servirá toda la vida.”

En tres jornadas aligeraron la cárcel en veinticinco detenidos. El comité de Seguridad general, muy inspirado, acababa de inventar la ‘conspiración de las cárceles’, una máquina administrativa de radical eficacia. Para evitar un laberinto de fastidiosos casos personales, los prisioneros fueron agrupados bajo la misma acusación ‘rebelión’. ¿Quién iba a imaginarse que las hermosas ideas de libertad, igualdad y fraternidad se gangrenarían tan pronto? ¿Tan podrido estaba todo desde el primer día? Todos habíamos estado exultantes en los primeros momentos. Ahora André Chénier, el poeta Roucher y nuestro Hubert Robert estaban en la misma cárcel. Roucher y Robert compartían celda. En 1789 Hubert Robert hizo su primer cuadro de la Revolución, *La Bastille dans les premiers jours*

de sa démolition. Un éxito en el salón que abría al mes siguiente, el 25 de agosto por la festividad de Saint Louis, santo del rey. Un salón donde el público se agrupaba como si nada hubiera pasado el mes de antes, ni sangre en las calles de París ni cabezas pinchadas en unas picas. Tuvo que pintar rápido, antes de que el comité permanente diera la orden de demolición. Demoler la Bastilla era tan titánico como la construcción. Hubert no fue el único que se emocionó entonces, decía siempre Madame Le-compte. ¡Cuántas Bastille en el salón de 1789! La cabeza del gobernador Launay en la punta de una pica. Hoy, 1794, la fortaleza no existe. Los hombres rasgaron el suelo, rasparon hasta el recuerdo de su sombra gigantesca. Robert había creído, como los otros, como nosotros, en una nueva era, un mundo más justo, más libre, pero el viento había cambiado. Robert, aunque excluido de la comisión del Muséum y prisionero, piensa en la gran galería del Louvre, en su iluminación. Una noche la sueña vandalizada y la pinta estando en la cárcel. Igual que había pintado la primera decisión del reino de Louis XVI, la masacre de los árboles de Versalles, testigos de secretos, de besos, de locuras, bailando al ritmo de fiestas musicales, fuegos artificiales y champán. Robert piensa que él también tenía que haberse ido, pero no quiso creer que la Francia de las Luces pudiera bascular hacia la violencia. Vigée-Le Brun la primera, asustada por las cartas amenazadoras e injuriosas, hace cinco años ya, en 1789, que vivía en el exilio. Los que estaban en Roma se quedaron por Italia. Fragonard se fue a Grasse, aduciendo el pretexto de mala salud.

Y David, ¡ay, David! El retrato de Louise Trudaine, pintada en 1791 fue el último que hizo para sus amigos. No había terminado la tela. El terror hizo estallar su amistad con Charles-Louis Trudaine, el joven esposo de Louise. “No es el discípulo de Robespierre. Se equivocó” me decía Pablo. “Debe vivir, pintar”. ¿Por qué no haberse contentado con revolucionar la pintura, excavar alegremente la Academia, él, jefe de los artistas patriotas? Pero no, quiso además jugar a la política, ser elegido diputado en la Convention, malgastar su genio orquestando fiestas patrióticas salidas del cerebro demente de Maximilien, diseñar trajes ridículos, escribir discursos y pretender declamarlos cuando sólo los titubeaba. Tenía un tumor en la mejilla que molestaba su salivación y su elocución. Su lugar está en su taller, sus intenciones en su tela. ¿Cómo había podido olvidarlo? Hechizado por Maximiliano, ha gritado con los lobos de la Convención, ordenado arrestos, firmado condenas a muerte. David se retorcerá en el remordimiento. Es cómplice de al menos trescientas muertes. “Te acuerdas de su íntima amistad con Michel Trudaine, el cuñado de Louise, comanditario del *Socrate*. ¡Qué sociedad tan refinada frecuentaba entonces! Aristócratas y grandes burgueses, vestidos de satén, de cintas, de pelucas empolvadas, todos extasiados ante la fuerza viril de sus Horacios. Tres hombres, tres hermanos, jóvenes, guapos, sobre sus piernas magníficas, en un mismo impulso, unen sus brazos para prestar juramento. David se había acercado a los jacobinos, cuando la República, y esa fue su entrada oficial en política. Elegido para la Convention

Nationale, sentado entre los Montagnards, simpatizando con Marat y luego con Robespierre. Ya no se mataba con puñal, sino legalmente. Los enemigos estaban en la frontera. Para que la República viva, el rey tiene que morir. Dicen que ahora está solo en el taller, que Charlotte, su mujer, lo ha dejado. “No te reconozco” es lo que le dijo al enterarse de que había votado la muerte del rey. Le pidió el divorcio. Cuando el público vio su *Brutus*, en el Salón de 1789, vio el símbolo del patriotismo romano, del entregado a la Nación, el hombre que liberó Roma de su último rey. El padre de la patria que no dudó en ejecutar a sus hijos culpables de conspiración contra la república. Proponerle ese tema era darle la oportunidad de traducir las ideas progresistas que ya volaban en el ambiente. El público lo acogió con delirio. El ebanista Jacob sacó un mobiliario del cuadro y lanzó una nueva moda en París. En 1790, el teatro de la Comédie Française volvía a poner en escena el *Brutus* de Voltaire, al final de la representación, en honor a la presencia de David, los comediantes hicieron un cuadro viviente. Las parisinas quisieron ir con el pelo libre y sin empolvar. ¿Hasta dónde llegaría? ¿El incorruptible Brutus es un modelo de virtud o un monstruo del fanatismo? ¿Y el Incorruptible Robespierre? En 1790, piden a David que pinte el *Serment du Jeu de Paume* en Versalles, él se siente orgulloso, todos estamos orgullosos de su visión épica y solemne. Las emociones individuales trascienden en un único ideal, una fiebre. André Chénier hizo una oda. El cuadro se quedó obsoleto enseguida. El autoretrato de David de 1791 expresa seguridad, inteligencia en la mi-

rada, pero había votado el 20 de enero de 1793. ¿Regicida o tiranicida? Ese día muere Le Pelletier de Saint-Fargeau y David comienza a ser un atormentado.

Los arquitectos no escaparon al terror. Ledoux llevaba en la cárcel varios meses ya. Encerrado en La Force. El “mur murant Paris, rend Paris murmurant” resultó ser un tratado de arquitectura. Era el padre de los veinticuatro kilómetros de muro. El pueblo había descargado contra él la noche antes de la toma de la Bastille. Era una arquitectura amenazante. La cárcel era lo mejor, en el peor de los casos le esperaba la guillotina.

Hubo un tiempo en que todo era posible: nación, ley, rey, libertad, igualdad, fraternidad, pero el aire de París empezó a viciarse cuando los reyes empezaron a sufrir las injurias de las pescaderas de la Halle, y tuvimos todos que interpretar al imbécil feliz ante los decorados de cartón frente a los gritos de la multitud.

Pablo ha envejecido diez años de golpe. Sus rasgos están devastados por el miedo esta vez. Mira el rectángulo de cielo, desde la ventana de la celda. Los de París están mejor; en Saint-Lazare no tenían barrotes, era el lujo poder salir al patio a jugar al balón. Hubert Robert y Chénier pueden salir a recorrer el patio, mientras, fuera, París ruge de impaciencia.

Nosotros echábamos de menos Meung y la Malmaison, el río, los árboles, nuestro árbol, el camino de Sierra Morena.

Recuerdo el día que vinieron Josefa y Plassiard a vernos. Fue el día más importante del encarcelamiento de

Pablo. Trajeron algo de fruta, unas rosas para la señora, decían, pan de pasas para la señorita y papel y tinta para el señor. Pablo no soportaba los olores en la cárcel; prisioneros apestosos y guardianes borrachos, de ese aire de ambiente pesado, saturado. En la sudoración picante de su propio cuerpo, no se reconocía. Su verdadero olor, íntimo, era el de los libros, el de la biblioteca, el papel, el olor a hombre libre. Cuando pudo impregnar de ellos su celda, una inmensa felicidad lo invadió, echando fuera su miedo. Cerró los ojos para saborearlos. Le trajeron tabaco español de gran calidad, que no osó encender. Ahorraba la tinta, el papel era un tesoro precioso. Había escrito en los muros, con angustia. Un poco de su juventud quedó en su memoria y en Sierra Morena, encaramada en estas minúsculas poblaciones. Podría dibujar las plazas de cada una con los ojos cerrados. Eran la evasión. El tiempo que estaba escribiendo era un tiempo que no estaba en la celda. No se quejó nunca, siempre estaba bien y nos distraía lo mejor que podía. Lo que escribe se lo envía a Plasiard. Se siente privilegiado por poder trabajar.

Para escribir hace un esfuerzo de introspección. Recuerda cuando comenzó su etapa de ocho años de viajes por Europa, el primero a Francia e Italia con la excusa de operaciones comerciales, ante su mujer, pero quizá también por el deseo frenético de esa formación que le harían un afrancesado. Y aquél tiempo en que el motín de Esquillache le retuvo en España. En París había colocado una parte de los fondos que tenía de su esposa y que hizo fructíferar en el banco de Laborde. Aunque durante el tiempo

que estuvo en política, como hombre de gobierno el capital que tenía en Francia fue disminuyendo y en 1775 sólo le quedaban 140000 libras. En uno de los viajes a París adquirió una inmensa biblioteca, que cada año iba aumentando con las novedades ya con libreros españoles o con personas en Francia que le enviaban los libros. En 1768 compró 2400 volúmenes que llegaron desde Bayona al puerto de Bilbao y desde allí, por mar, a Sevilla. Algo que despertó recelo en la Inquisición local. Y él mismo fue a explicar que tenía licencia para leer libros prohibidos que le había sido concedida por el papa Benedicto XIV. Algo que no necesitó mientras vivía en Madrid, pero en Sevilla era otra cosa pues no pasaría desapercibido. Y fue prudente adelantándose. Lo justificó diciendo que su objetivo era hacer una biblioteca pública. Encargado como él estaba del secuestro de libros que habían pertenecido a la Compañía de Jesús, quería ampliar con fondos de libros modernos. Todo para crear la mejor biblioteca de España. Buen número de sus libros estaban en el *Index* inquisitorial, incluso prohibidos para los que tenían licencia especial. Con la excusa de preservarlos de la humedad y que no se pudriesen, que los mandó a su casa, donde seguramente hizo el primer expurgo. Envío inmediatamente un catálogo de obras a los inquisidores, pero tan sucinto que no se daban detalles de los autores y así tampoco se sabían las materias tratadas. El inquisidor general prefirió cerrar los ojos, ordenándole que los guardara bien, a buena guarda, y no los diese a leer a nadie, conforme a los términos de la licencia que le concedía el Santo Oficio. Deseaba

reunir en su biblioteca todo lo que se publicara en Francia y prolongar con sus lecturas todo lo que había vivido con sus viajes ultrapirenaicos. Periódicos, Gaceta de Leiden y de Amsterdam, de Francia, recibía “nouvelles à la main” de París, manuscritas, permanecía en continuo contacto con la vida intelectual exterior.

La mayor parte de sus libros han sido adquiridos durante sus estancias entre 1757 y 1764; compra mucho; más las veintinueve cajas que llegan a Bilbao en 1768. Compraba de todo, desde tratados de teología, novelas licenciosas y obras filosóficas, luego parece limitarse a los libros que habían provocado algún revuelo en el mundo literario. Clásicos de la literatura francesa. Prévost, La Place, etc. Para la sociedad modelo que quería crear en Sierra Morena, el gusto por los viajes imaginarios y la descripción de sociedades ideales, en el gusto de la tradición de la Utopía de Moro. Bayle, Montesquieu, Voltaire, marqués de Argens, Diderot, Helvecio, Rousseau. Obras referentes al arte dramático: Molière, Racine, Champmeslé, Crébillon, repertorio del Théâtre de la Foire, antologías de teatro italiano y de teatro inglés en lengua francesa. Obras teóricas o históricas como *La Pratique du Théâtre*, d'Aubignac, *Histoire du Théâtre Français depuis ses origines* (1745-1749), de los hermanos Parfaict. Obras de política y economía, y fundamentalmente *L'Ami des hommes*, su libro de cabecera como reformador agrario. *Traité de la culture des terres* de Duamel du Monceau, principios de la nueva agronomía. Libros de Teología. Cuando en 1776 la Inquisición mandó recoger los libros que tenía en su

domicilio en Madrid, de una treintena sólo encontró dos españoles: uno de Fray Luis de Granada y el *Apéndice a la Educación Popular*, de Campomanes. Llegó a proponer un auto de fe con las obras de filosofía y teología de las bibliotecas de los jesuitas expulsados.

Recordaba con qué facilidad juvenil había salido de todo, con recovecos, artimañas o embustes, pero hombre libre. Ya en su primer viaje a Francia llegó a Marsella con fasto tal que algunos envidiosos le criticaron, pero sobre todo hablando él de que era sobrino del Virrey del Perú y Marqués de Olavide, era conocido como un embustero empedernido.

La educación, sí la educación era su premisa. En París, se imbuyó del espíritu de los enciclopedistas, de las ideas de La Chalotais contra los jesuitas, de los nuevos planes de estudio o de educación nacional que venían a colmar el hueco dejado por los colegios de la Compañía, del nuevo plan de educación en el *Emile* de Rousseau, y de la creación de sociedades de Agricultura.

En 1761, en su tercer viaje por Europa, pasó quince meses visitando Italia. Luego fue a París haciendo una parada en Ferney, en Les Délices, donde pasó una semana con Voltaire quien reconoció en él amabilidad y fundamentalmente instrucción. Durante su estancia en París recibió a artistas, sabios, compró libros, realizó operaciones comerciales para él y para sus socios. Se iba construyendo a sí mismo y para los demás lo que sería el gran reformador.

Quisimos ver a Félix. Nos lo trajeron. Félix vestido de luto, con Josefa y Plassiard.

Una tarde el paseo por la cárcel fue anulado. Había una agitación sospechosa. Pasamos la tarde dentro. En un pasillo cercano, gritos ahogados y jadeos perturban su reflexión. La galantería es una de las mayores distracciones en la cárcel. Las parejas duran el rato de un abrazo o más. Aquí ya no hay cartitas perfumadas ni billetes delicados. Frente a la muerte, el amor pierde sus formas escénicas. En el oscuro pasillo de la desesperanza reinan los abrazos furtivos, el deseo animal, la fiebre sensual. Las celdas se prestan generosamente para dejar a dos seres liberar sus cuerpos el ratito de un último maravillamiento antes de morir. Las jóvenes buscan esto porque un embarazo las podía salvar. Ellos, condenados, y sabiéndolo, vienen a frotarse a su piel joven y suave y olvidar un poco en el vértigo volíptuoso de la pequeña muerte. ¿Por qué rechazarse este último placer? La muerte y el ardor de los sentidos. Pablo se mantenía prudentemente a distancia, pero no lo juzgaba. Yo sólo pensaba en su amor.



CAPÍTULO XV

El 19 floreal del año II, 8 de mayo de 1794, tuvo lugar el juicio a los veintiocho *farmiers généraux*. Desde lo más hondo de mi alma, daba gracias a Dios por no estar mi marido entre ellos. Fueron condenados a la pena de muerte. Se ordenó su ejecución en las siguientes veinticuatro horas, en la plaza de la Revolución. Nuestro amigo, el químico Antoine Lavoisier, fue guillotinado ese mismo día; sus propiedades vendidas como bienes nacionales. Sin embargo, muchos agricultores no se atrevían a comprar, les inculcaban temores; desde el punto de vista religioso primero y, además, porque les hacían creer que más tarde dichos bienes volverían a manos de sus propietarios. En cuanto al muro, en messidor del año II, 23 de mayo de 1794, un decreto de la Convention establecía que los edificios nacionales designados como barreras de París serían ahora monumentos públicos. Las diferentes épocas de la revolución y las victorias ganadas por el ejército de la república sobre los tiranos serían inscritas en ellos. El Comité du Salut Public estaba autorizado a tomar las medidas necesarias para la pronta ejecución del decreto, invitando a todos los hombres de letras y a los artistas a contribuir en las inscripciones.

Mientras, en París seguía la euforia y David la escenificaba. El 4 de junio se decidió hacer un esfuerzo presu-

puestario para aplicar el decreto del 5 nivoso, el 24 de diciembre anterior, que hacía de la educación elemental un derecho gratuito y obligatorio. Fue motivo de gran celebración cuatro días después, el 20 prarial del año II, durante la fiesta del Ser supremo en los campos de Marte, con la inauguración del nuevo culto republicano al Ser Supremo. La puesta en escena era de David, presidida por Robespierre, un ramo de flores y espigas en la mano. Suscitó una gran impresión sobre los participantes, los espectadores y en el extranjero. Amenizado todo con los acertos majestuosos de la música compuesta por Gossec et Méhul. Acudieron todos los del salón de los Talma. El cortejo se desarrolló desde el Jardín de las Tuilerías, parque nacional entonces, al Campo de Marte donde se edificó una montaña simbólica coronada con el árbol de la Libertad. Ese 2 de junio David y Talma estuvieron juntos todo el día como miembros del Institut de musique, pagado por el gobierno. Allí mandaban Chénier, David y Méhul. David dirigía el programa, establecía la marcha e indicaba los trajes. Méhul componía los himnos y Chénier la letra que cantaban los actores. La estatua del ateísmo fue quemada y cambiada por la estatua de la Razón.

Aquella noche David le dijo a Marie-Joseph que su nombre estaba en una lista de proscripción. En la Comisión de instrucción pública había un tal Payan que alertó a Robespierre del mal efecto que supondría *Timoléon* de Marie-Joseph Chénier: reyes honrados y republicanos moderados. Talma ya está triste por la muerte de sus amigos girondinos, por la ejecución de su amigo Danton. Marie-

Joseph Chénier, ante el Comité de salut public, quema su manuscrito. Talma, que odia el exceso, se preguntaba ¿cómo estoy en todo esto? Se iban acelerando los guillotinamientos por la ley del 22 prarial que reorganizó el tribunal revolucionario, suprimió a los defensores, a los testigos y a la instrucción previa en el caso de procesos de sospechosos.

Talma vino a vernos. Nos contó la fiesta del Ser Supremo y su amargura por la muerte de los girondinos. Acababa de separarse de Julie, pero la peor noticia fue que Teresa Cabarrús acababa de ser encarcelada. La desgracia se ensañaba con nosotros. Talma y Labussière nos ayudaron a sobrevivir, pero Teresa en la cárcel, la amante y cómplice de Tallien; se acabaron para nosotros todas las esperanzas. En cualquier momento subiríamos a la carreta.

Con la crisis política de finales de primavera, el Comité de salut public perdió el apoyo de la opinión, se había excedido en su política de terror. Las disensiones aparecieron entre los políticos. Algunos diputados pensaron que el rigor ya no tenía sentido al alejarse el peligro exterior y el debilitamiento de la contrarrevolución. Eso pensaba Tallien. Lo llamaron a París. Teresa corría peligro; con la ley en la mano, era extranjera o casi y, además, a los nobles no se les dejaba estar en ciudades marítimas ni en las fronteras. Teresa vino a París con Tallien y fue perseguida por Robespierre precisamente a causa de su relación amorosa. Como Robespierre no se fiaba de Tallien, y además con razón, tuvo la indignidad de proponer a Teresa testificar contra Tallien o iría a la cárcel de la Force. La cualidad

mayor de Teresa era su gran valentía. En la cárcel y condenada a muerte, la guillotina le garantizaría que no habría dolor. Nuestra pobre Teresa, ¿iría en la carreta, las manos atadas, sin equilibrio, envejecida? ¿Su cabeza separada luego del cuerpo? ¿Cómo habíamos llegado a esta situación? No existía una filosofía de la historia, excepto en el discurso de 1794 de Robespierre, pero tampoco existían realmente los partidos. Los franceses no premeditaron la revolución, la aprendieron mientras la hacían. Para Robespierre, la acción no encontraba obstáculos sólo adversarios o traidores. Llevaba una matriz guerrera. Robespierre advirtió a los girondinos y a la corona contra la entrada en la guerra. El recorrido de Robespierre mostraba que la guerra llegó como algo no deseado, pero en cuanto llegó apareció como justa. La política empezó a pensarse como guerra cuando el terror se montó sobre un modelo beligerante y la idea del complot no pudo concebirse más que como la política pensada como guerra. En toda lógica política, la revolución debía terminar en una constitución, y luego acabarse, pero se llegó a una situación de guerra. Durante el terror, la revolución se apartó de cualquier objetivo identificable para ser una revolución por sí misma. La constitución se metió en un cofre hasta la llegada de la paz. Y se abrió la posibilidad de una indeterminación. Robespierre estaba en la posición de que se acercaba la paz, y el 8 de junio de 1794 anunció el fin de la revolución; pero el 10 de junio, la ley del 22 pradial relanzó el terror: era la voluntad de terminar y la imposibilidad de terminar porque no se podía salir del terror más que matando a los

terroristas. Pero la tentación totalitaria está en el terror en la medida en que el totalitarismo es la política instituida por la radicalidad (buenos y malos principios, el amigo y el enemigo) y la ilimitación que da al hombre el poder de todo conquistar, y el poder de producirse a sí mismo, la idea de crear un hombre nuevo.

Robespierre enfermó. No apareció en las sesiones del Comité de salut public ni a las de la Convention desde el 15 messidor al 5 termidor. Sin embargo, no dejaron de matar a nuestros seres queridos. El 25 de julio fue la ejecución del poeta André Chénier, nuestro gran poeta del siglo XVIII. La revolución le entusiasmó. De su embajada en Londres había vuelto a París, fundó la Société de 1889, pero se preocupó rápidamente por la violencia y la anarquía. Después de haber lanzado un *Avis au peuple français sur ses véritables ennemis*, que denunciaba la demagogia, atacó violentamente a los jacobinos en una serie de artículos entregados al *Journal de Paris*. Fue arrestado el 7 de marzo de 1794, y encerrado en la cárcel de Saint-Lazare, donde compuso Odas que desenmascaraban y fustigaban los discursos de sus adversarios. Fue guillotinado el 25 de julio de 1794, el 7 termidor, a la seis de la tarde. ¿Cómo no quiso Dios esperar dos días? Una fosa común, cavada al fondo de un jardín de un convento de la calle Picpus, recogió su cuerpo decapitado. Poco antes de ser llevado al cadalso, compuso su último poema: Como un último rayo, como un último zafiro/animan el final de un hermoso día/Al pie del cadalso intento aún mi lira/quizá pronto sea mi turno... el sueño de la tumba cerrará mis

párpados. Otra amiga, Victoire Montmorin está loca de dolor; su amante Trudaine es guillotinado el mismo día que André Chénier. Victoire y Michel Trudaine tenían una hijita. Ella se dejó morir de amor.

¡Nuestra Teresa en la cárcel! Una de las mujeres más hermosas y más populares de su época, que durante el terror había salvado decenas de condenados a muerte seduciéndo al representante en misión que sería su amante y luego su segundo marido. Desde hacía meses, decía ella, no me he acostado sin salvar la vida de alguien. Un día incluso salva la vida de una mujer con la que se encontró en la cárcel a la vez que ella estaba encerrada por Robespierre. Era la ciudadana Joséphine Beauharnais. Usted será ejecutada mañana, dijeron a la que sería la mujer más importante. La orden ha sido dada por el ciudadano Robespierre en persona. Por favor, Teresa de Fontenay está en contacto con gente en el exterior, necesito un día más. Por favor, ayúdame. Hago lo que puedo, pero quizás sea ya tarde. Teresa escribe a su amante Tallien: “La administración ha venido a decirme que mañana subiré al patíbulo, eso se parece bien poco al sueño que he tenido esta noche, Robespierre ya no existía y las cárceles estaban abiertas, pero, gracias a vuestra cobardía no habrá nadie en Francia capaz de realizar mi sueño”. Ella ha envalentonado a Tallien; es su papel en el complot. Eso le dio a él coraje para subir a la tribuna para callar a Robespierre, armado con un puñal. “Si no ponéis a Robespierre fuera de la ley, le mataré yo mismo con este puñal”. Por crimen contra la Revolución, Robespierre es arrestado. El ciuda-

dano Barras ha tomado la responsabilidad del gobierno. Se ha dado orden de suspender todas las ejecuciones, de inmediato. El terror ha terminado. La suerte llegará, Josefina y Teresa serán salvadas por la caída de Robespierre. Era la libertad para Teresa, al día siguiente del 9 de Termidor, siendo, desde el fondo de su cárcel, la inspiradora. Ahora es más popular aún, será *Notre Dame de Thermidor*. Seguirá haciendo el bien. Hace salir a gente de las cárceles, regresar a los emigrados. Tallien será el hombre importante, el hombre del nueve, pero no era muy inteligente, no tenía mucho sentido político y sus posibilidades se desvanecieron por su exceso de venganza personal. Se casaron, tuvieron una hija que primero se llamó Thermidor y luego Laura. Teresa sería la reina de París.

Un rumor llega hasta las cárceles. Robespierre ha caído y hoy mismo será ejecutado. Hubert Robert recoge sus paisajes y arquitecturas en ruinas. Todos intentan contener la emoción que les invade. *Carcere tandem aperto*, al final las cárceles se abren. Es la alegoría de la Libertad.

El problema era saber lo que tardaría en llegar la noticia a la cárcel de Beaugency. El 10 de Termidor del año II, Pablo dirigía de nuevo al Comité de Seguridad general una carta, en ella repetía, con una vehemencia aumentada por el peligro que le amenazaba, todos los argumentos ya expuestos al comité de vigilancia de Meung. “El ciudadano Olavide, llamado Pilos, de edad de setenta años, detenido en la cárcel municipal de Beaugency desde el 6 de floreal, teme que el comité de seguridad haya sufrido error sobre su persona por el falso nombre de Pilos que adoptó para

sustraerse a la persecución de España. ... en fin el que desde el año 1780, según la antigua manera de contar, habita en esta tierra regenerada a partir de 1789". Olavide recordaba que su conducta estaba consignada en una memoria que había presentado al Comité de Vigilancia de Meung, como ciudadano francés, ser autorizado a percibir sus rentas del Estado. Ruega que se le conozca por quien es, dispuesto, si la orden del comité es mantenida después del conocimiento de su verdadero nombre, a soportar la privación de libertad con la firmeza de un republicano, pero no es su voluntad que por medio de su silencio contribuya al triunfo de España, al proporcionar a ésta medios de dar nueva fuerza a la superstición cuando proclame y haga creer a los pueblos que un Dios vengador persigue a aquellos a quienes los sacerdotes persiguen.



CAPÍTULO XVI

*J*uimos liberados el 11 termidor, el mismo día que ejecutaron a setenta y un miembros de la Commune de París. En agosto ya estaba desmantelado el aparato del Terror; los comités de Salut public y de Sûreté générale fueron remplazados con el reglamento de renovación mensual de sus miembros. Nosotros habíamos vuelto a Meung, a nuestro trabajo diario como quiso Pablo. Por fin, el 26 vendimiaro, año III, 17 de octubre de 1794, la Convención nacional, después de haber oído a su comité de finanzas decretó que el ciudadano Pablo-Antonio-Joseph Olavide, llamado Pilos, nacido en Lima, ciudad del Perú y retirado en Francia desde 1780, sería considerado como ciudadano francés... las rentas vitalicias que tiene en el Estado serán inscritas en el Libro Mayor, regulándose por prescripciones legales.

Nos dedicamos a las vendimias precoces que tuvimos en el norte de Francia. Todo transcurría con un fondo de tristeza por tantas pérdidas de afectos. Las únicas alegrías le venían de noticias como el telégrafo óptico de Claude Chappe, de la creación de la futura École polytechnique, de la École normale supérieure, la creación del Conservatorio nacional de artes y oficios por el abbé Grégoire, no lejos de su casa en París. También de París, nos llegaron

noticias del cierre de los jacobinos por un pretexto de peleas dentro del club. Más bien moderados al principio, se habían ido radicalizando a la vez que la revolución, y, si bien en 1791 la mayoría de ellos eran monarquicos constitucionales, bajo Robespierre, llegaron a ser tan implacables como los diputados Montagnards que eran los más radicales.

Lo único que cambiamos respecto a antes fueron las visitas. Recibimos a Talma, que estaba desesperado. Después del 9 termidor, fue acusado de haber fomentado el terrorismo y de haber sido un perseguidor de los más ardientes de su antigua sociedad. La actriz Mlle Cornat lo defendió. Larive también hizo su defensa pública. En vano, el odio vigilaba, y la noche del 21 de marzo de 1795, Talma, siendo interpelado violentamente por una parte del público, se adelantó en la escena y dijo “Ciudadanos, todos mis amigos han muerto en el cadalso”.

La literatura volvía con más libertad a nuestro castillo de Meung, y a toda Francia. Tras la muerte de Robespierre, las obras prohibidas volvieron al programa; *Britannicus*, *Andrómaca*, *Fedra* y *Macbeth* habían sido prohibidos por la ley del 4 de mayo de 1794 puesto que fueron consideradas contrarias al espíritu de la revolución. Pablo recibió la visita de Aignan, un joven dramaturgo que le presentó *Polyxène*, tragedia en 3 actos y en verso. Lo leyeron Talma y Pablo.

En 1795, Francia estaba dirigida por la Convention thermidorienne. Todo se restablecía y hasta la primavera parecía adelantarse; el 21 de febrero, 3 ventoso del año

III, se restableció la libertad de culto. Sin embargo, las cosechas fueron mediocres, lo que encareció el pan en otoño. Subieron los precios, la inflación.

La tristeza no se alejaría ya nunca de nosotros. Lamento desgarrado en primavera por la muerte de mi hermano, Laurent Le Coulteux. Había sido puesto en libertad el 14 de agosto, pero, enfermo, se nos fue nueve meses más tarde. Mi cuñada, Françoise, de frágil salud, murió dos años después que su marido, y casi a la vez que su hija Nelly. Sólo quedaría un Le Coulteux de la Noraye, mi sobrino Louis Auguste, que, junto a mi marido, salvaron su fortuna gracias a la compra de bienes nacionales. El banco fue liquidado ese mismo año de 1795, aunque siguieron teniendo un papel importante en la política y las finanzas con la creación de la Banque de France en 1800.

El 20 de julio, 2 termidor del año III, Sieyès pronunció un discurso en el que proponía la creación de un tribunal constitucional que fuera el guardián de la Constitución. Y el 10 de agosto se celebró la gran fiesta de la Reconciliación. David había pasado un tiempo en la prisión del Luxembourg.

A Pablo lo volverían a llamar en el 95 para una representación de *Brutus*, pero él ya no era el mismo. ¿Cuándo acabó el siglo de las Luces? Si insistimos sobre el lazo entre las Luces y el espíritu de los salones, entre la ironía de los cuentos y el estilo de la mundanidad, el siglo se acabó en 1789. La toma de la Bastille, la irrupción de las masas populares en la escena política, el fin de las academias y del monopolio de los teatros marcaron perfectamente el fin

de una época. Los representantes de la generación de la *Encyclopédie* ya habían muerto todos: Voltaire y Rousseau en 1778, Diderot en 1784, Buffon en 1788, d'Holbach en 1789. Si se quiere subrayar el balance positivo de la Revolución, hay que incluir en el siglo la estabilización termidoriana y luego el Directoire.

La casa de Julie Carreau, donde, al separarse, Talma había dejado los cascós, las armaduras y los arreos teatrales, fue alquilada el 17 de agosto, por 4000 libras al año, a la señora Marie-Joseph-Rose de Tascher de la Pagerie, viuda de Alexandre de Beauharnais y futura emperatriz Joséphine. Desde su estancia en la cárcel, Teresa y Joséphine, las dos amigas eran uña y carne, y Julie había recurrido a Teresa para alquilar su casa. El 2 de octubre de 1795, Joséphine se instaló; Bonaparte lo haría tras su matrimonio, en marzo de 1796. El 28 de diciembre de 1797, 8 nivoso del año VI, la calle Chantereine cambió de nombre y pasó a llamarse de la Victoire en honor a las recientes victorias de Bonaparte en Italia. El 26 de marzo de 1798, Bonaparte compró la casa a Julie Carreau por 52.400 libras. El salón de los Talma sería ahora conocido como la casa de los amores de Joséphine y Bonaparte, y más tarde la llamarían ‘Casa del 18 brumario’ porque salió de allí para dar su golpe de estado.

Después del 26 de octubre de 1795, con el final de Termidor y el comienzo del Directoire, tuve que regresar a la Malmaison con mi marido. Jacques-Jean se esforzó en poner un poco de orden. Se habían creado dos consejos; el de Cinq-Cents con Daunou como presidente, y el Con-

seil des Anciens, presidido por La Révellière-Lépeaux, y en el que mi marido y Marmontel fueron nombrados consejeros. Él había sufrido un duro golpe en la salud, lo veía enfermo y me apenaba. La tempestad había pasado, y quería instalarse definitivamente en la capital. La Mal-maison ya no era lo que había sido unos años antes. Pertenece a una época de nuestras vidas que estaba ligada a una época de Francia. Ya nada era igual. Yo no quería vender mi trozo de amor, mis rincones, mis árboles, mis flores, pero Pablo se había ido al castillo de Cheverny. No podía más. Estaba cansado de luchar.

El día que tuve que dejar el castillo de Meung, me pareció que cerraban detrás de mí las puertas de la vida. Me encaminaba de nuevo hacia la realidad, más dura que el terror, más dura que la muerte. Estaría para siempre separada de él, todo había sido un sueño de amor durante la tormenta. Lo único que me consolaba era saber que él iba a estar tranquilo. Me decía a mí misma que, si me necesitaba, yo estaría ahí para cuidarle en el instante en que me llamara. Podía en cualquier momento correr hacia él, besar sus manos, acariciar su cara. Finalmente, podía hacerme a la idea de que existía y de que lo podría atender el día que me necesitara, pero no pasaron dos años cuando, en 1798, se volvió a España. Allí rechazó el puesto de Consejero de Estado que le ofreció el rey Carlos IV. Publicó su *Evangelio en triunfo* y se instaló en Baeza. Fue entonces cuando todo dejó de tener sentido para mí.

A partir de ese momento, mi vida ha durado apenas dos años más. Desde que él se fue, mi familia no fue a

mejor. Sobrevivíamos, pero con grandes deudas. Había que desprenderse de la Malmaison. Mi marido no tenía fuerzas para la venta. Ocúpate tú, me decía. Y lo hice, como siempre. Talma, quien vendiera a los Bonaparte su casa, y, además, íntimo de Napoleón, sería el gran actor del Imperio, vino a verme con Teresa. A principios de floreal del año VII, Joséphine Bonaparte se instaló en La Malmaison. La había comprado por 290000 libras, el castillo, los espejos y el mobiliario rural. El contrato de venta se había firmado el 2 floreal, 21 de abril de 1799. El *boudoir* oval era de muselina, el dormitorio de tela de jouy rosa sobre blanco, verde en el gran salón, el salón turco con cortinas de gasa en rústica; paneles de espejos encima de las puertas y ocho paneles de papel de arabescos; así quedó recogido en la escritura. Era el lujo de antes de 1789.

Vivíamos mis hijos y yo en un pequeño apartamento de la calle Richelieu, cuando me llegó la petición de apoyar una representación de *Hamlet*. Sería una función para ayudar a Labussière en reconocimiento por el socorro que él había prestado a más de doscientas personas. El primer Cónsul y su esposa estarían presentes.

El 4 de agosto de 1801, Pablo está en Baeza. Me queda un último vuelo por el jardín nevado de la Malmaison, me poso en el árbol tendido y le espero hasta la eternidad.



ÍNDICE

Capítulo I	Page	9
Capítulo II	"	29
Capítulo III	"	49
Capítulo IV	"	62
Capítulo V	"	76
Capítulo VI	"	103
Capítulo VII	"	122
Capítulo VIII	"	142
Capítulo IX	"	152
Capítulo X	"	170
Capítulo XI	"	183
Capítulo XII	"	198
Capítulo XIII	"	219
Capítulo XIV	"	231
Capítulo XV	"	245
Capítulo XVI	"	253

La loi du 11 mars 1957 interdit les copies ou reproductions destinées à une utilisation collective. Toute représentation ou reproduction intégrale ou partielle faite par quelque procédé que ce soit, sans le consentement de l'auteur ou de ses ayants droit, est illicite et constitue une contrefaçon sanctionnée par les articles 425 et suivant du Code pénal.

Achevé d'imprimer en septembre 2019
sur les presses de
AGA Arti Grafiche Alberobello
70011 Alberobello (I - Ba)
Contrada Popoleto, nc - tél. 00390804322044
www.editriceaga.it - info@editriceaga.it

Tous droits de reproduction, traduction ou adaptation réservés
pour tous pays

Dépôt légal : septembre 2019
Copyright AGA et L'Harmattan

L'ORIZZONTE

Collana fondata e diretta da

Giovanni Dotoli, Encarnación Medina Arjona, Mario Selvaggio

norria.info aga.lorizzonte lharmattan.lorizzonte

1. Giovanni Dotoli, *Dialogue imaginaire avec Vénus Khoury-Ghata*, Editrice AGA - Le Nouvel Athanor, 2017, 68 p.
2. Mario Selvaggio, *Tempo e memoria in Giovanni Dotoli poeta*, con un ritratto di Alain Béral, Editrice AGA, 2017, 116 p.
3. Frédéric-Gaël Theuriau, *Pierre-Fidèle Bretonneau. À l'origine du renouvellement de la pensée médicale*, Editrice AGA - Le Nouvel Athanor, 2017, 80 p.
4. Giovanni Dotoli, *Poème de la recherche*, [con alcune testimonianze], premessa, traduzione in italiano e cura di Mario Selvaggio, ritratti di Alain Béral e alcune fotografie a colori dello scrittore, [volume pubblicato in occasione dei 75 anni dell'Autore], Editrice AGA, 2017, 130 p.
5. Frédéric-Gaël Theuriau, *Les dégagements phrénologiques du XIX^e siècle. Le corps-esprit entre erreur et vérité*, Editrice AGA - Éditions Fernand Lanore, 2017, 80 p.
6. Nicole Barrière, *Eaux prémonitoires / Acque premonitrici*, traduction [de] / traduzione [di] Mario Selvaggio, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2017, 80 p.
7. Luciano Ponzio, *L'immagine e la parola nell'arte tra letterarietà e raffigurazione*, Editrice AGA, 2017, 132 p.
8. Josep M. Sala-Valldaura, *Passages*, traduit du catalan par Nathalie Bittoun-Debruyne, Editrice AGA - Alain Baudry et C^{ie}, 2017, 68 p.
9. Antoine de Saint-Exupéry, *Le Petit Prince / Il Piccolo Principe*, préface [de] / prefazione [di] Giovanni Dotoli, traduction [de] / traduzione [di] Mario Selvaggio, illustrations [de] / illustrazioni [di] Antoine de Saint-Exupéry & Nicole Durand, Editrice AGA - Le Nouvel Athanor, 2018, 242 p.
10. Fulvia Fiorino Dotoli, *Incontro con il lettore. Dalla vita al giornale*, Editrice AGA, 2019, 208 p.

11. Giovanni Dotoli, *Dizionario poetico della civiltà contadina*, tableaux-poèmes di Michele Damiani, Editrice AGA, 2018, 152 p.
12. *Bibliographie de Giovanni Dotoli poète bilingue de langue française et italienne et critique de la poésie*, par le poète lui-même, sous la direction de Mario Selvaggio, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 364 p.
13. *Immaginario e realtà. Percorsi di religione*, a cura di Angelo Rella e Sebastiano Valerio, Editrice AGA, 2018, 384 p.
14. André Prodhomme, *Entre métier et fonction. Le poète, cet irréductible*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 100 p.
15. Giovanni Dotoli, *Dictionnaire et jardin*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 144 p.
16. M. J. Muratore, *The Weave of Fragmentation. Discursive Struggle in Novels of Assia Djebar, Sabiba Khemir, Rachida Madani*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan. À paraître 2019.
17. *Emozioni. L'altro lato del sapere / Emocje. Druga strona wiedzy*, a cura di / pod redakcją Diana Del Mastro - Wiesław Dyk, Editrice AGA, 2018, 300 p.
18. Giovanni Dotoli, *L'Encyclopédie entre théorie et pratique*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 128 p.
19. Giovanni Dotoli, *Le hasard la liberté*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 112 p.
20. Bernard Franco, *L'Europe, une idée littéraire*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan. À paraître 2019.
21. Encarnación Medina Arjona, *Leyendo Las Flores del mal*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 284 p.
22. *Le renouveau de l'idéalisme*, sous la direction de Giovanni Dotoli et Louis Ucciani, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 200 p.
23. Adrien Cannamela, *Le Petit Prince aux douze pieds*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 128 p.
24. Alain Rey, *Un poète, messager du langage*, Giovanni Dotoli, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 100 p.
25. Giovanni Dotoli, *Éclats*, collages de Patrick Navaï, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 144 p.

26. Giovanni Dotoli, *Manifeste pour la poésie du troisième millénaire*, traduction en anglais R.-L. Étienne Barnett, traduction en italien Mario Selvaggio, traduction en espagnol Encarnación Medina Arjona, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 48 p.
27. Alexandrine-Sophie de Bawr, *Storie per ragazzi (La moneta da cinquecento centesimi - Il vecchio cieco)*, introduzione, traduzione e cura di Martina Matteu, illustrazioni [di] Bertall, Editrice AGA, 2018, 124 p.
28. Louis Lemercier de Neuville, *Storie abracadabranti*, introduzione, traduzione e cura di Valeria Aresu, illustrazioni [di] Donato Selvaggio, Editrice AGA, 2018, 104 p.
29. Giovanni Dotoli, *Dialogo con Padre Pio. Poema-teatro in 5 atti*, composizioni musicali di Étienne Champollion, Editrice AGA, 2018, 120 p.
30. Giovanni Dotoli - Mario Selvaggio, *Vertige frangé. Jean Laugier, avec une anthologie du poète*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 124 p.
31. Carolyne Cannella, *Instants. Tercets - Hommage au Japon*, préface de Giovanni Dotoli, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 88 p.
32. Giovanni Dotoli, *Connaissance en poche ou De l'encyclopédie*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 140 p.
33. Rachida Madani, *The Story Can Wait*, English translation by M. J. Muratore and Ida Sophie Winter, introductory essay by M. J. Muratore, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan. À paraître 2019.
34. Éric Sivry, *Faustine*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 92 p.
35. Aim-A, *Mère si ... à corps père dû. Manifeste*, introduction de Valentin de Carbonnières, préface de Giovanni Dotoli, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 168 p.
36. Mario Selvaggio, *A vele spiegate nel Mediterraneo. Identità e nomadismo in Bouraoui*, Editrice AGA. À paraître 2019.
37. Giovanni Dotoli, *Cosa è successo?*, illustrazioni [di] Donato Selvaggio, Editrice AGA, 2018, 104 p.
38. *Poésie et poétique dans l'Encyclopédie. Six entrées*, par Mario Selvaggio, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 212 p.

39. Giovanni Dotoli - Éric Jacobée-Sivry - Rosamaria Pau - Mario Selvaggio, sous la direction de, *Dans les mains du monde. Hommage à Jean Laugier*, Actes du Colloque de l'Université de Cagliari (le 20 octobre 2018), Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 180 p.
40. Jacques Herman - Maria Zaki, *Les signes de l'absence. Poésie entrecroisée / I segni dell'assenza. Intrecci poetici*, introduction et traduction en italien Mario Selvaggio, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 104 p.
41. René Le Bars, *Harmonies. Poèmes*, dessins de Brigitte Simon, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 124 p.
42. M. J. Muratore, *Weapons of Word-Play in « Une vie de boy » and « La Rue Cases-Nègres »*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan. À paraître 2020.
43. Ilda Tomas, *À l'infini....*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 220 p.
44. Giovanni Dotoli - Mario Selvaggio - Éric Jacobée-Sivry - Jocelyne Verguin, sous la direction de, *L'Encyclopédie de Diderot et d'Alembert et les projets encyclopédistes du XVII^e siècle*, Actes de la Journée de Meaux, Lycée Bossuet 19 mars 2018, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2018, 108 p.
45. Giovanni Dotoli, *Dictionnaire poétique et thématique de l'intuition*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 332 p.
46. Elisa Tordella, *Shakespeare in Canada: A Journey into the Canadian Soul*, foreword by Giovanni Dotoli, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 304 p.
47. Susan Petrilli - Augusto Ponzio, *Dizionario, Enciclopedia, Traduzione fra César Chesneau Dumarsais e Umberto Eco*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 160 p.
48. Frédéric-Gaël Theuriau, *La médecine narrative dans les nouvelles humanités médicales. Dialectique du médecin, de la maladie et du malade*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 92 p.
49. Olivier Furon-Bazan, *Méli-Mélo. Recueil et essais poétiques*, dessins de Brigitte Simon, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 152 p.
50. Giovanni Dotoli, *Étymologies*, collages de Patrick Navaï, préface de Alain Rey, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 168 p.
51. Francesca Celi, *L'influence de l'amour de loin de Jaufré Rudel dans les littératures européennes du XIX^e siècle*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan. À paraître 2019.

52. *Sur la route de la poésie et de la lumière*, 77 poèmes et 17 illustrations pour le 77^e anniversaire de Giovanni Dotoli, sous la direction de Mario Selvaggio, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 168 p.
53. Thierry Delaballe & Giovanni Dotoli, *Figuration de la lumière*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 116 p.
54. Giovanni Dotoli, *Phrase, logique, discours, figement*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 140 p.
55. *Arabesques de lumière. Rencontre avec la poésie de Giovanni Dotoli*, Actes du Colloque international, Sala della Loggia - Castel Nuovo Maschio Angioino, Naples, le 23 mars 2019, sous la direction de Maria Leo & Mario Selvaggio, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 168 p.
56. *Baudelaire ou Le corps de la Douleur*, sous la direction de Giovanni Dotoli et Mario Selvaggio, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 268 p.
57. Ilda Tomas, *Lexique affolé d'amour*, préface de Giovanni Dotoli, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 224 p.
58. Giovanni Dotoli, *Défense et illustration de la littérature*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 180 p.
59. Giovanni Dotoli, *Défense et illustration de la poésie*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 264 p.
60. Giovanni Dotoli & Mario Selvaggio, *Le vampire dans la poésie française. XIX^e - XX^e siècles. Anthologie*, préface de Alain Rey, illustrations de Emma Virginia Puggioni, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan. À paraître 2019.
61. Salvatore Gucciardo, *Ombres et Lumières*, préface de Giovanni Dotoli, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 116 p.
62. Giovanni Dotoli & Thierry Delaballe, *L'autre c'est moi*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 104 p.
63. Encarnación Medina Arjona, *La hora azul. El París de Olavide*, Editrice AGA - Éditions L'Harmattan, 2019, 272 p.

